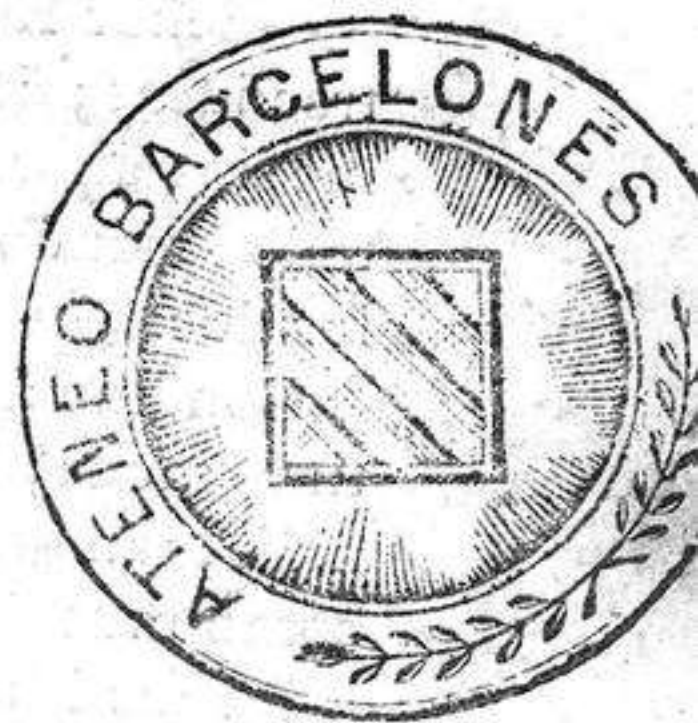


EL AMIGO FRITZ

POR

ERCKMANN-CHATRIAN



(Continuacion.)

XV.

No es posible pintar la alegría de Kobus. Se agolpaban á su mente ideas de magnificencia y grandeza; quería ver á Suzel, y mostrarse á ella con un esplendor desusado; quería desvanecerla hasta cierto punto; no encontraba nada bastante bello para sorprenderla.

En otras circunstancias, hubiera alquilado un coche y al rocin de Hans Nickel para hacer el viaje; pero ahora, le pareció que esto no era digno de Kobus. En cuanto acabó de comer, tomó su baston de detras de la puerta y se encaminó á casa del maestro Johann Fanen, en el camino de Kaiserslantern, que tenía en sus cocheras diez sillas de postas, y ochenta caballos en la cuadra.

Fanen era hombre de unos sesenta años, que poseía grandes prados á orillas del Losser; era rico, pero de costumbres sencillas; bajo, regordete, con un leviton de lienzo, y un gran sombrero de anchas alas; tenía la barba á medio crecer y canosa, y las mejillas abultadas y pálidas surcadas de grandes arrugas circulares.

Cuando Fritz llegó le encontró en aquel traje, presenciando cómo limpiaban los caballos en el patio.

Fanen lo divisó de léjos y viniendo á su encuentro hasta la puerta cochera, le saludó diciendo:

—Buenos dias, Sr. Kobus, ¿á qué debo el placer de veros por aquí?

—Señor Fanen, replicó Kobus sonriendo, he resuelto hacer un

viaje de placer á la fiesta de Bischem con mis amigos Haan y Schoultz. Todos los carruajes de la ciudad han salido para traer heno; no hay medio de encontrar ninguno; y he pensado que por veinte ó treinta florines más no he de ser más rico y sobre todo que cuando va uno á divertirse debe ser rumboso. Este es mi genio.

El maestro de postas encontró razonable este razonamiento.

—Señor Kobus, le dijo: creo que haceis muy bien y apruebo vuestras ideas; cuando yo era jóven me gustaba correrla y no perdonaba medio; ahora soy viejo pero abundo en las mismas ideas, sobre todo cuando se tienen medios para realizarlas, como nos sucede á los dos.

Condujo á Fritz á la cochera. Allí había carretelas de Paris, de última moda, ligeras como plumas, adornadas con escudos y tan bonitas, tan graciosamente hechas que podrían ponerse en un salon, como muebles notables por su elegancia.

Kobus las encontró muy bonitas; pero cediendo á su gusto por la suntuosidad, eligió una gran berlina, rehenchida de seda interiormente, un poco pesada, pero que Fanen le dijo era el coche de los personajes de distincion.

La eligió y el maestro de postas lo condujo entónces á sus hermosas cuadras.

Bajo un techo blanqueado, de ciento veinte pasos de largo y sesenta de ancho, sostenido por doce postes de encina, estaban colocados en dos filas sesenta caballos tordos, negros, alazanes, recoberos, con la grupa redonda y reluciente, la cola anudada, el corbejon fuerte y la cabeza levantada; los unos relinchaban, los otros piafaban, cuál removía el forraje con el hocico ó volvía la cabeza para ver. La luz que entraba por unas grandes ventanas que había en el fondo, iluminaba esta cuadra como si penetraran dos hilos de oro. Las grandes sombras de los pilares, se extendían por el suelo, limpio como una sala, sonoro como una roca. Este conjunto era verdaderamente sorprendente y grande.

Los mozos de cuadra limpiaban sus caballos; un postillon vestido con chaquetilla azul bordada de plata y con su gorra de terciopelo, conducía un caballo hácia la puerta; iba sin duda á salir con la estafeta.

El maestro Fanen y Fritz pasaron lentamente por detras de los caballos.

—Necesitais dos, dijo el maestro de postas, elegid.

Kobus, despues de pasar su revista, eligió dos vigorosos caballos tordos rodados, que debían ir ligeros como el viento. Despues entró en la oficina con Mr. Fanen y sacando del bolsillo una bolsa de seda verde con broches de oro, saldó su cuenta, diciendo que quería tener el coche á la puerta á las nueve de la mañana del siguiente dia, y pidiendo para postillon al viejo Zimmer, que habia conducido en otro tiempo al Emperador Napoleon I.

Hecho esto, convenidos y arreglados, se salieron juntos hasta fuera del patio; se dieron la mano y Fritz, satisfecho, se encaminó á la ciudad.

Por el camino se imaginaba la sorpresa que iba á causar á Suzel, al viejo Christel y á todo Bischem, cuando le vieran entrar chascando el látigo y tocando el cuerno. Sentía entónces una ternura singular, sobre todo cuando pensaba en la admiracion de Suzel.

Se le hacía tarde. Cuando se aproximaba á Hunnemburgo, muy preocupado, se fijó en que por el caminito que va por los jardines del glasis, paseaban el viejo rebbe David con su leviton color de café y Sourlé con su gran sombrero de tul con cintas amarillas. Tenían por costumbre dar una vuelta por las afueras todos los sábados; se paseaban del brazo como dos enamorados y siempre decía David á su mujer:

—Sourlé, cuando veo el verde de los campos, cuando contemplo esos trigos que se balancean al menor soplo, y este rio que se desliza á nuestros piés con majestuosa lentitud, me rejuvenezco, creo estar en los tiempos en que tenía veinte años, y doy gracias al Señor por sus mercedes.

La pobre vieja se ponía muy contenta, porque sabía que David hablaba con sinceridad, que no cabía en su alma la adulacion.

El rebbe vió tambien á Fritz por encima de la cerca, y cuando llegó al camino cubierto le gritó:

—¡Kobus! ¡Kobus!... ¡ven aquí!

Pero Fritz, temiendo que el rabino quisiera burlarse de su discurso en la cervecería del Grand Cerf, prosiguió su camino meneando la cabeza y diciendo:

—Tengo prisa, David, ya nos veremos otra vez.

Entónces el rebbe con una sonrisa maligna decía para sí:

—Huye... huye, es igual, porque te he de atrapar.

Por fin llegó Kobus á su casa á eso de las cuatro de la tarde. Aunque las ventanas estaban todas abiertas, hacía en la habitacion un calor sofocante; se quitó, pues, el gaban con verdadera felicidad.

—Ahora, dijo muy alegre, voy á elegir el traje y la ropa blanca que he de llevar; y sacó las llaves del secretaire. Es necesario sorprender á Suzel, que yo eclipse á los muchachos más apuestos de Bischem y que sueñe conmigo. Dios mio, ayudadme; que deslumbre á todo el mundo.

Abrió las tres puertas del armario que descendían desde el techo al suelo. La señora Kobus y su madre Nicklausse eran tan aficionadas á la buena ropa blanca, como su padre y abuelo lo eran á los buenos vinos. No es posible decir la cantidad de manteles adamascados, servilletas con franja roja, pañuelos, camisas y piezas de lienzo que se encontraban allí apiladas; era inconcebible. La vieja Katel pasaba la mitad de su vida doblando y desdoblando todo aquello para cambiar el aire de los pliegues, y espurearlo con agua de reseda,

de lavanda ó de otros olores fuertes, con objeto de evitar la polilla. Se veían tambien en la parte superior dos martin-pescadores suspendidos por el pico, y de plumaje verde y oro, perfectamente disecados: estos pájaros es fama que ahuyentan los insectos...

Uno de los armarios estaba lleno de deshechos, tricornios con escarapela, pelucas, trajes de veludillo con botones de plata grandes como címbalos, bastones con puños de oro ó marfil, cajas de polvos de arroz con su gran borla de cisne; todo esto se remontaba al tiempo del abuelo Nicklausse, nada había cambiado; estas gentes hubieran podido resucitar y vestirse á la moda del siglo pasado, sin apercibirse del largo sueño que habían echado. En el otro compartimento se hallaban los trajes de Fritz. Todos los años hacía que le tomara medida de un traje completo el sastre Hércules Schneider de Landau; no se ponía jamás ese traje, pero sentía una gran satisfaccion diciendo: si quisiera podría ir á la moda como el buen Haan; pero felizmente, no me gusta sino mi gaban viejo; cada uno tiene su gusto.

Fritz se extasiaba contemplando todo aquello. Se le ocurrió que Suzel podría ser aficionada á la buena ropa blanca como su madre y abuela; entónces, decía, aumentará los tesoros de la casa, tendrá el manajo de llaves y estará ocupada todo el dia en arreglar sus armarios.

Esta idea le enterneció y deseó que se realizara, porque creía que el gusto por los buenos vinos y por las buenas ropas constituyen la base de una casa bien ordenada.

Por el momento no se trataba sino de encontrar la mejor camisa, los mejores calzoncillos, las mejores medias y el traje más elegante. ¡Qué dificultad!

Despues de largo rato de contemplacion, Kobus, indeciso, gritó:

—¡Katel! ¡Katel!

La vieja, que hacía labor en la cocina, abrió la puerta.

—Ven, Katel, le dijo Fritz; me encuentro en un apuro; Haan y Schoultz se han empeñado en que les acompañe á la fiesta de Bischem; me lo han rogado de tal modo que no he tenido más remedio que aceptar. Pero á esta fiesta vienen una porcion de prusianos, oficiales, abogados, una multitud de gente que trae las últimas modas de Paris y que nos miran por encima del hombro á los bávaros. ¿Cómo me vestiré? No soy versado en eso; no lo entiendo,

Katel entornó los ojillos con aire satisfecho de verse consultada en circunstancias tan graves: colocó la labor en una mesa y dijo:

—Habeis hecho bien en pedirme consejo, señor. Gracias á Dios no es la primera vez que los he dado para vestirse adecuados á los tiempos y las personas. Vuestro padre, el juez de paz, me llamaba siempre cuando iba á visitas de cumplido; yo era quien le decía: «salvo vuestra opinion, señor juez, me parece que os falta esto ó lo otro.» Y salía siempre completo; todo el mundo lo reconocía en

la ciudad; se distinguía entre todos por su bonito y buen traje.

—¡Bien! ¡bien! te creo y me alegro de saberlo, aunque las modas han cambiado bastante desde entónces.

—Podrán haber cambiado las modas todo lo que quiera, pero el sentido comun no cambia nunca, respondió Katel aproximando una escalera. Buscaremos primero una camisa. Lástima no se usara el calzon corto, porque teneis buena pierna como vuestro padre; y la peluca os sentaría perfectamente, una bonita peluca francesa ¡era magnífica! pero hoy dia la gente decente se viste como los menestrales, no hay clases, y no cabe duda que tarde ó temprano volverán los trajes antiguos para que se marquen las diferencias: ¡todo se confunde hoy dia!

Katel estaba entónces sobre la escalera eligiendo una camisa y un pañuelo. Volvió á bajar por fin llevando en la mano con verdadera veneracion la camisa y el pañuelo; y poniéndolo sobre la mesa dijo:

Ya está aquí lo principal; ya veremos si los prusianos traen camisas y pañuelos como éstos. Estas eran, Sr. Kobus, las camisas de gala del señor juez de paz. Reparad la finura del lienzo y la magnificencia de esa chorrera de cinco filas de encajes; ¿pues y los puños? Jamás se vieron parecidos en Hamburgo; fijaos en estos pájaros con la cola extendida, esas hojas bordadas como si se movieran. ¡Qué trabajo, Dios mio, qué trabajo!

Fritz, que no se había ocupado en su vida de esas cosas más que de los habitantes de la luna, palpaba los encajes y los contemplaba con aire de éxtasis, mientras que la vieja criada, con las manos cruzadas sobre su delantal, seguía enumerando las excelencias de aquéllo con gran entusiasmo.

—Apénas se concibe que esté hecho por manos de mujer. ¿No es maravilloso?

—Sí, es bonito, respondía Kobus, pensando en el efecto que produciría á Suzel el verle con aquella chorrera saliéndole del estómago y aquellos puños alrededor de la mano. ¿Crees, Katel, que habrá muchos capaces de apreciar el mérito de estos encajes?

—¡Muchos! Desde luégo todas las mujeres, aunque hayan estado cuidando gansos hasta los cincuenta años: todas tienen el instinto de lo bello y de lo bueno. Un hombre que lleve esta camisa tiene un puesto de honor en su alma, aun cuando sea un imbécil; y se explica perfectamente, porque si él no tiene sentido comun, al ménos lo tendrían muy grande sus padres.

Fritz prorumpió en una ruidosa carcajada.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! qué ideas más extravagantes tienes, Katel, dijo: aunque bien mirado, creo que no vas del todo descaminada. Ahora necesito unas medias.

—Aquí están, señor, un par de seda; ¡qué flexibilidad, qué finura! Están hechas por la señora Kobus con agujas tan finas como cabellos; es una obra de arte. Ahora todo se hace de pacotilla; ¡pero

qué medias salen! Hacen bien en esconderlas bajo los pantalones. Mientras se explicaba de este modo la vieja Katel, Kobus, cada vez más satisfecho, exclamaba:

—Vamos, vamos, que todo se presenta á pedir de boca, y voy creyendo que, como tenga un traje presentable, no se reirán de nosotros los prusianos.

—¡Pero no me habéis, por Dios, de los prusianos! Son unos pobres diablos que no tienen un thaler para hacer cantar á un ciego, y que se echan todo encima para aparentar lo que no tienen. Nosotros somos de otro modo; tenemos donde recostarnos á dormir, y no es ciertamente ninguna piedra, gracias á Dios; y sabemos también dónde ir á buscar una botella de vino, si la queremos beber. Somos gente conocida, establecida; cuando se nombra al Sr. Kobus, todo el mundo sabe que su hacienda está en Meishental, y su bosque de hayas en Michelsberg...

—De eso no hay que hablar; pero esos oficiales prusianos son buenos mozos, tienen grandes bigotes, y más de una muchacha al verlos...

—No creáis tan tontas á las muchachas, objetó Katel, sacando del armario varios trajes, que extendía sobre la cómoda; las muchachas saben distinguir perfectamente entre un ave que vuela por el cielo y otra puesta en un asador: la mayor parte prefieren arrimarse al fuego, y las que miran á los prusianos no merecen la pena de ocuparse de ellas. Pero mirad vuestros trajes; me parece que no estais desnudo.

Fritz se puso á contemplar su guarda-ropa, y al cabo de un instante dijo:

—Este gaban con cuello de terciopelo negro me ha entrado por el ojo, Katel.

—¿Pero en qué estais pensando, señor? exclamó la vieja, juntando las manos admirada. ¿Pénsais poner un gaban con esta camisa?

—¿Por qué no? Es de un paño riquísimo.

—¿No quereis ir vestido?

—Desde luego.

—Pues bien; poneos ese frac azul celeste, que está sin estrenar. Miradlo. Y descubrió los botones dorados, que estaban todavía envueltos en papel de seda.

No entiendo de las modas modernas, pero creo que este frac es precioso; tiene sencillez en el corte, es de poco abrigo, como se necesita para la estación, y luego el azul celeste va muy bien á los rubios. Me parece, señor, que dareis golpe con este frac.

—Veremos, Katel.

Y se puso el frac.

—¡Está perfectamente; magnífico!... Miraos un poco.

—¿Y por detras, Katel?

—Por detras admirable, señor; os hace un cuerpo de un muchacho.

Fritz, que se miraba en un espejo, se puso encarnado de placer.

—Míralo bien: ¿estás cierta?

—Ya lo creo, señor; estais desconocido: con esos capotones que usais representais diez años más.

Y le pasaba la mano por la espalda.

—¡No hace un pliegue!

Kobus, volviéndose con rapidez sobre los talones, exclamó:

—Decididamente me pongo este frac. Ahora un chaleco: elige uno soberbio, en el mismo género de éste, pero con mucho más rojo.

Katel no pudo contenerse, y le dijo:

—Entónces sois como los labriegos de Kokesberg, que se visten de colorado desde los piés á la coronilla. El encarnado con el azul no casan bien; se reirían hasta en el corazon de Prusia, y esta vez tendrían razon los prusianos para hacerlo.

—¿Pues qué me pondré? preguntó Fritz riéndose de la idea.

—Un chaleco blanco, señor, corbata blanca bordada y pantalon color de avellana. Ved, miradlo vos mismo.

Y disponiéndolo todo en el ángulo de la cómoda, decía:

—Todos estos colores parecen hechos los unos para los otros, casan perfectamente; así vais desembarazado para bailar, si os acomoda, y parece que os han quitado diez años de encima; ¡pero no comprendéis todo esto! ¡Necesitais que venga á decíroslo una pobrevieja!

Y se puso á reir, miéntras Kobus, mirándola con sorpresa, dijo:

—Cierto; como pienso tan poco en los trajes....

—Pues haceis mal, señor, porque el traje hace al individuo. Voy á limpiar las botas finas y estareis completamente acabado; todas las muchachas se van á quedar prendadas.

—¡Vaya! ¡vaya! ¿Te quieres burlar de mí?

—No, desde que he reparado en su verdadera figura, he cambiado de parecer, ¡je, je, je! pero apretaremos la hebilla. Decidme, si encontraseis en esta fiesta una muchacha que os gustase y que.. por fin... ¡je, je, je!

Y reía enseñando sus mellas y mirándole, miéntras que él colorado y cortado no sabía qué responder.

—Y tú, dijo por fin, ¿qué dirías?

—Yo, muy contenta.

—Pero ya no serías la dueña de la casa.

—Bonita dueña; haciéndolo todo, vigilándolo todo, conservándolo todo; que venga, que venga en seguida un ama, una señorita jóven y laboriosa que me aligere el trabajo; yo me consideraré feliz, con tal que me deje mecer las criaturas.

—¡De modo que no te incomodarías por eso!

—¡Al contrario! No ve V. que cada dia me siento ménos ágil, que las piernas no me quieren sostener... yo no podría continuar así. Tengo sesenta y cuatro años, señor, sesenta y cuatro muy cumplidos....

—¡Vaya! tú quieres hacerte más vieja de lo que eres, dijo Fritz, que en su interior estaba satisfecho de aquel deseo tan de acuerdo con el suyo ; nunca has estado más ágil ni mejor.

—¡Ah! lo mirais muy de pasada.

—En fin, dijo riéndose ; lo que más importa es que todo esté bien arreglado para mañana.

Examinó de nuevo su bonito frac, chaleco blanco, corbata bordada, pantalones color de avellana y camisa de chorrera, y despues mirando á Katel le dijo :

—¿Está ya todo?

—Sí, señor.

—Pues me voy á beber una copa de cerveza.

Descolgó su gran pipa y salió silbando como un mirlo.

Katel volvió á la cocina.

XVI.

Poco despues de las ocho y media del dia siguiente, se presentaba Schoultz hecho un lechuguino en la casa de Kobus, y con su bastoncillo de ballena y gorra de caza, subía las escaleras de cuatro en cuatro. Haan, con su levita verde, chaleco de terciopelo negro con ramos amarillos, y un magnífico sombrero blanco de pelo largo, le seguía con lentitud, y apoyando su mano regordeta sobre la baranda, sonaba las botas á cada paso que daba. Iban alegres, y esperaban sin duda encontrarse á Fritz con su acostumbrado gaban gris y pantalon color de ala de mosca.

—¿Dónde está? gritaba Schoultz, asomándose á la cocina. ¿Está ya preparado?

—Entrad, señores, entrad, replicó sonriendo la criada.

Atravesaron la antesala, y quedaron estupefactos al abrir la puerta de la sala ; Fritz estaba en ella delante de un espejo, vestido como un figurin ; se le marcaba la cintura redondeada en el frac azul celeste ; la pierna la extendía para observar la caida del pantalon avellana, y tenía la cara sonrosada, fresca, reluciente, las orejas encarnadas, el pelo peinado hasta la nuca, y los guantes color de manteca de Flandes, bien abotonados bajo tres filas de encajes que formaban los puños de la camisa. En fin, era un verdadero Cupido lanzando sus dardos.

—¡Hola, hola! exclamó Haan. ¡Hola, hola, Kobus... Kobus!

Y ahuecaba cada vez más la voz como admirado.

Schoultz enmudeció ; estiraba el pescuezo apoyado en su bastoncillo, y por fin dijo :

—Nos has engañado, Fritz ; tú quieres hacernos pasar por tus criados... no puedo pasar por esto... me opongo.

Entónces volviéndose Fritz, con los ojos llenos de ternura, porque pensaba en la preciosa Suzel, preguntó :

—¿Cómo me encontráis?

—¡De modo, que quieres aplastarnos, eclipsarnos! exclamó Haan. Yo quisiera que nos explicaras la razón de este lazo que nos has tendido.

—¡Nada! replicó Kobus; esto lo he hecho por los prusianos.

—¡Cómo! ¿por los prusianos?

—Sí; ¿no sabéis que á esta fiesta de Bischem vienen centenares de prusianos, que son gente muy apuesta, vestida á la última moda, y que nos miran por encima del hombro á los bávaros?

—Nó; nada de eso sabía, dijo Haan.

—Y yo si lo hubiera sabido me hubiera puesto el uniforme de la landwher, que me iría mucho mejor que esta camisa de nankin; hubieran al ménos visto nuestro espíritu nacional... un representante del ejército.

—¡Vaya! no estás tan mal así, dijo Friz.

Se miraron los tres al espejo y se encontraron bastante bien, y Haan continuó:

—Después de todo, tiene razón Kobus; si nos hubiese avisado estaríamos mejor, pero esto no impide que no hagamos mal papel.

Schoultz añadió:

—Yo, como veis, estoy de trapillo; no iba á Bischem sino á divertirme y á mirar...

—¿Pues y yo? dijo Haan.

—Sí, pero yo estoy más en lo firme; un trajecillo de viaje es más sencillo, más á propósito para la fiesta de un pueblo que las chorreras y los encajes.

Al volverse, vieron sobre la mesa una botella de forstheimer, tres vasos y un plato con bizcochos.

Fritz, después de lanzar la última mirada á su corbata, que llevaba anudada con estudio por Katel, y satisfecho de su tocado, dijo:

—Beberemos mientras llega el coche; no puede tardar ya.

Se sentaron, y Schoultz, después de beber, hizo la siguiente juiciosa observación.

—Todo está muy bien, dijo; pero convendréis en que no es distinguido llegar en ese traje tan compuesto y conducidos por un vehículo desvencijado y roto, y tirado por un mal matalon; eso sería de malísimo efecto.

—Si fuese preciso, replicó el recaudador, llevarlo todo en armonía y de lo más selecto, nos veríamos obligados á vestir de blusa y cabalgar en un borrico. Nadie ignora que hay personas muy decentes que no tienen, sin embargo, los trenes que corresponden á su traje. Y á pesar de eso, van á las fiestas. ¿Se molesta, por ventura, á alguien con ir á reirse un rato?

Mientras ellos se entretenían en estos coloquios, y pasados unos veinte minutos, Fritz, que estaba atento para oír el carruaje cuando se aproximara, les dijo:

—Ya está ahí el carruaje.

Los otros dos escucharon, y no oyeron despues de algunos segundos sino las rodadas lejanas de un coche y fuertes chasquidos del látigo.

—No es, dijo Haan; es una silla de postas que pasa por la carretera.

Pero conforme se aproximaban las rodadas, Fritz se sonreía. Por fin el coche desembocó en la calle, y los latigazos sonaban como cohetes en la plaza de las Acacias, y se oían al mismo tiempo el pisar de los caballos y el retemblar del piso.

Entónces se asomaron á la ventana y vieron aproximarse á trote largo la berlina que había alquilado Fritz, conducida por el buen postillon Zimmer, ataviado con su traje bordado de oro, chaleco blanco, peluca empolvada y grandes botas que le subían por encima de la rodilla, y que mirando arriba chascaba el látigo con todas sus fuerzas.

—¡Andando! dijo Kobus.

Se caló el sombrero, miéntras que los otros dos se miraban aturcidos; no podían convencerse de que la berlina era para ellos, y despues de pararse á la puerta, Haan lanzó una carcajada y exclamó:

—¡Así me gusta!.. ¡Así me gusta! Esto se llama hacer las cosas á lo grande. ¡Já, já, já! ¡Qué buena ocurrencia!

Bajaron seguidos de Katel, radiante de alegría: Zimmer, al verles aproximar, se volvió sobre el caballo y dijo:

—Con puntualidad... Ya veis, Sr. Kobus, que he sido exacto.

--Sí, está bien; replicó Fritz abriendo la portezuela. Vamos, suban ustedes. ¿No se puede bajar la capota?

—Sí, Sr. Kobus, no teneis sino girar ese boton y bajará sola.

Se subieron los tres, felices como príncipes. Fritz al sentarse, dejó caer la capota y se colocó á la derecha, Haan á su izquierda y Schoultz en medio.

Más de cien personas se agrupaban por las puertas y ventanas para verlos pasar, porque las sillas de posta no solían entrar en la ciudad; era, pues, una novedad ver una en la plaza de las Acacias.

Imposible describir la satisfaccion de Haan y Schoultz.

—¡Ay! dijo Schoultz tentándose los bolsillos, he dejado la pipa en la mesa.

—Tenemos cigarros, dijo Fritz alargándoles unos que encendieron en el acto y se pusieron á fumar, tendidos en sus asientos, con las piernas cruzadas, mirando al cielo y con el brazo tendido por detras de la cabeza del compañero.

Zimmer chascó el látigo y emprendieron los caballos nuevamente el trote largo, al propio tiempo que hacía el viejo postillon sonar el cuerno; Katel los vió salir desde el umbral de la puerta, y los siguió con sus miradas hasta que el carruaje volvió la esquina. Atravesaron así todo Hunnembourg; el piso resonaba y se oía desde larga distancia; las ventanas se llenaban de gente que los veía pasar con cara

de sorpresa, y ellos, recostados con negligencia como si fueran grandes señores, fumaban sin volver la cabeza, como si no hubieran hecho otra cosa en su vida que viajar en silla de postas.

Por fin, al ruido del empedrado siguió el ménos fuerte de la carretera, pasaron por la puerta de Hildebrandt, y Zimmer, colgando el cuerno, volvió á coger el látigo. Dos minutos despues corrían como el viento por la carretera de Bischem; los caballos levantaban la cola arqueándola; el chasquido del látigo se extendía á lo léjos por la campiña; los tilos, los campos, los prados y chaparros pasaban con una rapidez extraordinaria como en un panorama.

Fritz, con la cara de satisfaccion y los ojos mirando al cielo, soñaba con Suzel. La veía de antemano, y esta idea solamente le llenaba los ojos de lágrimas.

—¡Qué admirada se va á quedar! pensaba en su interior. ¿Sospechará algo? ¡Nó; pero muy pronto, en seguida, lo sabrá todo! ¡Es preciso que no lo ignore!

El buen Haan fumaba con aire grave, y Schoultz había dejado caer la gorra para atras con objeto de atusarse la cabellera gris y disfrutar de la brisa.

—¡Así me gusta viajar! decía Haan. Ya estoy hasta más arriba de los pelos de meterme en esos carromatos viejos é indecentes, en esas cestas de ensalada donde sale uno magullado: ir así es otra cosa. Podéis creer, que no necesito ni quince días para acostumbrarme á estos carruajes.

—¡Já, já, já! gritaba Schoultz, ya lo creo, no es difícil.

Fritz soñaba.

—¿Cuánto tiempo tardaremos todavía? le preguntaba á Zimmer.

—Tardaremos unas dos horas, señor.

—¡Con tal que esté allí y que el viejo Christel no se haya arrepentido!

Este temor le inquietaba; pero al instante volvía la confianza, y un borboton de sangre le subía á las mejillas.

—Está allí, pensaba, estoy seguro. No es posible otra cosa.

Y miéntras que Haan y Schoultz se dejaban conducir, extendiéndose y riéndose entre sí, y echando el humo con parsimonia para saborearlo mejor, él iba inquieto, se asomaba á cada instante, y le parecía que los caballos no andaban.

En una hora pasaron dos ó tres pueblos, despues otros dos más, y por fin la berlina entró en el valle de Altembrick. Kobus recordó al instante que Bischem se encontraba al otro lado de la loma. La subida al paso le pareció larguísima; pero por fin llegaron á la meseta, y Zimmer, chascando el látigo, gritó:

—Ya está ahí Bischem.

En efecto, casi en el mismo momento descubrieron la antigua barriada que rodeaba el valle de en frente. La gran calle tortuosa, las casas decrepitas surcadas de postes labrados, las galerías, las escaleras

exteriores, las puertas cocheras, en las que se ven mochuelos clavados y desplumados; los tejados de teja ó de pizarra, recordando las guerras de los margraves y langraves, de los suecos y de los republicanos; todo se había edificado, quemado y reedificado veinte veces en el transcurso de los siglos; á la derecha una casa del tiempo de Hoche, otra á la izquierda del tiempo de Melac, la de más allá pertenece al de Barbaroja.

Todo era ruido y confusion, y se veían ir y venir los tricornios, los *bavolets* de dos pedazos, los corpiños de tirantes, los chalecos rojos; los perros acudían ladrando, los patos y gallinas se dispersaban con un cacareo interminable, mientras que la berlina avanzaba á galope por la gran calle, y Zimmer hacía sonar horriblemente su cuerno de caza.

Haan y Schoultz observaban estas cosas y gozaban de la admiración universal que iban causando. Al volver de una calle á la plaza de *Deux-boucs*, divisaron la antigua fuente *Madame Hütte*, de tablo-nes de pino, las casetas de los mercaderes y la muchedumbre que se agitaba en torbellinos; todo pasó como un relámpago. Más allá divisaron la antigua iglesia de San Ulrico con sus dos altas torres cuadradas coronadas por la cubierta de pizarra, y con sus huecos de bóveda cintrada del tiempo de Carlomagno. Las campanas tocaban á vuelo; se terminaban entónces los oficios, la muchedumbre bajaba los escalones del peristilo con las caras alegres; todo esto desapareció también súbitamente.

Fritz sólo tenía una idea: ¿dónde estará?

Se asomaba en cada casa que pasaban como si Suzel hubiera debido aparecer en aquel instante. En todos los balcones, escaleras y ventanas, delante de todas las puertas, ya fueran cuadradas ó redondas, rodeadas de emparrado ó descubiertas en todas partes, lanzaba una mirada como diciendo:

—¡Si estuviera aquí!

Si se hubiera asomado alguna muchacha en el extremo de una calle, por detras de las vidrieras ó en el fondo de un cuarto, hubiera visto sin duda en ella algún rasgo, alguna cinta, algo de Suzel. Pero esto no sucedió, y la berlina desembocó por fin en la plaza de las *Vieilles Boucheries* en frente del *Mouton d'Or*.

Fritz recordó en seguida la antigua posada; allí paraba con su padre hacía veinticinco años. Reconoció la gran puerta cochera abierta hácia el patio; la galería de madera con pilares macizos; las doce ventanas con persianas verdes y la puertecita abovedada y los escalones desgastados.

Algunos minutos ántes esta vista hubiera despertado en su alma mil recuerdos tiernos; pero en este momento no pensaba sino en ver á la preciosa Suzel.

La posada debía estar atestada de gente; porque lo mismo fué parar el coche, asomaron por todas las ventanas caras prusianas, con

grandes bigotes confundidas con otras muchas. Dos caballos estaban atados de las anillas de la puerta; sus dueños los vigilaban desde el paseo.

Tan pronto como se detuvo el carruaje, avanzó hacia él el posadero Lœrich, alto, circunspecto y digno, con su cabeza blanca cubierta por un gorro de algodón; y, bajando el estribo, dijo:

—Si los señores quieren tomarse el trabajo de bajar...

Entonces replicó Fritz:

—¿Ya no me reconocéis, compadre Lœrich?

Y el viejo se puso á mirarlo con mucha atención.

—¡Ya lo creo, Sr. Kobus; tanto como le quiero!... He debido reconocerle ántes, porque sois un retrato de vuestro padre. Perdonadme.

Fritz bajó riéndose, y respondió:

—Compadre Lœrich, no es extraño que no me hayais conocido. ¡Se cambia tanto en veinte años!... Os presento á mi feld-mariscal Schoultz, y mi primer ministro Haan; viajamos de incógnito.

Los que estaban asomados no ocultaron una sonrisa, sobre todo los prusianos: esto incomodó bastante á Schoultz.

—Podría serlo, dijo, como otros muchos lo son; y mandaré un asalto ó una batalla, con igual impasibilidad que ellos.

Haan tenía demasiado buen humor para incomodarse.

—¿A qué hora se come? preguntó.

—A las doce en punto, señor.

Entraron en el portal, mientras que Zimmer desenganchaba y llevaba los caballos á la cuadra. En el fondo se veía una puerta, que daba entrada al jardín; á la izquierda estaba la cocina; se oía el tic-tac del asador, el chisporroteo del fuego y el ruido de las cacerolas. Los criados atravesaban, corriendo, con platos y vasos; el jefe de la cocina subía de la bodega con un cesto de botellas de vino.

—Necesitamos un cuarto, dijo Fritz al posadero; quisiera el de Hoche.

—Imposible, Sr. Kobus, está tomado; los prusianos han hecho que se los guarde.

—Pues dénos el de al lado.

El buen Lœrich les precedió por la escalera. Schoultz, al oír hablar del cuarto de Hoche, quiso verlo.

—Este es, dijo el posadero, abriendo la puerta de una sala grande en el piso principal; aquí celebraron consejo los generales republicanos el 23 de Diciembre de 1793, tres días ántes del ataque á las líneas de Wissemburgo. Mirad: allí estaba Hoche.

Y señalaba una estufa de fundición, que se encontraba en un nicho ovalado, á la derecha.

—¿Lo visteis?

—Sí, señor; lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer: yo tenía quince años. Los franceses acampaban en los alrededores; los gene-

rales no dormían, ni de día ni de noche. Mi padre me llamó un día, diciéndome: «¡Mira bien!» Los generales franceses, con su faja tricolor en la cintura, y grandes tricornos atravesados, y arrastrando los sables, se paseaban por esta habitación.

A cada instante venían oficiales, cubiertos de nieve, á tomar órdenes. Como todo el mundo hablaba de Hoche, tenía curiosidad por conocerlo; y, deslizándome á lo largo de la pared, miraba fijamente á aquellos grandes hombres, que movían tanto ruido.

Mi padre, que acababa de entrar, me tiró entónces de la manga, y, palideciendo, me dijo al oído: «¡Le tienes á tu lado!» Me volví inmediatamente, y le ví delante de la estufa, con las manos atrás y la cabeza inclinada para delante. No parecía ser nadie, al lado de los otros generales, por la sencillez de su traje azul, con cuello grande y vuelto, y sus grandes botas con espuelas de acero. Me parece que le estoy viendo: era un hombre moreno, de mediana estatura, y cara larga; su larga cabellera, partida en la frente, le caía á lo largo de sus mejillas; meditaba; en medio de aquella zambra nada le distraía. A las once de aquella misma noche se fueron los franceses; al día siguiente no quedó uno solo en el pueblo ni sus alrededores. A los cinco ó seis días se extendió por todas partes la noticia de haberse dado la batalla, y haber sido vencidos los imperialistas. Sin duda Hoche amasó aquí su plan.

El compadre Lœrich contaba todo esto con naturalidad; pero ellos estaban maravillados del relato. Los condujo en seguida á la habitación inmediata, y les preguntó si comerían en su cuarto; pero prefirieron hacerlo en mesa redonda.

Volvieron, pues, á bajar.

El gran comedor estaba lleno de gente: tres ó cuatro viajeros esperaban con sus maletas sobre las sillas la hora de volver á Landau; parejas de oficiales prusianos se paseaban á lo largo de la habitación; algunos comerciantes comían aparte; gente de la clase media, sentada en la mesa redonda que tenía un blanco mantel, las botellas limpias y relucientes y los cubiertos alineados. A cada momento asomaban gentes nuevas, y unos se retiraban al ver la aglomeración de gentes y otros entraban.

Fritz hizo que le trajeran una botella de rudesheim para esperar la comida. Miraba con aire aburrido la magnífica sillería azul indigo y amarillo ocre, representando la Suiza y sus grandes nieves, Guillermo Tell apuntando á la manzana sobre la cabeza de su hijo..... Pensaba siempre en Suzel.

En aquel momento se oyó un canto y se oscureció la luz por la sombra de un carro grande, y despues otro que le seguía.

Todo el mundo se asomó.

Eran aldeanos que partían para América. Los carros iban llenos de armarios, camas, colchones, sillas y cómodas. Todo iba cubierto por grandes toldos, colocados sobre aros de madera. Debajo iban los

niños sentados sobre haces de paja, y las viejas decrepitas, con el pelo blanco como el cáñamo, miraban con aire de sufrimiento, pero tranquilo; cinco ó seis rocines con las grupas cubiertas por pieles de perro tiraban con lentitud. Detras venían los hombres, las mujeres y tres viejos encorvados con la cabeza descubierta y apoyados en bastones, y cantaban á coro:

—¿Cuál es la patria alemana?

Y los viejos respondían:

—¡América! ¡América!

Los oficiales alemanes murmuraban:

—Debería prenderse á esa gente.

Haan al oír esa especie no pudo contenerse y respondió con tono irónico:

—Dicen que Prusia es la patria alemana. ¡Deberían retorcerles el pescuezo!

Los oficiales prusianos le miraron de reojo; pero él no tenía miedo y alzaba á su vez la frente con aire de altivez.

Kobus se había incorporado tranquilamente y había salido como si fuera á preguntar algo á la cocina. Al cabo de un cuarto de hora, viendo que no volvía, les llamó la atención á Haan y Schoultz, tanto más cuanto que empezaban ya á servir la sopa y todo el mundo se sentaba á la mesa.

Fritz había recordado que al extremo del callejon de los patos, fuera de Bischem, vivian dos ó tres familias anabaptistas y que su padre tenía la costumbre de detenerse allí á comprar ciruelas pasas, al volver á Hunnembourg, y pensando que Suzel podría estar allí, había bajado sin decir nada al jardin del *becerro de oro* y desde allí á la alameda que rodea al pueblo.

Corría por aquella alameda como un gamo; ¡tan grande era su deseo de ver á Suzel! Si él hubiera podido verse hacía tres meses se hubiera admirado de su estado.

Por fin al apercibir entre los huertos el tejado gris de los anabaptistas se escurrió por entre las hayas hasta cerca del patio, y allí vió, entre el estercolero cuadrado y la fachada decrepita adornada de yedra, el coche de Christel; el corazon se le ensanchó de felicidad y satisfaccion.

—¡Ahí está! dijo entre sí, ¡qué gusto..... qué felicidad! Ahora la he de ver cueste lo que cueste; ¡aunque me fuera preciso estarme aquí tres dias no me importaría nada!

No se cansaba de mirar aquel coche. De repente Mopsel, lanzándose por la alameda, empezó á ladrar con ese ladrido peculiar de los perros cuando ven á una persona conocida despues de mucho tiempo. Le faltó tiempo para escaparse por entre las hayas como un ratero; porque á pesar de su alegría se avergonzaba de hacer estas excursiones. Era feliz, pero estaba confuso á la vez.

—Si te vieran, decía, si supieran lo que estás haciendo, ¡válgame

Dios cómo se reirían de tí, Fritz! Pero no importa ; puedes estar satisfecho de tu buena suerte.

Emprendió de nuevo el camino por donde había venido y volvió al *becerro de oro*. Servían el segundo plato cuando entró en el comedor. Haan y Schoultz se habían cuidado de guardarle un asiento entre ellos.

—¿A dónde demonios te has ido? le preguntó Haan.

—He querido ver al doctor Rubemieck, uno de los amigos de mi padre, replicó amarrándose la servilleta al pescuezo ; pero acabo de saber que ha muerto hace dos años.

Se puso en seguida á comer con apetito, y Haan suspendió su interrogatorio á la vista de una magnífica anguila que estaban sirviendo.

Durante toda la comida Fritz estaba muy jovial y diciendo para sí: ¡Aquí está!

Entornaba unas veces sus ojazos saltones, otras los abría desmesuradamente como un gato que acecha á un moscon cuando revolotea al sol.

Bebía y comía con ánsia, pero sin notarlo.

Hacía un tiempo soberbio ; en la calle Ancha se oía á lo léjos el rumor de cantos de alegría y el sonido confuso de las trompetas de madera y grandes carcajadas ; las gentes vestidas en traje de fiesta, con el sombrero lleno de flores y cintas, paseaban del brazo, dirigiéndose hácia la plaza de los *Deux-Boucs*. Los convidados se levantaban ahora uno, despues otro, y dejando la servilleta sobre la silla salían á mezclarse con la multitud.

A las dos sólo quedaban á la mesa Haan, Schoultz, Kobus y dos oficiales prusianos, acompañados de los postres y las botellas de vino vacías.

De repente Fritz volvió en sí de su distraccion al oír las trompetas y el coro que anunciaban el principio del baile, y pensó :

—¿Estará Suzel allí?

Y golpeando con el mango del cuchillo en la mesa gritó con voz fuerte :

—¡Compadre Lœrich! ¡Compadre Lœrich!

El viejo posadero se presentó.

Entónces Fritz, con la sonrisa en los labios y con finura, le preguntó :

—¿Os queda todavía de aquel vinillo blanco?... ¡Sabeis, aquél que chisporrotea y le gustaba tanto á mi buen padre el juez de paz, Kobus!

—Sí, señor ; queda aún, respondió el posadero con igual tono melífluo.

—Pues tráiganos dos botellas, dijo guiñando los ojos ; era un vino muy agradable y tendré mucho gusto en que lo prueben mis amigos.

El buen Lœrich salió, y al volver á los pocos instantes traía debajo de cada brazo una botella perfectamente tapada, precintada y amar-

rada con alambre fuertemente. Traía también unas pinzas para romper el alambre y en una bandeja tres copas en forma de trompetilla.

Haan y Schoultz comprendieron qué vino era, y mirándose entre sí se sonrieron.

—¡Hola! ¡hola! este Kobus tiene unas bromas... pues no llama á eso vinillo...

Y Schoultz, observando á los prusianos con el rabillo del ojo, prosiguió:

—Sí, vinillo francés, no es la primera vez que lo bebemos; pero allá en la Champagne destapábamos las botellas rompiendo el cuello con el sable.

Diciendo esto se retorció las guías de su bigote gris y se encasquetaba la gorra hasta las orejas.

El tapon saltó hasta el techo como un pistoletazo y se llenaron las copas de aquel rocío celestial.

—¡A la salud de Fritz! gritó Schoultz levantando su copa.

Y el rocío celestial entró de una sola vez por su descomunal garganta.

Haan y Fritz le habían imitado y repitieron por tres veces lo mismo, extasiándose al terminar con su especial aroma. Los prusianos se levantaron entónces y salieron con dignidad.

Kobus, destapando la otra botella, dijo:

—Schoultz, me parece que te vanaglorías algunas veces de una manera inconveniente. Me falta á mí saber si tu regimiento de la landwer habrá pasado alguna vez del fuertecillo de Phalsburgo en la Lorena y si habreis bebido otro vino que el blanco de la Alsacia.

—Vaya, no te preocupes por eso, respondió Schoultz; ¿merecen estos prusianos que uno se moleste? Yo represento aquí al ejército bávaro, y lo que sé decirte es, que si hubiéramos encontrado vino de Champagne en nuestro camino, no lo hubiéramos despreciado. ¿Qué culpa tengo yo de haber caído en un terreno estéril? La culpa fué del mariscal de Schwartzemberg, que nos sacrificó para engordar á sus austriacos. No me hables de eso, Kobus, porque sólo de pensarlo me encolerizo todavía: durante dos etapas sólo encontramos abetos, y para final de fiesta, una avalancha de condenados, que nos aporreaban á pedradas desde lo alto de sus montañas, unos descamisados, verdaderos salvajes; te aseguro que hubiera sido mucho más agradable destripar botellas de Champagne que batirse con aquellos montañeses de los Vosgos.

—Vamos, cálmate, dijo Haan riéndose, somos de tu misma opinión, por más que dejaran sus huesos en la Champagne algunos miles de prusianos y austriacos.

¿Quién sabe si estaremos bebiendo en este momento la quinta esencia de un cabo schlague? exclamó Fritz.

Los tres se pusieron á reir como unos bienaventurados. Empezaban á achisparse.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Ahora vamos á bailar, dijo Kobus levantándose.

—¡A bailar! repitieron los otros.

Vaciaron la última copa de pié, y salieron, por fin, dando algunos traspiés, y riéndose tan fuerte, que al pasar por la calle Ancha todo el mundo se volvía á verlos.

Schoultz, levantando sus piernas, largas como las de un saltamontes, hasta la barba, y echando los brazos al aire como para volar:

—Desafío á la Prusia, decía con tono de Hans-Wurst; desafío á todos los prusianos, desde el cabo schlague hasta el feld-mariscal.

Y Haan, con las narices coloradas como una remolacha, las mejillas amoratadas y llorando tiernamente, le decía tartamudeando:

—¡Schoultz! ¡Schoultz! modera, por Dios, tus ardores belicosos; no nos quieras echar encima todo el ejército de Federico Wilhelm; somos hombres de paz, hombres de orden, y debemos aceptar la concordia de nuestra vieja Alemania.

—¡No! ¡no! ¡los desafío á todos! gritaba Schoultz; ¡que se presenten, ya verán de lo que es capaz un sargento veterano del antiguo ejército bávaro! ¡Viva la patria alemana! ..

Más de un prusiano se reía al verlo pasar.

Fritz, pensando en que iba á ver á la preciosa Suzel, estaba en un estado de abstraccion extraordinario.

—Todas las muchachas van á la Madame Hütte, sobre todo, el primer dia de la fiesta. Allí estará tambien Suzel.

Esta idea le elevaba al séptimo cielo; se deleitaba con ella, y saludaba á las gentes con aire cariñoso y tierno. Al llegar á la plaza de *Deux Boucs* y distinguir la bandera sobre la barraca, reconoció en las últimas notas de un *hopser* el violin de su amigo Josef, y llamando á sus camaradas, se puso á gritar:

—¡La comparsa de Josef! ¡La comparsa de Josef! Es preciso convenir que hemos tenido mucha suerte, que Dios nos ha favorecido.

Cuando llegaron á la puerta de la *Hütte* el *hopser* terminaba, las gentes salían, y el trombon, el clarinete y el figle templaban sus instrumentos para tocar otro baile; el bombo daba su último ronquido en la sonora barraca.

Entraron, y se presentaron á sus miradas las muchachas tapizando las baquetas, con los papás y abuelas; los pilares estaban adornados con guirnaldas de hiedra y musgo, que pendían de uno á otro. La animacion era muy grande, los bailarines conducían las parejas á su sitio. Fritz, al distinguir á su amigo Josef en medio de la orquesta, no pudo contener el entusiasmo, y se puso á gritar:

—¡Josef! ¡Josef!

La gente se apartaba, y apiñada, se asomaba á ver quién era el majadero que gritaba de aquel modo. Pero al ver á Haan, Schoultz y Kobus, que avanzaban riéndose, con la cara amoratada y dando

traspies, como sucede despues de beber, una inmensa carcajada resonó por todas partes, porque cada uno decía para sí:

—Estos mozos han comido fuerte y están de buen talante.

No obstante, Josef, al reconocer á Kobus, abrió los brazos en cruz, teniendo en una mano el violin y en la otra el arco. De este modo bajó del tablado mientras que Kobus subía, y al encontrarse en mitad del camino, se abrazaron, en medio de la general admiracion.

—¿Qué demonios será esto? decian. Un hombre tan bien vestido que se deja abrazar por un bohemio...

Y Bockel, Andrés, y toda la orquesta asomados á la barandilla, aplaudían aquel espectáculo.

Por fin, enderezándose Josef, levantó el arco y dijo:

—¡Oigan! mi amigo el Sr. Kobus de Hunennbourg, va á bailar un *treieleins* con sus dos compañeros. ¿Se opone álguien á esto?

—No, no, ¡que baile! gritaron de todas partes.

—Entónces voy á tocar el wals, el wals de Josef Almani, compuesto bajo la inspiracion de aquél que le socorrió en un dia de gran miseria. Este wals, Kobus, no lo hemos oido sino los que lo tocamos y los árboles del Tannewald; elige, pues, una buena pareja á tu gusto, y vosotros, Haan y Schoultz, elegid igualmente las vuestras; nadie sino vosotros bailará el wals de Almani.

Fritz se volvió en los escalones, dirigió una mirada alrededor de la sala, y hubo un momento en que no encontró á Suzel. Abundaban las muchachas bonitas, rubias y pelinegras, blancas y morenas; todas dirigieron sus miradas á Kobus, y se ruborizaban cuando éste se fijaba en ellas; porque era un gran honor ser la elegida por un buen mozo, y sobre todo para bailar el *treieleins*. Pero Fritz no notaba nada de esto, ni veía que se sonrojaban, ni observaba cómo se erguían, asemejándose á los húsares de Federico Wilhelm en la parada; no reparaba en aquel ramillete de muchachas, muertas por sus miradas; sólo buscaba una *vergissmeinncht*, la florecita de los recuerdos de amor.

La buscó largo tiempo, inquietándose cada vez más; por fin la vió oculta tras de una guirnalda de encina que pendía de uno de los pilares de la derecha de la puerta. Suzel, medio oculta por aquella guirnalda, inclinaba la cabeza por debajo de sus grandes hojas verdes, y miraba tímidamente, deseosa al par que temerosa de ser vista.

(Continuará.)





LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

Y LA HISTORIA LITERARIA DE ESPAÑA (I).

XVII.

QUOTRO ejemplo notable de la importancia histórica que tienen los libros de milicia se halla en el tratado del célebre maestro de campo D. Sancho de Londoño, intitulado: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar á mejor y antiguo estado*. Véase lo que dice acerca de esta obra el brigadier D. José Almirante en su *Bibliografía Militar de España*, pues las opiniones de este ilustrado y sagaz escritor vienen á robustecer las que nosotros llevamos expuestas acerca de los poderosos motivos que existen para que los tratadistas de milicia vengán á ocupar el puesto que de derecho les corresponde en la *Biblioteca de Autores Españoles*. Dice así el Sr. Almirante al exponer su juicio acerca de la citada obra de D. Sancho de Londoño:

«El libro, por su misma concision y severidad, revela un no sé qué de virilidad soldadesca, oportunísima entre aquellas indómitas é inolvidables tropas. Con la lectura de sus páginas

(1) Una enfermedad de los ojos, que desde hace algunos meses se halla padeciendo el autor de estos artículos, ha sido causa de la larga interrupcion que en su publicacion han tenido. (N. de la R.)

austeras la imaginacion restaura, sin gran esfuerzo, el orgulloso é inimitable tipo del soldado español de aquellos tiempos. No es el humilde y desdeñado peon de la Edad Media, ni tampoco el mísero y desvalido plebeyo atormentado en máquina prusiana del siglo XVIII; es el voluntario desheredado y aventurero, cuya juventud se marchita por falta de aire en su vieja y claustral España; y desdeñando el oro que otros más cautos van á buscar en las Indias, sigue al primer atambor que pasa redoblando alegre por la plaza de su pueblo, y en compañía de un alférez galan y embaucador, se lanza á ver mundo, es decir, á verlo temblar bajo su tizona rabitiesa.»

«En esta parte los detalles de Londoño son preciosos. Cada compañía del tercio tiene su capellan, individuo de primera plana, y al mismo tiempo su harén de ocho mujeres por cada cien plazas, ni más ni ménos (folio 18, vuelto), que tiene asignado en las marchas y maniobras su lugar táctico y reglamentario en el centro del escuadron ó columna.»

«Es singular por cierto este número de ocho establecido en todas partes. En una ordenanza de Cárlos III, duque de Lorena, promulgada en 1587, é inserta en el *Diccionario Histórico* de Rogeville, despues de prohibir que se lleve otra mujer que la legítima, recomienda... que en «*chaque compagnie il n'y puisse avoir plus de huit femmes, et celles communes á tous, sous peine d'avoir le fouet et d'etre privées de leurs hardes.*»

Esta dotacion de ocho mujeres por cada cien plazas, no parece que está muy en armonía con la moral cristiana que debían profesar los soldados de la católica España del siglo XVI; y sube de punto la extrañeza del hecho, si se considera, como lo hace el Sr. Almirante, que el libro del maestre de campo Londoño está publicado en Bruselas y en el año de 1587; es decir, que, «esto sucedía y reglamentaba bajo el mando del duque de Alba, á quien ni sus mismos enemigos extranjeros (que no son pocos) niegan el duro carácter de rígido y hasta feroz disciplinista.»

Continuando el brigadier Almirante sus discretas consideraciones acerca de la importancia histórica del libro de D. Sancho de Londoño, escribe lo siguiente :

«Parando mientes en la singular *constitucion* de aquellos

tercios (los de Flandés) se ve claro por qué era inexcusable aquello que hoy nos parece desorden. Londoño lo explica en varios pasajes, como en el folio 18: «Y porque entre la infantería anda siempre mucha gente noble y principal, no se les debe impedir el tener á lo ménos doce caballos por ciento (por cada cien plazas) en que puedan caminar los tales, ayuden á los cansados y vayan más expeditamente á cosas que requieren más diligencia que la que puede hacer la gente de á pié. Para entretenir los tales caballos y otros doce bagajes por ciento... De manera, que de quitar tales comodidades se seguiría faltar la nobleza, que es el nervio de la infantería española.» Esto que en nuestros tiempos parece una monstruosidad de organización, es, si se quiere mirar filosóficamente, la clave del enigma, la muestra de un adelanto manifiesto en el arte, el poderoso resorte de aquella máquina que tales hechos de guerra producía.»

«Éstos soldados *principales*, que en tanto número da Londoño en cada tercio de infantería, venían aumentando desde principios del siglo; y la restauración de la infantería como alma y nervio de los ejércitos, atribuida con justicia á los españoles, y que transformó el arte de la guerra, quizá tenga entre sus causas morales por muy preferente, esta presencia en las filas como soldados rasos, de gente noble y principal, es decir, de aventureros jóvenes, bravos, altivos, gallardos, camorristas, ávidos de gloria y de emociones, de entre los cuales el corto número que no sucumbía á las balas, á las fatigas, ó á los vicios, ofrecía, andando el tiempo y templada la sangre con el hielo de los años y de los escarmientos, vigoroso y experto plantel de donde se entresacaban los Valdés, los Dávila, los Londoños, los Mondragones y los Verdugos.»

Para terminar su juicio acerca del *Discurso* del maestro de campo Londoño, escribe el Sr. Almirante las siguientes consideraciones, que son aplicables al estudio histórico de toda nuestra literatura militar.

«Nos hemos apartado un poco de la estrecha senda bibliográfica que nos hemos trazado, con intención de apuntar así prácticamente la manera, no diremos filosófica, sino añcha, con que quisiéramos ver tratar á nuestros clásicos, tan dignos

y merecedores de atenta lectura. Evidentemente es tiempo perdido el que se emplee en leer los folios donde se explana el manejo de la pica y la serpentina del arcabuz; pero hoy mismo, en el tiempo del Remington, cuando nos place saber cómo sin él se conquistaban reinos y se hacía temible nuestro nombre, por si aquello pudiera repetirse, léjos de apartar con mano desdeñosa por áridos é inoportunos, libros como el de Londoño, convendría empaparse en ellos, y transportándose á su tiempo, asimilarse el jugo que siempre dejan de profundo saber y de agradable recuerdo.»

XVIII.

Si la libertad de costumbres de los famosos tercios castellanos de los siglos xvi y xvii en lo concerniente á las cuestiones amorosas, digámoslo así en gracia del decoro de la frase, era tanta como se desprende de la cita del libro de D. Sancho de Londoño, que acabamos de hacer, la moralidad administrativa de aquellos tiempos, aparece tambien comprobada en varios tratados de milicia, segun ha observado ya con singular acierto el sagaz historiador D. Antonio Cánovas del Castillo.

Tratando de fijar el número de combatientes que tomaron parte en la batalla de Rocroy, dice el Sr. Cánovas en su muy notable estudio *Del principio y fin que tuvo la supremacía de los españoles en Europa* :

«No se sabe el número cierto de nuestros soldados, que solían ser siempre muchos ménos de los que se pagaban en las compañías»; y para confirmar la verdad de estas palabras, cita el siguiente pasaje del libro de D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca, intitulado : *Despues de Dios, la primera obligacion, y glosa de las órdenes militares* (Nápoles, 1681).

«Un general hace juicio para una empresa, segun el número de su gente, por las relaciones de las muestras y las que le hacen los sargentos mayores de los tercios; y si no son fieles, aventuran el crédito de los generales y del rey, siendo ruina de su patrimonio; y en ocasiones de la mejor joya de su monarquía, que esto ocasionó en Flandes la pérdida de la plaza de Breda, conforme dije, creyendo el general tener la gente sufi-

ciente para su defensa, según las relaciones, siendo muy al contrario; y por estas razones juzgo que el marques de Sierra, gobernador de las armas de Cataluña, sabiendo las pocas asistencias de aquel ejército (pues en diez y ocho meses tuvo sólo dos cuartos de paga), y que los capitanes comían con el precio del pan de algunas plazas que tenían y toleraban los superiores, pues no tenían otra forma para vivir; y habiendo de disponer el ejército para socorrer la ciudad de Gerona, que estaba sitiada con mucho aprieto, quiso relación de la gente efectiva que tenía cada capitán, previniendo que la diesen justa para conocer las fuerzas que tenía en que poder fiarse, y prometió no valerse de esta noticia para quitarles plaza alguna. Hízose la relación de la gente efectiva de servicio, declarando las demás plazas inhábiles por enfermos. Cumplió su promesa; fué á la ocasión y tuvo victoria... Y porque es materia curiosa, y que puede resultar en servicio del rey, os contaré lo que oí decir al duque de Osuna, siendo virey de Nápoles, para remediar estas fraudes (que cuando no hubiera sido cierta la ejecución, la disposición no dejó de serlo), y fué que habiendo pasado una muestra y haciéndole relación de ella, le dijeron: «Tantos son los soldados efectivos y tantos los *Santelmos*; nombre con que acostumbraban á llamar este género de soldados. Respondió el duque:—¿Cómo *Santelmos*?... ¿Pues hay más de un *Santelmo* en Nápoles?—Dijéronle que eran ciertos hombres que tenían plaza y no eran de servicio. Dijo les quería ver, y que al hacer otra muestra les avisasen. Hallóse en ella, y teniendo persona que le mostrase los *Santelmos*, que eran los mozos de mejor talle y vestido, los fué mandando arrimar á otra parte de la gente del Tercio, y acabada la muestra vió que pasaban de seiscientos, y juntando los otros cuatrocientos, formó un Tercio de mil hombres, y sin dejarlos salir del taracenal (1), los mandó embarcar y envió á Flandes, donde hicieron servicios señalados... satisfaciendo el daño que en Nápoles hacían á la real hacienda, cobrando lo que no servían.»

(1) Taracenal, lo mismo que arsenal. Véase el *Diccionario Militar* de D. José Almirante, pág. 991.

XIX.

Los lectores que hayan seguido con atención el curso del presente escrito habrán podido observar cierto género de desproporción entre la rapidez con que nos hemos ocupado de las obras de bella literatura que se han producido en España desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, de la mayor extensión que ya hemos dado á nuestras consideraciones acerca de la ciencia española, y sobre todo, del gran número de largas citas que hemos amontonado al llegar á ocuparnos del arte militar, para demostrar que los tratadistas de milicia deban de venir á ocupar un puesto en la *Biblioteca de Autores Españoles*, pues la ciencia de la guerra pertenece al número de las ciencias morales y políticas, y no al de las matemáticas, en que absurda y generalmente se considera incluida.

La causa de esta desproporción, que nosotros nos apresuramos á confesar, es fácilmente explicable. Al señalar los libros cuya falta se echa de ménos en la *Biblioteca de Autores Españoles*, pertenecientes á la bella literatura, cuya historia es bastante conocida, eran suficientes, breves y sumarias indicaciones; pero no sucedió lo mismo al ocuparse de las obras científicas debidas á plumas españolas, pues la evidente interrupción del movimiento intelectual de nuestra patria, desde fines del siglo xvi hasta principios de la presente centuria, exigía á modo de una rehabilitación ó apología que justificase la resurrección, digámoslo así, de los olvidados nombres y escritos de nuestros filósofos, teólogos y escriturarios anteriores al siglo xvii.

Nadie medianamente culto puede dudar de que los escritos del marqués de Santillana deben ocupar un puesto en la *Biblioteca de Autores Españoles*; muchos son los que pondrán en tela de juicio las obras del filósofo Iuliano Raimundo de Sabunde, ó del tratadista de derecho internacional Baltasar de Ayala, merezcan hoy los honores de la lectura, por más que alcanzasen generales aplausos en el tiempo en que se publicaron.

Aún era mayor la dificultad que se nos presentaba para que fuese aceptada nuestra afirmación de que la ciencia de la guerra

pertenecía al grupo de las llamadas ciencias morales y políticas, pues acostumbrados estamos á oír calificar de paradojas todas aquellas verdades que no están sancionadas por el acuerdo de las mayorías, y ciertamente que nuestro aserto carecía y carece de tan poderosa sancion.

«En todo catálogo, dice el brigadier Almirante en su *Bibliografía Militar de España*, incluso el de Brunet, quinta edición, 1865, el arte militar aparece englobado bajo la rúbrica *Matemáticas*. Puede ser resabio ó rutina del siglo pasado, en que casi exclusivamente cultivaban aquellas ciencias los artilleros é ingenieros; puede provenir del empeño de todos los autores de sistemas bibliográficos de no renunciar á series y encadenamientos enciclopédicos, siempre arbitrarios, por no reparar en lo distinto que es clasificar ideas y clasificar libros; sea como quiera, este hecho manifiesto y evidente de envolver con la ciencia exacta por excelencia, lo que de tal nada ó muy poco tiene, prueba lo que pretendemos dejar sentado: que al arte militar todavía no se le concede vida propia; no se le considera como ramo independiente y muy principal del saber humano: no se le asigna, por consiguiente, el lugar, ya que no preferente, decoroso, que merece por lo árido y escabroso de su estudio, por lo rudo y fatigoso de su ejercicio.»

Al tratar, pues, de nuestros tratadistas de milicia, había que mostrar lo absurdo de clasificación que generalmente se da á la ciencia de la guerra, colocándola entre los estudios matemáticos; y despues había necesidad de hacer ver la importancia científica é histórica de nuestros antiguos escritores militares; pues esta importancia era lo que podía justificar nuestra opinion de que sus obras, tanto históricas como didácticas, debían venir á ocupar un sitio en la *Biblioteca de Autores Españoles*.

En resúmen, la novedad de la tésis que sosteníamos acerca de la clasificación en que debe de ser incluida la ciencia de la guerra, y el injustificado olvido en que yacen los merecimientos científicos de nuestros tratadistas de milicia, explican suficientemente, segun nuestro juicio, la gran extension que hemos creído que debíamos dar, y que en efecto hemos dado á las consideraciones y citas que dejamos hechas acerca de nuestra literatura militar, aunque quizá haya influido tambien en esto,

sin que nosotros nos demos cuenta de ello, nuestro inextinguible amor á la profesion de las armas, que hemos seguido durante veinticinco años, y que sólo hemos dejado por circunstancias en su mayor parte ajenas á nuestras libres determinaciones.

XX.

Sabido es que los modernos preceptistas suelen afirmar que ademas de la *poesía*, que es la manifestacion de la belleza por medio de la palabra, y de la *didáctica*, que es la manifestacion de la verdad por medio de la palabra, existe la *oratoria*, en que uniéndose la belleza de la poesía y la verdad de la didáctica, resulta una obra bello-útil, el discurso oratorio, que á la vez que conmueve con los arrebatos del sentimiento convence con los argumentos de la razon.

La elocuencia en España durante muchos siglos apenas tiene más representantes que los sacerdotes que han ocupado los púlpitos, y bajo este concepto ó como autores de obras apologéticas de la religion cristiana escritas en forma oratoria, se recuerdan los nombres de Jacobo de Benavente, D. Pedro Gomez de Albornoz, el antipapa Luna, los obispos D. Alonso de Cartagena, D. Francisco de Toledo y D. Pascual de Fuentesanta, el general de la órden geronimiana Fray Alonso de Oropesa, el maestro Pedro de Prexamo, y sobre todos éstos el célebre Fray Hernando de Talavera, el apóstol de Andalucía Juan de Avila y el venerable Fray Luis de Granada.

En lo que generalmente se ha conocido hasta ahora con la calificacion de elocuencia profana, apenas si puede señalarse en nuestra historia literaria alguna obra del marqués de Santillana, la *Lamentacion á la segunda destruccion de España* de D. Enrique de Aragon, los discursos en el concilio de Basilea de D. Alonso de Cartajena y la *Lamentacion á la muerte de D. Alfonso* del príncipe de Viana.

En épocas posteriores se citan á Jovellanos y á Melendez Valdés como notables en la elocuencia forense; y con tan breves noticias y algunas reflexiones acerca de la necesidad de la libertad política para que pueda florecer la inspiracion orato-

ria, recordando los altos ejemplos de las repúblicas de Grecia y Roma, y la confirmación de todo lo dicho en la decadencia á que llegó en España la elocuencia sagrada, simbolizada en aquel Padre Fray Félix Hortensio Paravicino, de ridícula celebridad, se terminan todas las indicaciones que se hallan acerca de la oratoria española en las historias de nuestra literatura patria.

Las antologías que hemos consultado no añaden ninguna nueva noticia á las que dejamos consignadas, pues se reducen á considerar como trozos oratorios las arengas que nuestros antiguos historiadores ponían en los labios de los personajes que en su relato figuraban, ó los discursos que aparecen en las obras novelescas, si así lo exige su argumento. Por esta manera el P. Mariana y Miguel de Cervantes Saavedra vienen á convertirse en modelos de oradores, por medio de los discursos que en sus obras aparecen, puestos en boca de D. Pelayo ó de D. Quijote.

Lo dicho basta para indicar la conveniencia de que en la *Biblioteca de Autores Españoles* se procurase rehacer la historia de la elocuencia en España; ya reimprimiendo algunas de las obras que aún existen de los oradores anteriormente citados, ya también recorriendo los archivos y las memorias de las corporaciones literarias, en cuyos sitios se hallan discursos forenses y disertaciones académicas, que de hecho pertenecen al género literario de que ahora tratamos.

Observaremos además que en la *Biblioteca de Autores Españoles* han aparecido varias producciones de escritores del siglo presente, tales como la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* del conde de Toreno, y el tomo intitulado: *Obras completas de D. Manuel José Quintana*, y ciertamente que así debía suceder para que se cumpliese la segunda parte de su título que dice: *desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*. Es por lo tanto evidente que los oradores parlamentarios que han brillado en la tribuna española, desde las primeras Cortes de Cádiz hasta la época presente, tienen un perfecto derecho á ocupar un puesto en los tres tomos de la *Biblioteca* que debieran consagrarse á este género bello-útil, y que podrían intitularse: *Obras oratorias*.

XXI.

Por idéntica razon á la que acabamos de expresar para que los oradores parlamentarios de este siglo vengan á ocupar un sitio en la *Biblioteca de Autores Españoles*, creemos tambien que en esta coleccion bibliográfica debieran publicarse varios tomos, que á modo de antologías, comprendiesen algunas de las obras de nuestros poetas, líricos y épicos, anteriores al año de 1850. Nos fijamos en esta fecha, porque hoy, en el año de 1877, puede decirse, habida cuenta de la rapidez de la vida moderna, que ya somos posteridad para juzgar de los escritores que han florecido en la primera mitad del presente siglo.

¿Quién puede poner hoy en duda el mérito de las poesías líricas de Espronceda, Gallego y Arolas; de los ensayos épicos de D. José Joaquin de Mora, Zorrilla, el duque de Rivas y García de Quevedo; y de las obras dramáticas de la Avellaneda, Breton de los Herreros, Martinez de la Rosa, Gil de Zárate y algunos otros autores, cuyas producciones son anteriores al año de 1850?

Así, pues, la *Biblioteca de Autores Españoles* debiera publicar dos tomos que podrían titularse: *Antología de poetas épicos y líricos del siglo XIX*, en los cuales se coleccionasen *El moro expósito* y *La azucena milagrosa*, del duque de Rivas; algunas leyendas de Zorrilla y de Mora; *El estudiante de Salamanca* y *El diablo mundo*, de Espronceda; *La segunda vida*, *Delirium* y *El proscrito*, de García de Quevedo; el *Esvero* y *Almedora*, de Mauri, y muestras de las poesías líricas de estos autores y de Gallego, Arolas, el duque de Frias, Romero Larañaga, D. Enrique Gil, Ros de Olano, García Tassara, Villergas, Pastor Diaz y otros muchos poetas del siglo presente, cuyas obras ponen en punto de evidencia la teoría de Hegel acerca del gran florecimiento del género lírico en las épocas de confusion intelectual, tales como son los turbados tiempos en que hoy vivimos.

En otros dos tomos que se podrán titular: *Antología de poetas dramáticos del siglo XIX*, se deberían coleccionar el *Baltasar*, el *Saul*, el *Alfonso Munio*, y algunas otras obras dramáticas de doña Gertrudis Gomez de Avellaneda; varias

comedias de Breton de los Herreros; el *Edipo* y *La conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa; el *Cárlos II el Hechizado*, y algun otro drama de D. Antonio Gil de Zárate; el *Don Alvaro, Solaces de un prisionero*, y quizá alguna comedia de costumbres del duque de Rivas; *El conde D. Julian*, de Príncipe; el *Fray Luis de Leon*, de Castro y Orozco; *El hombre de mundo*, de D. Ventura de la Vega; y si los compromisos editoriales anteriores lo consintieran, tambien en esta coleccion debieran figurar producciones de autores dramáticos que aún viven, pero que ya están consagradas, por universal consentimiento, como dignas de imperecedera fama. *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y *El Trovador*, de García Gutierrez, en el género dramático; *Coquetismo y presuncion*, de Flores Arenas, en el género cómico, se hallan en este caso. Los Sres. Zorrilla, Asquerino (D. Eusebio), Rodriguez Rubí, Navarrete (D. Ramon de), Florentino Sanz, Roca de Togores (actualmente marqués de Molins), Diaz (D. José María), Diana, y quizá otros de nuestros autores dramáticos que hoy viven, han escrito obras estimables: entre ellas hay varias que han merecido unánimes aplausos del público y de la crítica; obras que se han representado en la primera mitad del siglo actual, y que, segun las consideraciones arriba apuntadas, podrían y deberían figurar en la *Biblioteca de Autores Españoles, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias*, si á ello no se opusiesen los derechos que sobre las indicadas obras puedan tener sus actuales editores.

Los novelistas que han florecido en España en la primera mitad del siglo actual, no son muchos en número, pero sí dignos de estudio; porque señalan las influencias extrañas que han informado, y aún informan, el movimiento progresivo de nuestra cultura nacional. *El Doncel de D. Enrique*, de D. Mariano José de Larra; el *Sancho Saldaña*, de Espronceda; *El conde de Candespina*, de Escosura; *El Señor de Bembibre*, de D. Enrique Gil; *La España caballeresca*, de Muñoz Maldonado, y alguna otra novela de García Villalta y de Lopez Soler, representan la influencia del gran novelista inglés, el inmortal Walter Scott. De otro lado, las novelas de doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, singularmente la titulada:

Dos mujeres; las de D. Ramon de Navarrete; las de Escura, en lo que puede llamarse su segunda época de novelista; las de D. Antonio Hurtado, y algunas otras, representan la influencia en este género de la novela francesa contemporánea. Bien puede decirse que hasta el año de 1850, la novela sólo ha reflejado en España las corrientes dominantes en las literaturas extranjeras; sin que esto rebaje en lo más mínimo el mérito que aquilata la valía y bien alcanzado renombre de algunos de los escritores que de citar acabamos.


Después de lo dicho no se extrañará que manifestemos nuestro deseo de que en la *Biblioteca de Autores Españoles* apareciese un tomo en cuya portada pudiera leerse: *Novelistas del siglo XIX*, y en cuyas páginas se hallasen coleccionadas las obras de la Avellaneda, Espronceda, Larra, García de Villalta, Lopez Soler, Enrique Gil y del conde de Fabraquer; y si ser pudiese, las de algunos autores que aún viven, pero cuyas obras se publicaron en la primera mitad de este siglo, tales como Navarrete (D. Ramon de), Hurtado, Navarro Villoslada y D. Gavino Tejado.

Si se nota en las citas de nombres propios que acabamos de hacer la falta de novelistas y poetas tan distinguidos como Fernan-Caballero, Becquer, Tamayo, Campoamor, Ayala y algunos otros no ménos ilustres, recuérdese que nos limitamos á conmemorar los autores y las obras que han adquirido fama en la primera mitad de este siglo, y esto explicará cumplidamente, lo que de otro modo no tendría disculpa posible.

Para terminar esta parte de nuestro trabajo, debemos también hacer observar, que sin temor de ser desmentidos por el juicio de los siglos futuros, bien se pueden conceder los laureles de la inmortalidad al filósofo D. Jaime Balmes y al crítico D. Mariano José de Larra; y por lo tanto, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, y la *Filosofía fundamental* del primero, y la colección de artículos del segundo, deberían formar dos tomos de la *Biblioteca de Autores Españoles*, que se podrían intitular: *Obras escogidas de D. Jaime Balmes* y *Obras críticas de D. Mariano José de Larra*.

LUIS VIDART.

(Se concluirá.)





LA CIENCIA DEL HOMBRE

SEGUN LAS MAS RECIENTES É IMPORTANTES

PUBLICACIONES.



ARTÍCULO III Y ÚLTIMO.

NECESITARÍA de varios artículos, no reducidos á cortos límites, para dar á conocer las opiniones de cuantos con mayor ó menor oportunidad se creyeron obligados y competentes para analizar y discutir las doctrinas antropogénicas; pero no consintiendo el carácter de esta REVISTA semejante estudio, en la medida propuesta, he de limitarme á señalar la contradicción que la hipótesi de Hackel ha encontrado en uno de los evolucionistas más célebres de nuestros dias, en el autorizado y conocido profesor de la universidad de Ginebra, Cárlos Vogt.

No dejará de sorprender á los que creen gratuitamente en el fanatismo que en su concepto caracteriza á los partidarios del darwinismo, la severa imparcialidad y el ánimo sereno con que el autor de los *Microcéfalos* acude á combatir las exageraciones de Hackel, en cuanto extrema, sin cautela ni derecho, las afirmaciones del transformismo, y es tanto más de tener presente la actitud de Vogt en esta intrincada controversia, cuanto, muchos dieron en la flor de presentarle

como un sectario sin disciplina alguna, que llevaba sus lucubraciones por el despeñadero de sentimientos y propósitos contrarios, en conjunto, á los preceptos del buen sentido. Vogt, en este trabajo, puede enseñar á muchos que de independientes é imparciales se jactan, una rectitud de juicio y una buena fe, que no es frecuente descubrir en los que á estas discusiones se consagran.

La crítica de Vogt resume realmente el estado de la cuestión. De una parte Hackel con su hipótesis antropogénica; del otro los antidarwinistas, combatiéndole en todos conceptos, sin admitir ni el menor principio de los suyos, y al frente de esta oposición, como el más importante adalid, bajo reservas juiciosas, M. de Quatrefages. Al ocuparme de Vogt, implícitamente lo haré de las doctrinas contenidas en el libro de aquel naturalista titulado *La especie humana*.

La primera afirmación de Vogt, en frente de Quatrefages, es por demás importante. Aun siendo aquél, según he dicho, darwinista antiguo y consecuente, niega que el darwinismo sea un cuerpo de doctrina con dogmas definitivamente establecidos, según que parece entender M. de Quatrefages; y piensa por el contrario, que el fondo de la construcción evolucionista, como sus aplicaciones, necesitan de una comprobación permanente, que autorice para modificar ó desechar cuanto en ella responde á la pura teoría.

Para él las hipótesis son necesarias en toda ciencia, pero representando sólo á modo de piquetes que se fijan en el terreno con el carácter provisional y como guías del futuro estudio. Si se trata de la transmisión hereditaria de los caracteres, y de su modificación por las leyes del medio ambiente y de la adaptación, la verdad de estas afirmaciones parece evidente; pero cuando se intenta descubrir las causas de tales fenómenos y determinarlos con rigurosa precisión, pueden ofrecerse distintos criterios sin que se altere el fondo de la teoría. Ni aun los trabajos del mismo Darwin están exentos, en juicio de Vogt, de censura en cuanto á esto, pues le parece que no todas las consecuencias por él deducidas son legítimas y pertinentes.

A toda la doctrina de Hackel opone M. de Quatrefages un conjunto de observaciones y juicios, que descansan exclusiva-

mente sobre una base por completo metafísica. Sin tener en cuenta el ilustre antropólogo, el carácter propio de la indagación por él acometida, crea un reino hominal, distingue un alma animal y otra humana, afirmando que son fuerzas análogas á la de atracción y la gravitación. Al lado de esta premisa fundamental, coloca la unidad de la especie humana, con todos los demás principios que de ella emanan naturalmente. Aunque la obra del eminente profesor comprende, como se ve, la refutación total del darwinismo, justo es decir que en cuanto al método, está muy por debajo de los ensayos transformistas, puesto que Quatrefages no procede mediante una rigurosa observación de los fenómenos, sino que se limita á una construcción brillante, producto del puro pensamiento, siquiera pida auxilio al inmenso caudal de hechos observados y recogidos por los naturalistas.

Rigorosamente hablando, la defensa de Quatrefages del reino hominal, se dirige más á la filosofía que á la ciencia. Oponen sus contrarios á la tradición hechos reales, siquiera alguna vez induzcan consecuencias contrarias; Quatrefages se inclina del lado del raciocinio, buscando con ingenio la aplicación de los hechos que más se adaptan á las ideas preconcebidas.

Sobre todo, Quatrefages lucha con el inconveniente de la vacilación. Sin admitir claramente el origen natural del hombre, tampoco acepta la manera de ser que en este punto siguen los ortodoxos; de donde resulta que la eficacia de sus trabajos queda reducida á límites harto estrechos y subalternos. Eludiendo Quatrefages las cuestiones fundamentales con tanto atrevimiento acometidas por Hackel, extiéndese en indagar el punto que al hombre corresponde en la escala zoológica, expresándose en estos términos:

¿Debe el hombre ser colocado en el reino animal? ó lo que es lo mismo, ¿se distingue el hombre de los animales mediante fenómenos importantes, característicos, absolutamente extraños á los últimos? No es, en su sentir, en la disposición material ni en el juego del organismo físico donde deben buscarse semejantes fenómenos, pues en este concepto, el hombre es sencillamente un animal. Tampoco niega Quatrefages que bajo la relación anatómica el hombre difiera menos de los si-

mios superiores que éstos se apartan de los simios inferiores. Demas de esto, el microscopio enseña que existen entre los elementos del organismo humano y los del organismo animal semejanzas sorprendentes, guiando al propio resultado el análisis químico, por lo que entiende que el juego de los elementos de los órganos y de los aparatos es exactamente el mismo en el hombre y en el bruto. Declara á la vez Quatrefages que los sentimientos, las pasiones y el carácter establecen entre los animales y el hombre relaciones no ménos señaladas; pero lo que entre unos y otros señala, en verdad, una enorme diferencia, es el desarrollo relativo de la facultad inteligente. Ni es la intensidad de un fenómeno la verdadera medida de su valor, en el concepto que se estudia, sino sólo su naturaleza.

Sentado esto, aborda Quatrefages el problema de un modo resuelto. No niega el alma animal, pero sí pregunta si ésta y el alma humana son de la misma naturaleza.

Delicado es el análisis á que con este motivo se entrega el distinguido escritor, y al remate de su elaboracion, declara que no son los fenómenos que á la inteligencia se refieren los que suministran las bases de una distincion fundamental entre el hombre y los animales. Descubre Quatrefages en el hombre tres fenómenos fundamentales á los que se refieren una multitud de otros subalternos, cuya aplicacion es hasta ahora un misterio en todos conceptos.

Hé aquí los fenómenos :

1.º El hombre posee la nocion del bien y del mal moral, con independendencia de toda clase de goce ó de dolor físico.

2.º El hombre cree en la existencia de séres superiores que pueden influir en su destino.

3.º El hombre cree en la prolongacion de su existencia futura. Tan grande es la conexion habitual y estrecha de estos dos últimos fenómenos, que se les puede referir á la misma facultad, ó sea á la religiosidad, y en cuanto al primero, depende de la moralidad. Apoyándose, pues, en esta base, entiende Quatrefages que está autorizado para dar un nombre á la causa desconocida de los fenómenos de religiosidad y moralidad, y al efecto dice que esta causa debe ser nombrada *alma humana*; pero haciendo esta declaracion, cuida Quatrefages de

añadir que al emplear la frase mencionada, frase consagrada por el uso, se encierra estrictamente en los límites que se imponen á todo el que quiere permanecer exclusivamente fiel á la ciencia, á la experimentacion y á la observacion, pues avanzar más sería introducirse en los dominios de la filosofía ó de la teología. A éstas pertenece únicamente el esclarecer los problemas terribles suscitados por la existencia de no *sabe qué* causa de que resulte un *hombre* de un organismo todo animal; y deja, por tanto, á cada uno, el decidirse por la solucion que más cuadre á las necesidades de su corazon y de su razon. Pero cualquiera que esta solucion sea, no afecta en nada á los fenómenos, pues los señalados no se modificarían, en ningun caso, por la que pudiera señalarse. Sólo en el hombre se dan, y por tanto le separan, y le distinguen del animal, del mismo modo que los fenómenos de la inteligencia establecen una separacion correlativa entre el animal y el vegetal, y que los fenómenos de la vida apartan al animal del mineral. En suma, los tales fenómenos constituyen, segun Quatrefages, la firme base del *Reino humano*.

Toda la doctrina del ilustre pensador se resume en esta conclusion sustancial : sin discutir ninguno de los problemas primordiales planteados y resueltos, á su manera, por Hackel, cifra su empeño en romper la escala zoológica por éste trazada, interrumpiéndola en su último grado, fundándose para ello, no en investigaciones anatómicas ó del orden fisiológico, ni aun siquiera psicológicas, sino propias de la esfera puramente afectiva y moral. Todos los fenómenos del reino humano se clasifican por Quatrefages del modo siguiente:

REINO HUMANO.

<i>Fenómenos.</i>	<i>Causas.</i>
1 Fenómenos de movimiento képlérico.	1 Gravitacion.
2 Fenómenos físico-químicos.	2 Etherodinámica.
3 Fenómenos vitales.	3 Vida.
4 Fenómenos de movimiento voluntario.	4 Alma animal.
5 Fenómenos de moralidad y religiosidad.	5 Alma humana.

Tomando Vogt por punto de partida las conclusiones de Quatrefages, muéstrale el resultado de sus doctrinas, resultado que éste no se cuidó de deducir. Si el hombre, bajo el punto de vista material y anatómico, es un animal poco diferente de los simios superiores, debe reconocerse que el cuerpo material debe tener el mismo origen que los dichos simios ó que los monos en general.

A esta rigurosa deducción se prestan, con efecto, las afirmaciones terminantes de Quatrefages; pero como Vogt no encuentra en su libro materia bastante para una impugnación, fijase también en el de Hackel, examinándolo sin prevención de ningún género, aunque con una total independencia de juicio.

He aquí cómo se explica:

Si M. de Quatrefages, dice con modestia excesiva que nada sabe, Hackel, por el contrario, lo sabe todo. Nada hay para él oscuro; todo le parece claro de toda evidencia; y desde la monera hasta el hombre, todos los grados de la evolución están determinados por inducción, y distribuidos en las épocas zoológicas correspondientes. Por desgracia, este árbol genealógico tan completo y armónico, presenta un solo defecto, semejante al que tenía el caballo de Rolando, que le falta por completo la realidad. Todos los grados de la escala zoológica, en la *Antropogenia*, están constituidos por seres imaginarios de que no se conoce ni el menor vestigio, á pesar de lo que Hackel los considera efectivos, pensando que si no se han hallado deberán hallarse, si ya no es que esos seres estaban organizados de tal modo que no les era dado conservarse en las capas geológicas en ningún estado.

Después de este juicio, por demás severo y explícito, critica Vogt con fina ironía el método á que en la construcción de los tipos se atiene Hackel, afirmando luego que, si bien la ontogenia es verdadera en su generalidad, se halla harto circunscrita en sus aplicaciones. Censura también Vogt á Hackel de falta de severidad crítica, puesto que, tratando de la morfología y de la filogenia, advierte que, tan pronto como un fenómeno cualquiera no se adapta al patron imaginado, le acusa de estar falsificado y sigue adelante.

Calcula Vogt que, con efecto, ciertas fases embriológicas

representan estados permanentes de seres anteriores ó vivos, aunque permanecen en grados inferiores de organizacion, y tambien piensa que estas fases rudimentarias, serán tanto más notables cuando observemos que las mismas fases transitorias en los organismos superiores, permanentes en los tipos actuales inferiores, se conservaron durante períodos geológicos enteros, de suerte que los vertebrados que vivían en aquella época ofrecían permanentemente idénticas particularidades.

Ni ménos debe sorprender que ciertas partes destinadas en un principio á determinadas funciones, se empleen luégo en otras; como por ejemplo, si un arco visceral se transforma con el tiempo en una parte integrante del oido medio. Efectivos son, pues, los cambios de funciones, y se pueden demostrar, y pueden servir para fijar un criterio que á menudo olvidan los zoólogos, esto es, que la funcion fisiológica es por completo indiferente, si se trata de determinar identidades ú homologías morfológicas.

Esto no autoriza á nadie, sin embargo, en juicio de Vogt, para elegir caprichosamente entre los fenómenos ontogénicos, aceptando unos y desechando otros, segun que Hackel ha practicado con evidente error en su concepto.

No deja de llamar la atencion de Vogt la coincidencia de que tanto Hackel como Quatrefages coincidan en aceptar la monogenia, ó lo que es lo mismo, que los dos afirmen con lisura que todas las razas humanas proceden de un solo tronco, y han sido producidas, partiendo del hombre primitivo, por el cambio de lugares, ó sea de las leyes de la adaptacion, modificándose así los caracteres hasta llegar á la diversidad actual de las razas. En este punto, tan imaginario resulta el proceder del uno como del otro, siendo aún más curioso que Quatrefages aplique el criterio de Darwin á las variaciones de las razas humanas, siendo así que lo contradice y rechaza tratándose de la formacion de las especies animales.

Distante se halla Vogt de negar semejante variabilidad humana y la posibilidad de la descendencia de un tronco comun; pero limitándose al papel de naturalista, que necesita hechos y nada más que hechos, créese obligado á confesar que los conocidos no sancionan tales hipótesis, sino que por el con-

trario hablan muy alto en su favor, del origen múltiple ó poligénico de las razas actuales. Continúa á este tenor el sabio naturalista de Ginebra, ocupándose de oponer argumentos, tanto á las afirmaciones de Hackel como de Quatrefages, y llega un momento en que aborda de frente el problema del parentesco que llamaríamos zoológico, entre el hombre y los simios superiores.

Por lo pronto Vogt rechaza el parentesco que Hackel establece entre todos los mamíferos discoplacentarios por ser contrario á lo que la observacion enseña. Háse descubierto, por ejemplo, que los lemuridos tienen una placenta difusa en forma de campana, y tambien se conocen dos familias de prosimios eocenos, una de las cuales presenta en los dientes formas intermedias entre los ungulados, los lemuridos y los hapalidos, y la otra se aproxima á los lemuridos actuales, pero con tanta copia de dientes, que sólo por este hecho se asemeja á los marsupiales. En suma, Vogt elimina del árbol genealógico humano á los prosimios, que nada tienen que ver con los primatos y sólo ofrecen con ellos relaciones superficiales de adaptacion. Lo mismo ejecuta con los marsupiales, apoyándose en muy delicadas observaciones que en su concepto deponen contra el método hackeliano; y ascendiendo ó retrocediendo llega á los protamnios, grado comun en la ascendencia humana. El hombre, segun Hackel, es un amniota y procede del protamnio, centro de donde salieron por un lado los mamíferos, y los reptiles y las aves por el otro. Fué engendrado el protamnio hipotético por un salamandrino, lo que no admite Vogt, fundándose en consideraciones anatómicas que contradicen la hipótesi, acusando á Hackel de proceder con excesiva ligereza al enumerar ciertos hechos con el fin de persuadir á los lectores de que los mamíferos no descienden de los sauropsidos, hijos de los salamandridos, sino de los anfibios. Cita á la vez Vogt el testimonio de Owen, quien ha evidenciado el parentesco entre los reptiles y los mamíferos, para demostrar lo contrario.

En general Vogt no está conforme con el cuadro genealógico establecido por Hackel, aunque en algun caso le parece que ha procedido con acierto, y tambien disiente del catedrá-

tico de Jena en el empleo que éste ha hecho de las voces helénicas. Hasta ahora se había pensado que no debía darse el mismo nombre, si se trataba de comparaciones morfológicas y ontogénicas, sino á órganos realmente homólogos, ó lo que es lo mismo, de idéntico origen, y por consiguiente, cuando noto, dice Vogt, que se llama gástrula ya una forma producida por invaginacion de una parte de la superficie; ya otra originada del crecimiento de una capa externa alrededor de una masa interna sólida, que luégo queda hueca; ya una tercera forma que se constituye por el crecimiento de una capa anterior y que no se ahueca nunca, sino que se cierra por plegamiento y sutura; si oigo tambien, que una cavidad originada por distintos ó análogos procedimientos, aquí es boca, allí orificio, luégo ano, luégo laguna, y si en fin, oigo decir que todas estas transformaciones, tan distintas en su origen, por la region donde nacen y por el papel definitivo que representan, deben ser consideradas como homólogas, morfológicamente idénticas, y designarse, por consiguiente, con el mismo nombre; declaro que estoy tentado á sacar del olvido la lógica de Stuart Mill, que duerme hace años en una tabla de mi Biblioteca, y volver á leer uno de sus capítulos.

Sin necesidad de nuevos extractos, ha de comprender el lector los alcances de la crítica que de la «Antropogenia» acaba de hacer el eminente geólogo y naturalista á que nos referimos. Con datos tomados de la geología y de la paleontología, juntamente con observaciones embriológicas y anatómicas, cierra contra la escala zoológica organizada por Hackel hasta dar con ella en tierra. Y en verdad, que el testimonio de Vogt no es sospechoso, porque si hay un antropólogo que se atenga siempre y en todo á las enseñanzas científicas, con apartamiento de todo prejuicio metafísico, ese antropólogo es Cárlos Vogt. Pero con todo su radicalismo no podía suscribir á dejar sin correctivo el exceso de imaginacion que el ánimo ménos contrario descubre en la hipótesis hackeliana. Una cosa es que se admita como teoría científica muy racional, y en mucho demostrada ó conforme con los hechos, el transformismo, y otra que caprichosa y gratuitamente se acometa el trazar toda la evolucion desde la monera hasta el organismo más perfecto

que se conoce, el hombre, cuando tantas lagunas existen aún en los dominios de la paleontología.

La verdad es, que si á los metafísicos y á los ideólogos se les puede permitir que inventen soluciones para todos los problemas, y que imaginen haber hallado la explicacion de todos los misterios que comprende la historia de la creacion y el modo de ser del hombre; un naturalista, no puede, sin incidir en los graves defectos de sus contrarios y sin despojarse voluntariamente de lo que constituye su inmunidad y superioridad, fantasear hechos y conclusiones que no se justifican en la piedra de toque de la observacion rigurosamente científica. En este pecado cayó la escuela materialista del siglo anterior, que negando con verdadera furia el espíritu y lo suprasensible, levantaba su sistema sobre una concepcion tan imaginaria y abstrusa como la ontológica. En nuestros dias la verdadera ciencia es más cauta y más modesta.

Período el actual de honda crisis y de analíticos esfuerzos, carece de tranquilidad y medios para construcciones definitivas ó que por lo ménos ofrezcan caracteres de homogeneidad y permanencia por determinado tiempo; ni debe ser la aspiracion presente de los hombres científicos el entregarse á forjar nuevas abstracciones, siguiendo en esto el camino peligroso de otros hombres. Bástale al siglo XIX para su gloria relativa, en la escala nobilísima del trabajo social, el haber destruido errores de bulto que á manera de recia catarata hacían imposible la vision clara de las cosas en el ojo de la humana razon. Bástale, en cuanto atañe á la historia del hombre, haber textificado que hay derecho para acometer su redaccion en el campo de la ciencia, fuera de todo prejuicio ó fin inspirado más ó ménos por el sentimiento y la fantasía. Sin serle permitido al nuevo criterio decir cómo empezó la vida sobre el globo, problema que segun mi leal saber y entender permanecerá insoluble siempre, sin gozar hoy de elementos positivos para reconstruir la genealogía humana, cábele la gloria de haber destruido un número prodigioso de errores relativamente á la antigüedad y naturaleza de los seres racionales.

El solo hecho del hombre fósil, entraña tal cúmulo de consecuencias fecundas—en el terreno de la doctrina y de la prác-

tica—que bien puede decirse está llamado á modificar toda la ciencia en sus más elevadas direcciones. Porque del descubrimiento de las humanas osamentas en los estratos cuaternarios y del hallazgo de rudimentarios testimonios de la industria humana en las mismas capas telúricas, se ha podido deducir, sin violencia, la legitimidad con que el naturalista busca la explicacion de los fenómenos primordiales que al génesis de la humanidad se refieren, relacionando, á la vez, la geología con la biología.

Inquirir, pues, lo que sea permitido en el problema de la antigüedad del hombre, equivale á despejar progresivamente el cúmulo de incógnitas que oscurecen los orígenes de las instituciones sociales. Determinar cómo el hombre se ha elevado, por su propio acuerdo y con sus solas fuerzas, del nivel subalterno donde le halla la paleontología, hasta el esplendor del hombre histórico, creando el arte, el culto, la legislación, la economía y conjuntamente la familia, la propiedad y el trabajo colectivo, arguye grandes adelantos en el conocimiento preciso de sus actitudes y facultades, y por consiguiente en el conocimiento científico de su verdadera, complicada y misteriosa naturaleza.

Hackel, que como observador disfrutará siempre del mayor respeto, se ha dejado dominar en su *Antropogenia* por la tiranía de un sistema. Al modo de los metafísicos, concibió un principio de filosofía natural, y fijándole en la *Morfología de los organismos*, lo ha llevado á través de la *Historia de la creacion natural* hasta las exageraciones de la *Antropogenia*. Ni en declararlo así encuentro inconveniente alguno: ante todo, el pensador de buena fe se debe á la verdad, y el crédito de ésta exige que no consintamos el error aun en aquellos que más cercanos á nosotros podían considerarse. Antes bien procede hacer lo que el romano aconsejaba, al decir que la superior amistad no era la del hombre, sino la de lo verdadero.

Ni habría de otro modo derecho en los que se atienen al método inductivo ó histórico, no ya en la esfera de las ciencias naturales, sino en la de las llamadas morales, políticas y filosóficas, para acusar de peligroso y deficiente el apriorismo. Toda la radical oposicion que se determina entre la metafísica

y la ciencia, estriba en este punto. El método: hé aquí lo que simboliza el pensamiento moderno en su oposición al pensamiento tradicional. Poco importaría que proclamáramos la más total independencia de ciertas afirmaciones imaginarias, si luégo, por distinto camino, pretendíamos añadir nuevos obstáculos al difícil y áspero y no siempre agradable estudio de la verdad.

Mucho perdería la ciencia del hombre, esto es, retardaríanse sus medros, de tomar los naturalistas la dirección trazada por Hackel en su *Antropogenia*, porque lanzándose cada uno en el mar de las hipótesis, serían batidos con éxito, en sus frágiles esquifes, por las legiones de la metafísica que tienen en su apoyo todas las debilidades humanas, todos los encariñamientos, todos los egoismos, toda la energía de resistencia que el instinto ciego y sórdido de la conservación, si se exagera, arguye y presupone.

Si en la *Antropogenia* hay páginas notables en el concepto de la observación y del análisis, si el ingenio brilla en todas ellas con vigorosa intensidad, también es cierto que se ha abusado harto de la hipótesis: en el cuadro genealógico del hombre lo que predomina es la fantasía, siquiera utilice, no siempre con legítimo derecho, los hechos reales, que según ha demostrado Vogt, dicen otra cosa de lo que se ha supuesto que enseñaban. Por querer ahondar demasiado en la indagación antropogénica se ha labrado un edificio sin cimientos. Ninguno de los eslabones zoológicos ideados por Hackel para establecer la cadena, desde el rudimento biológico orgánico hasta el hombre, tiene otra realidad que la del puro pensamiento, lo que nos dice que la obra total, aunque con partes muy bellas, será considerada como una tentativa fantástica más, de escaso valor científico.

En suma, dejando para otra ocasión el hacerme cargo de los recientes trabajos de Broca, respecto al puesto del hombre en la escala zoológica, trabajos, por cierto, muy distintos de los de Hackel, en el sentido de que no traspasan los límites de la experiencia y de la inducción más fiel y rigurosa, habré de decir que la ciencia del hombre en este momento histórico, comienza á ser planteada en su campo natural, que es el de la

observacion más fiel y rigurosa de los hechos bajo todas sus fases y relaciones. Desechado por los naturalistas antropólogos todo criterio *a priori*, y recibiendo á beneficio de inventario el legado de los siglos, háse empezado por negar toda importancia científica á la cronología histórica, segun que se hallaba conformada por la especulacion. Hoy la rama de los conocimientos humanos, designada con el nombre de «pre-historia» busca en las hojas del libro geológico los primeros documentos de nuestra especie, y á compas con este procedimiento escudriña en las más arcaicas tradiciones la raíz de las ideas que luégo han servido de corazon y nervio á las instituciones más poderosas.

El proceso de la inteligencia, lo mismo que los testimonios externos del sentimiento, el hogar como el matrimonio, la familia, la ciudad y la propiedad, reciben á la luz del nuevo criterio esclarecimientos poderosos, proyectando una claridad meridiana sobre la total historia, que no aparece ya como los anales de las luchas dinásticas, sino como el paulatino y gradual desenvolvimiento físico, psicológico y moral de los diversos grupos humanos que la humanidad engloba. Y acude la doctrina de Darwin, con la ley de la concurrencia vital, á explicar no sólo las catástrofes colectivas y los sacrificios individuales y sociales en aras del comun progreso, sino tambien á decir qué reformas pide la salud del mayor número, para que se cumpla la ley de perfeccion relativa, por todos y por cada uno de los asociados. Lo que hasta ahora se creyó que correspondía exclusivamente al metafísico, filósofo, moralista ó político, entra en el dominio de las ciencias naturales, y así se ve progresar la glótica, por ejemplo, desembarazada de las remoras donde la encerró el escolasticismo y sus derivaciones contemporáneas. Trátase, pues, de la revolucion más radical que puede concebirse en la esfera del pensamiento, siquiera se haga sin asonadas ni sangre: cambiar en totalidad el punto de vista de cuantos problemas pueden interesar al individuo. Quiérase ó nó, es lo cierto que el criterio naturalista invade los dominios de la indagacion como un contagio inevitable, como una oxidacion irresistible, mientras el criterio metafísico pierde por momentos su valor práctico y su influencia como régimen

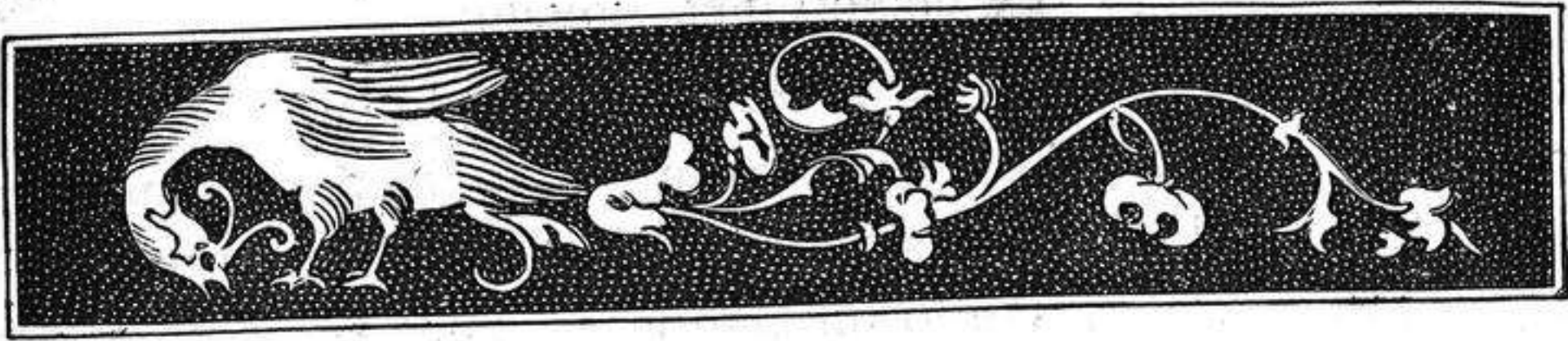
de la vida. Hé aquí el verdadero aspecto de las cosas : lo pasado y lo futuro riñen descomunal batalla por el predominio; de un lado la fantasía, más ó ménos bien ataviada; del otro la razon, confesando sus flaquezas, pero firme en el derecho que le asiste para reivindicar el conocimiento completo de cuanto al hombre se refiere.

Miéntras, por propia confesion de los idealistas, la impotencia de los sistemas metafísicos es cada dia más evidente, cuando declaran que la indagacion abstracta necesita regenerarse en las fuentes de la observacion experimental, reconociendo que si la filosofía se halla en decadencia es debido al exceso del idealismo, el criterio naturalista obtiene espléndidas conquistas, desentrañando problemas hasta ahora tenidos como insolubles.

No es tiempo de señalar resultados; sí de predecir cambios benéficos al ideal sumo de la existencia, y cambios traidos en gran manera por la disciplina estrecha que al sentimiento, al ánimo y á la voluntad impone el concepto antropológico, segun que lo entiende la escuela naturalista. Toda la economía humana debe dirigirse al cumplimiento del destino racional en sus manifestaciones más elevadas, con lo que el deber, el propio dominio, la abnegacion y el sacrificio se anteponen y elevan sobre todo otro principio ó tendencia que contradiga ó anule el fecundo principio que hace al hombre, en lo justo, autor de su propia felicidad, ó de su merecido infortunio.

J. M. TUBINO.





GALATEA

FÁBULA GRIEGA PUESTA EN VERSO Y REPARTIDA EN TRES ACTOS

(Continuacion.)

ACTO SEGUNDO.

Estancia de Pigmalion.—Muebles de la época greco-pagana.—En primer término, pende de un intercolumnio una cortina que oculta la estatua de Galatea.—En las columnas hay colgados símbolos alusivos á las bellas artes, y entre éstos una lira.—Al correrse la cortina se verá un jardín por una galería.

ESCENA PRIMERA.

Ganimedes acostado en un lecho está soñoliento.—Se oye al exterior un coro de mancebos de ambos sexos, que se encaminan al templo de Vénus.

MANCEBOS
SOLOS.

} Ya del Oriente espléndido
benéfica la aurora,
las puerta abre, y dora
los áticos el sol.

TODOS.

¡Ebohé!
Ruede la danza.
¡Ebohé!
¡Reina el amor!
Vénus, la madre Vénus,
en tu alabanza,
ruede la danza,

ruede veloz.
GANIMEDES. Bravamente las doncellas
 se avienen con los doncellos;
 si alegres ellas con ellos,
 festivos ellos con ellas.
 A los primeros albores
 de la aurora cariñosa,
 van al altar de la diosa
 á ofrecer propicias flores.
 Dales, Vénus, á porfía
 cuanto pidan en tu templo,
 mas que no den buen ejemplo
 cantando á punta de día.
(Vuelve á retirarse y se oye el coro más cerca.)

LA MANCEBA. Llenad de mirto híbrico
 y de encendidas rosas,
 el seno á las hermosas
 que os brinden ocasion.
 ¡Ebohé!

Ruede la danza.

¡Ebohé!

Reine el amor.

Vénus, la madre Vénus,
 en tu alabanza
 ruede veloz.

(Se oye llamar á la puerta.)

GANIMEDES. ¡Hola! llaman á la puerta

(Llaman otra vez.)

Tate, vuelven á llamar!

¡Oh, Aspasia! la cosa es cierta
 el viejo que me ha de hablar.

(Se vuelve á echar y se arroja la cabeza.)

ESCENA II.

GANIMEDES y MIDAS.

MIDAS.. *(Entre-abriendo la puerta.)*

¡Nadie!...

(Se adelanta sobre las puntas de los pies.)

¡Nadie!...

(Encaminándose hacia la cortina.)

¡Nadie!...

GANIMEDES. (Asomando la cara por el embozo.) ¡Sopla!...
¿Quién?

MIDAS. (Volviendo hacia Ganimedes).

Buenos días ¿quién habla?

GANIMEDES. No sale con mala copla
quien duerme sobre una tabla.

MIDAS. Buenos días.

GANIMEDES. Buenas noches. (Vuelve á taparse.)

MIDAS. En día tan celebrado
extraño que no trasnoches.

GANIMEDES. (Aparte.) Él sí que está trasnochado.
(A Midas.) Estoy en mi obligacion,
y diga qué le ha traído.

MIDAS. Sé que no está Pigmalion.

GANIMEDES. Pues si no está es que se ha ido
á otra parte. (Le vuelve la espalda.)

MIDAS. Ya ; era él

el mismo que hace un momento
á diez pasos del dintel
de la puerta...

GANIMEDES. ¡Vaya un cuento!

¿Encontraste? Bueno va.
Salió como salen tantos
á ver cómo el pueblo está
de danzas, flores y cantos,
y á mí, su Argos querido,
me dejó á guardar tu hacienda.

MIDAS. ¡Ya! es que Pigmalion ha ido
á llevar piadosa ofrenda
á Vénus, y tú entre tanto
eres un Argos durmiendo.

GANIMEDES. ¡Viejo! que no me levanto
por más que vayas diciendo.

MIDAS. ¡Levanta!

GANIMEDES. No se me antoja.
Pésanme los huesos mucho.

MIDAS. Que te conviene.

GANIMEDES. Te escucho,
pero mi amiga se enoja.

- MIDAS. ¿Quién es tu amiga?
- GANIMEDES. La escondo.
- MIDAS. Tal parece...
- GANIMEDES. Está en mi saco
y tengo el saco muy hondo.
- MIDAS. Sácala.
- GANIMEDES. Pues no la saco.
La pereza es de una pieza
sin goznes, manos ni piés,
y al que pesca la pereza
se queda como me ves.
- MIDAS. Pienso que te explicas mal :
la pereza te pescó
¿ó tú á ella? ¿cuál á cuál?
- GANIMEDES. A mí ella, á ella yo :
nos pescamos mutuamente ;
yo la pesco, ella me pesca,
ella para estar caliente,
y yo porque me refresca.
- MIDAS. Por la muestra te acaloras.
- GANIMEDES. ¡Anciano! Mucho trabajo.
Aquí me paso las horas
guardando á cierto espantajo
de cuerpo entero...
- MIDAS. No atino...
- GANIMEDES. ¡Quién puede atinar tan fátua
manía! Tengo el destino
de vigilar una estatua.
- MIDAS. Comprendo, mas Pigmalion,
¿teme un robo?
- GANIMEDES. Se le antoja
que cualquiera es un ladron.
- MIDAS. Quiero ver la estatua.
- GANIMEDES. (*Levantándose.*) ¡Afloja!...
Ni por pienso.
- MIDAS. ¿Qué te inquieta?
No alcanzo lo que te asusta.
Vengo á ver la estatua.
- GANIMEDES. ¡Aprieta!...
Esa chanza no me gusta.
- MIDAS. ¡Oh, qué rareza!

- GANIMEDES. ¡Oh, qué antojos!
- MIDAS. ¡Me gustan las pretensiones!
- GANIMEDES. ¿La escondes hasta á los ojos
ó la libras de ladrones?
- MIDAS. De uno y otro, he respondido.
- GANIMEDES. Pero, ¿ni siquiera ver?
- MIDAS. Tengo yo tan aprendido
mi modo de proceder,
que no hay fuerza, que no hay modo,
medio, destreza ni amaño
para ganarme.
- GANIMEDES. Con todo
ó Aspasia me trajo á engaño...
- MIDAS. ¿O qué?...
- GANIMEDES. O mi súplica es justa.
- MIDAS. (*Aparte.*) Bien dije que aquellos ruidos
eran de cosa que asusta.
(*A Midas.*) Sí, me zumba en los oídos
algo de Aspasia. Suponte
que la has visto buena y sana,
y ahora te vas y ponte
donde más te dé la gana,
léjos de aquí, y por si es caso
que Aspasia quiso te viera,
ya está hecho, alarga el paso
y toma la puerta afuera.
- MIDAS. Paréceme que ignoras,
mancebo perezoso,
que estás hablando á Midas
el que amontona el oro,
y siente la belleza
como la sienten pocos.
No estimo entre perfumes
y bálsamos preciosos,
de las matronas chípreas
los atractivos rostros,
las deslazadas trenzas,
los pechos siempre flojos
mal surjan cual neréidas
del baño voluptuoso ;
no aprecio gayas flores,

ni pájaros vistosos,
ni el céfiro que besa
la flor del cinamomo ;
no amo la transparente
linfa, que en caprichoso
curso, fecunda el prado
verde, escondido, ignoto,
que es tálamo á la Ninfa
y al Fáuno sigiloso ;
ni halagan mis oídos
los cánticos eróticos
de Saffo sin ventura,
de Anacreon dichoso ;
si en baños, en jardines,
plazas é hipodromos,
no miro de las artes
el seductor adorno.
En cambio, donde vea
esbeltos los contornos,
estatuas erigidas
que enseñan pecho y dorso
y el apenas convexo
vientre, ondulado y mórbido,
ya bacantes ó psíquís
de furibundos ojos,
obscenas ó inocentes,
de todas me enamoro,
y para todas tengo,
pues que se compra todo,
en insaciables arcas
riquísimos tesoros.

GANIMEDES. Entre gustos no hay disputa ;
Midas, yo estoy por las arcas.

MIDAS. En mis extensos jardines
son las esculturas tantas,
que sorprendo á cada paso
tras un tronco, entre las ramas,
ya la impúdica bacante,
ó la ninfa recatada.
Tengo dos Vénus saliendo
de la mar.

GANIMEDES.

¡Recien pescadas!

¡Muy frescas!

MIDAS.

Y en una fuente
de laureles circundada,
observo, sin que me ladren
sus lebreles, á Diana.

GANIMEDES.

¡Qué coleccion tan soberbia!!...

MIDAS.

En efecto ; pues me falta
tener una Galatea,
y ántes quiero examinarla.

GANIMEDES.

Te lo dije. ¡Es imposible!

MIDAS.

¿Imposible?

GANIMEDES.

Está vedada.

Defiéndenla esa cortina
y este esclavo que la ampara ;
pues si Pigmalion mi dueño
supiese que la enseñaba,
allí dió fin Ganimedes
con la proteccion de Aspasia.

MIDAS.

Convengo ; pero ten cuenta,
que tu dueño no está en casa.

GANIMEDES.

¿Y si llegara á saber?...

MIDAS.

Por mí nunca sabrá nada.

GANIMEDES.

Es que yo mucho me temo
que se lo cuente la estatua.

MIDAS.

Tu miedo ¿es de tal tamaño
que hasta de un mármol te guardas?

GANIMEDES.

Mas yo temo de ese mármol,
de esa piedra ó de esa estatua,
que por verme apaleado,
si te la enseño, lo charla.

MIDAS.

¿Tú me burlas?...

GANIMEDES.

Hablo en serio,
me odia por unas cuantas
palabras de desenfado
(no muy limpias ni muy gratas)
que le dirigí aburrido
de verme siempre de guardia
y desde entonces me odia :
le tengo miedo y me basta.
(*Aparte.*) esta mentira le digo

por si le hace fuerza.

MIDAS.

(*Aparte.*) Es fábula.

Pero Pigmalion, repito,
¿teme se la roben?

GANIMEDES.

¡Vaya!

Teme la miren siquiera ;
tiene unos celos, que rabia.

MIDAS.

¿De una estatua celos?

GANIMEDES.

Justo, le tiene entregada el alma.

MIDAS.

¡Enamorado!

GANIMEDES.

Y celoso,

y si no, dime ¿qué causa
le ha separado del mundo
para encerrarse en su casa?
¡Qué su casa! ni la pisa ;
vive en esta sola estancia.
Pásase el día y la noche
de hito en hito sus miradas
fijas en su Galatea,
ya risueño, ya con lágrimas,
ya vistiéndola de púrpura,
ya de finísima lana,
coronándola de flores
ó colmándola de alhajas....

¿A qué esconderla de todos?

Y ¿á qué decirla palabras?

MIDAS.

¡Cómo! ¿la voz le dirige?

GANIMEDES.

Horas enteras le habla ;
ó soy yo bobo, ó sospecho
que ella le responde....

MIDAS.

¡Calla!

Cierto estoy que tú estás loco.

GANIMEDES.

¿Loco, quien con piedras trata?

Loco Pigmalion, mi dueño,

que todo el día lo pasa
deshaciéndose en ternezas

preguntándole si la ama ;

(*Con misterio.*) y ella á veces le contesta
á media voz.

MIDAS.

¡Quita! ¡Aparta!

GANIMEDES.

¡Tente!



- MIDAS. ¡¡Quita!! (*Corre la cortina.*)
- GANIMEDES. ¡Galatea!
- MIDAS. Si se lo cuentas me mata.
(*Alzando la cortina.*) ¡Maravilla sin igual!
¡Belleza nunca soñada!
¡Qué seductores contornos!
¡Atrae, mira, alienta, llama!
- GANIMEDES. (*Desde el fondo.*) Por los dioses, que concluyas.
- MIDAS. Estoy por desarroparla
de esos paños.
- GANIMEDES. (*Cogiendo á Midas del brazo y retirándolo.*)
¡Tapa! ¡Tapa!
por Mercurio, y por Aspasia
que te trajo...!
- MIDAS. Es que seduce.
¡Es encantadora!...
- GANIMEDES. Guarda
mi secreto.
(*Aparte.*) Habrán visto
un sátiro con más canas.
Hoy mismo debe ser mía.
- MIDAS. (*Aparte.*) Como ahora llueven lanzas.
- GANIMEDES. Y en el bosque de adelfas
yo mismo he de colocarla.
- MIDAS. Siento pasos... ¡Pigmalion!
¡Mi dueño, que vuelve, escapa!
- GANIMEDES. (*Distraído.*) En mi bosque de adelfas
yo por mis manos...
- MIDAS. (*Al aparecer Pigmalion.*) ¡Me aplasta!

ESCENA III.

GANIMEDES, MIDAS y PIGMALION.

- PIGMALION. ¡Ganimedes!
- GANIMEDES. ¡Ya estoy muerto!
- PIGMALION. Ganimedes ¡ah traidor!
(*Se abalanza á él para castigarle.*)
- MIDAS. ¡Pobre mozo! Ten clemencia,
no le ofendas, Pigmalion.
- PIGMALION. ¿Tú, quién eres?

MIDAS. Te habla el rico
Midas.

PIGMALION. ¡Huye! ó por quien soy
que así tú como el esclavo
no os librais de mi rigor.

(Ganimedes se arrodilla, Pigmalion vacila entre el castigo y la indulgencia hasta que al fin lo arroja de la escena. En esto dice aparte:)

MIDAS. Quedarme será mejor.
apariencia de valor,
es firmeza en el sujeto,
si siente dentro el temor
y se hace guardar respeto.

ESCENA IV.

PIGMALION, MIDAS.

PIGMALION. Y qué aguarda el rico ufano,
¿su castigo ó mi perdon?
No ponga nunca la mano
sobre un desvalido anciano
el fuerte Pigmalion.
Sal de mi casa, y advierte
que si mi esclavo te entrara,
por tu edad sales con suerte;
pero que no vuelva á verte
pasar mis umbrales...

MIDAS. Para
juzgarme...

PIGMALION. ¡Sal!...

MIDAS. Noble artista,
no entré aquí por Ganimedes,
ni tú aún conocer puedes
la causa de mi entrevista;
mas si á que la explique accedes...

PIGMALION. ¿A exculpar tu atrevimiento
sin la propia convicción?
Habla y no hallarás razon,
para sin mi asentimiento
llegar á esta habitacion.

MIDAS. Mal juzgas mi fe sencilla.

Por esta arquilla de oro *(La saca.)*
vine á cambiar un tesoro.

PIGMALION. ¿Tesoro por una arquilla?
Explicame...

MIDAS. El arte adoro;
si es corta la cantidad
para el caso en que se emplea,
pídeme á tu voluntad
y cédeme en propiedad
la estatua de Galatea.

PIGMALION. ¡Miserable! comprendí
tu objeto en tu accion bastarda;
guarda tu dinero, guarda
y salte al punto de aquí,
ó mi venganza se tarda.
¿Piensas que por vil dinero
se compra, cambia ó conquista
la inspiracion del artista
que amó la idea primero
que diese forma á la vista?
¡De Galatea el valor!
¡Su precio! ¿En cuánto la doy?
Conozco que ya no soy
quien tuvo en tiempo mejor
ira que no siente hoy.
¿Mas, quién te pudo mostrar
la que escondo á la torpeza,
para traer tu riqueza
nada ménos que á comprar
tan divina gentileza,
di!...

MIDAS. Perdona... Ganimedes
me dejó alzar la cortina;
pero tu bondad inclina,
y si á los dos nos concedes
disculpa, que la divina
Galatea...

PIGMALION. ¡Ah! ¡Galatea!...

MIDAS. Con sus labios y sus ojos,
dulcifique tus enojos,
para que en tí el premio sea

castigo de mis antojos.
 PIGMALION. (*Aparte.*) ¡Oyele, Vénus!... Consiento:
 Midas, teneis mi perdon.
 Pero de mi sentimiento,
 ¿te diera conocimiento
 el esclavo?

MIDAS. En la pasion
 de amor, como en la riqueza,
 por más que el enamorado
 busque ocultar su flaqueza
 y el rico finja pobreza,
 queda el intento burlado
 de uno y otro. En mi sentir,
 contra lenguas indiscretas,
 viciadas en maldecir,
 que tan sólo por herir
 parten como las saetas,
 todo esfuerzo es impotente.
 Yo he resistido creer
 lo que murmura la gente,
 lo que miro aquí patente,
 y aún dudo si puede ser.
 Dicen que luchas...

PIGMALION. ¡Sí, lucho!
 Cuanto murmuran no es mucho ;
 cuanto se diga es verdad.
 (*Aparte.*) (Paréceme que la escucho
 reprender mi frialdad.)
 Y tú, tal vez dichoso,
 si en tus cansados años,
 leccion de desengaños,
 mantiénente en reposo
 con la memoria fria en él pasado,
 tiempo en que fué tu corazon burlado.
 Si en Chipre las mujeres
 se muestran inconstantes,
 y cambian los amantes
 cual cambian pareceres ;
 porque es ley de su hermosura
 trocar en pena el bien que poco dura ;
 si así las inocentes,

que temen cuando aman,
 como las insolentes
 que á los mancebos llaman,
 nombran triunfo á su derrota,
 y van de triunfo en triunfo hasta el ilota;
 pues del materno vaso
 hasta el lactante seno,
 se nutren paso á paso
 del pérfido veneno,
 con que va naturaleza
 dotando de inconstancia la belleza;
 ¿por qué no amar la pura estatua mia?
 ¿Por qué no amar la que formó el cincel,
 que no nació de la mujer impía,
 ni se nutrió en el seno de mujer?

*(Queda pensativo. En esto se retira cuidadosamente Midas, y Pigmalion
 recorre despues la estancia hasta conocer que está solo.)*

ESCENA V.

PIGMALION *solo.*

¡Cómo á los ojos nos provoca el llanto!
 El hondo, generoso y escondido
 sentimiento de amor ¿cómo al encanto
 de la callada pena he convertido
 mis viejas dichas al actual quebranto!...
 ¿A qué poder fatal vas sometido,
 y el esforzado corazón te quiebras,
 Hércules preso en delicadas hebras?
 Amigos, juventud, arte, placeres...
 ¡ah! ¿dónde estais, que no os encuentro ahora?
 Turba de preciosísimas mujeres,
 leves hijas de Céfiro y de Flora,
 los frios besos que os prestó Citeres
 son besos de la parca aterradora,
 tumbas de amor, desde que di yo mismo
 forma al deseo, que me abrió el abismo.
 La oscuridad del Tártaro es mi pecho,
 y amando un mármol de beldad divina,
 halla la aurora mi desierto lecho,

y aquí me encuentra el sol cuando declina.
¡Pigmalion, Pigmalion! hé allí tu estrecho
mundo, que está tras sólo esa cortina. (*La descubre.*)
¡El mundo está donde el amor lo crea!
No quiero amor que el imposible sea:
¡Y en vano á tí mis anhelantes brazos,
en vano á tí mi ardiente corazón
se llegan y te oprimen con abrazos
que á mí me queman, cuando míos son!
¿Tal frialdad en tus sublimes trazos?
Háblame, alienta, tenme compasión...
¿No me respondes, piedra inanimada?
Te haré pedazos, y serás pisada...
¡Ay! no lo temas, adorada mía;
blasfemó el labio; te ofendí cruel:
¡Cruel y muy cruel! ¿Cómo podría
herir tu rostro quien adora en él?
Tú eres la forma que soñé algún día,
cuando era el mundo para mí un vergel.
Hoy tú, mi mundo, á tus sentidos llamo,
y tú no sientes; pero yo te amo.
(*Cae prosternado á los piés de la estatua.*)
(*Incorporándose.*) Vénus, sé tú clemente,
conduélete á mi ruego,
y en ella prende el fuego
vital de la razón.
La luz pon en sus ojos,
que miren sin agravio;
la voz pon en su labio,
la fe en su corazón.
Por tí palpita el seno
de mi beldad inerte,
con el vaiven que advierte
la interna sensación.
Por tí, benigna madre,
ya que perdí la calma,
por tí reciba un alma
que abarque mi pasión.
¡Oh, ilusión de mis sentidos!
¡Qué advierto!... ¡Qué estoy mirando!
¡Deliro, ó estoy soñando!

¿Es mentira lo que veo
y á mí me estoy engañando?...
En premio de tanto anhelo
forjo en ilusion mentida
que sin morir dejé el suelo,
y gozo glorias del cielo
con placeres de la vida?...
¡Nó! que sobre ella descende,
ráudo en luminoso vuelo,
fuego que su frente enciende,
llama que en sus ojos prende:
fuego, llama y luz del cielo.
¡La sangre corre en sus venas!
¡Vive ya!... y aún vive en calma.
¡Oh, cómo resbala apénas
la vida, por las serenas
sensaciones de su alma!!...
¡Atiende! ¡Busca! ¡Apetece!
¡Abre el labio! ¡Hablar desea!
¡Admira! ¿Goza ó padece?
¡Cuántas ilusiones mece!
¡Vénus! ¡Vive Galatea!

(Queda en contemplacion muda y Galatea descende del zócalo.)

ESCENA VI.

GALATEA, PIGMALION.

GALATEA. Yo... en mí... para mí... ¡yo soy!
siento... veo... aliento.. hablo...
¡Ay! ¡Ay! Padezco ; suspiro...
¡Já! ¡Já! me rio... yo hago :
tengo voluntad ; soy yo,
yo soy... ¿mas, qué soy?

PIGMALION. *(Inclinándose ante ella.)*
¡Te amo!

GALATEA. ¡Oh, dulzura!... Pero, ¿qué
soy?

PIGMALION. Una mujer... ¡Te amo!

GALATEA. ¡Yo te amo! ¡palabra ardiente!...
¡Yo te amo! has dicho ¿es verdad?

palabra que más se siente
¡que se comprende!...

PIGMALION.

Y es fuente

de toda felicidad.

GALATEA.

(Repeliendo á Pigmalion) ¡Nó! déjame, calla, cesa;
quiero la palabra hablar
con que él : ¡yo te amo! se expresa ;
y aunque bien sé que no es esa,
no la encuentro al pronunciar.

PIGMALION.

Amémonos, mi dulce Galatea,
que el universo entero es el amor ;
tú eres hermosa, y la benigna Dea
para amarme tan solo te animó.

GALATEA.

¡Que tú me amas! ¡que yo soy hermosa!
¡que el universo es el amor ; y así,
que para amarte me animó una diosa!
¡Qué inmenso fuego se despierta en mí!
(Queda extasiada.)

PIGMALION.

Ahora, Galatea, amada mia,
un ósculo no más.

GALATEA.

Me dice el corazón que todavía
no me deje besar.

PIGMALION.

Ese favor mi alma apasionada
esperaba de tí.

GALATEA.

(Distraída.)
¡Vida! ¡placeres! ¡triunfo! ¡ser amada!
¡Ah! ¡todo es para mí!...

PIGMALION.

Siquiera como premio á mis desvelos.
¡Escúchame, mi bien!

GALATEA.

La hermosura, el amor, la luz, los cielos
¡son para mí también!

(Coro al exterior. Galatea lo atiende.)

La mujer es la fuente :
amor no es más
que la senda de flores
para llegar.

Años de la inocencia,
pasad, pasad.

GALATEA.

(Reflexionando.) La mujer es la fuente :
y amor no es más
que la senda de flores

para llegar.
 ¡Felicidad! ¡felicidad suprema!
 ¡Ah! ¡yo soy la mujer!
 El universo es mio... yo soy reina ;
 el hombre está á mis piés.
 Que todos los placeres de este mundo
 obedezcan mi voz.
 Yo quiero conocerlos todos juntos
 porque su reina soy.

PIGMALION. Y que tu vida resbale
 como un manantial risueño,
 como un encantado sueño
 sin despertarte el dolor.

GALATEA. *(Siempre distraida.)* El amor va por la senda
 para llegar al placer ;
 y pues yo soy la mujer,
 bate, bate, sensacion.

PIGMALION. Galatea, inhumana hermosa mia,
 ya no atiendes mi voz ;
 tu corazon es cuanto yo quería,
 tu amante corazon.

GALATEA. Los deseos que me agitan,
 ¿dime tú qué cosa sean?
 Las cosas que me rodean,
 ¿qué son, y por qué me incitan?
 ¿De dónde el céfiro leve
 viene á ondular mis cabellos?
 ¿Y esta luz cuyos destellos
 la vista sedienta bebe?

PIGMALION. ¿En dónde el perfume nace
 que embriaga mis sentidos,
 y los nunca interrumpidos
 cánticos que mi alma aplace?

PIGMALION. Es la aurora y es la vida.
(Señalando el fondo del escenario.)
 ¡Mira cuál se rie el cielo!
 Las aves tienden el vuelo
 y cantan á tu venida...

GALATEA. ¡Para mí cuanto bien haya!

PIGMALION. Los vientos pasan suaves,
 y á par que trinan las aves

la mar se arrulla en la playa:
 Los árboles su follaje
 tienden al viento galanos,
 y hacen de sus ramas manos
 tributándote homenaje:
 que así, con solemnidad,
 celebra Naturaleza,
 Galatea, tu belleza
 en toda su variedad.

GALATEA.

¡Quiéreme, por compasion!
 ¡Cuán seductora es la vida!
 ¿Y festeja mi venida
 tan augusta confusion!

PIGMALION.

Sí, mi bien.

GALATEA.

¿La luz, las flores,
 el céfiro, los sonidos,
 cuanto á mis ojos y oídos
 llega, me brinda favores?

PIGMALION.

Todo, todo.

(Galatea se precipita hácia la puerta.)

PIGMALION.

¡A dónde vas?

GALATEA.

¡Déjame!

PIGMALION.

¡Mi Galatea!

¿Al que en amarte se emplea
 abandonas? ¡Vuelte atrás! *(La coge.)*
 Quita, una voz me llamó
 léjos... allá...

GALATEA.

PIGMALION.

¡Ven!

GALATEA.

No quiero.

PIGMALION.

¡Galatea! Pues primero...

GALATEA.

(Con ímpetu.) ¿Por qué así me miras?

PIGMALION.

Yo... Por hermosa.

GALATEA.

¡Hermosa!

PIGMALION.

¡Ten!

(Le da un espejo.)

GALATEA.

(Mirándose.) ¿Qué rostro es este tan bello?
 ¿De quién es este cabello,
 y estos rizos? ¡ah! ¿de quién,
 que me admiran?...
 Tuyos son.

PIGMALION.

GALATEA.

(Contemplándose al espejo.) Soy hermosa.

- PIGMALION. *(Tomándola la mano.)* Mas procura guardarme tu corazón.
- GALATEA. *(Besando el espejo.)* ¡Hermosa soy! ¡Ay de mí!
(Arroja el espejo.) Con engaño me has herido : mi primer beso no ha sido como el que en sueños sentí.
- PIGMALION. *(Cogiéndola la mano.)* ¡Perdon! Si el espejo helado hirió tu labio con frío, yo pondré fuego, bien mio, con este beso.
- GALATEA. *(Retira la mano y abstraída dice:)* Es allá...
(Vuelve á precipitarse hácia la salida.)
- PIGMALION. *(Deteniéndola.)* Queda ; no intentes huir.
- GALATEA. ¡No quiero! Me descontenta...
- PIGMALION. Díme en qué te ofendo, cuenta.
- GALATEA. Me aburro, quiero salir.
- PIGMALION. ¿Sin saber dónde ha de ser?
- GALATEA. ¡Quiero, quiero y quiero! *(Pateando de rabia.)*
- PIGMALION. Entiende... *(Con firmeza.)*
que esa terquedad me ofende,
y es viciosa en la mujer ;
pero tú que al ignorar *(Calmándose.)*
de tu sexo los defectos...
te pido...
- GALATEA. Nó...
- PIGMALION. El escuchar.
- GALATEA. ¡Nó!
- PIGMALION. Te suplico...
- GALATEA. ¡Nó, nó!
- PIGMALION. ¿Qué tienes, que en vano lidio por acertar?
- GALATEA. ¡Me fastidio! *(Se deja caer en el asiento.)*
- PIGMALION. ¿Tan pronto?
- GALATEA. ¡Me ahogo!
- PIGMALION. ¡Oh!
Galatea, mi deidad, *(Inclinándose.)*
vuelve en tí para que sea
tu gusto mi voluntad!
Mírame á tus piés.
- GALATEA. *(Envanecida.)* Así.
- PIGMALION. ¿Qué quieres? Háblame, ordena.

GALATEA. Tengo hambre.

PIGMALION. ¡Hambre! ¡Qué pena!

¡Hambre! ¿y no lo conocí?

Ganimedes, corre, ven,

¿Ganimedes?... el tunante

dormirá, pero al instante

voy yo mismo y volveré

pronto...

GALATEA. (*Aparte.*) Por fin...

PIGMALION. Amor mio,

tu apetito ¿qué desea?

¿blanquísima miel hiblea?

¿uvas manando rocío?

De todo encontrar confío.

¿Quieres la fruta de amor?

¿la manzana? ¿y la mejor,

que es la naranja olorosa?

Te traeré de cada cosa,

blanca miel, frutas de olor.

GALATEA. Bien.

PIGMALION. (*Le coge la mano.*)

Hasta luégo.

GALATEA. (*Aparte.*) Se vá.

PIGMALION. Y no te impacientes.

GALATEA. Nó.

PIGMALION. Volaré sin alas. ¡Oh!

¡Cuán desfallecida está! (*Váse.*)

ESCENA VII.

GALATEA, sola.

GALATEA. Ya se ha ido

consentido.

Pues me voy.

(*Se dirige hácia la puerta del fondo y al reparar en la lira suspendida de la columna se detiene, la coge, la reconoce con curiosidad y recorre sus cuerdas.*) (*Preludio en arpa y acompañamiento sucesivo trás los bastidores.*)

Eh? me admiras!

tú suspiras!

tienes voz?

(*Vuelve á preludiar en la lira.*)

¡Sí! la siento,
y es tu aliento
celestial!...

¿Por qué gime
tu sublime
vaguedad?

¡Ven! tú me estremeces
con tímido acento;
tú en mi pecho acreces
el férvido afán;
tú tienes un alma
que enciende la mía;
tú encierras la calma
que arrulla la paz.

Yo no te conozco;
te escucho y te amo.

Tú me vas diciendo
con mágica voz,
con voz que me inspira
misteriosa y vaga,
que ó eres la lira
ó eres el amor.

Ven, que mi voz enlace con la tuya,
ven, que mi acento al tuyo sea unido,
y tras el eco que á perderse huya

un tono suspendido,
repita sin cesar:

Quiero vivir,
quiero gozar;
reir,
cantar.

Mas si la nube del dolor se posa,
cruzando el horizonte de la vida,
un momento en mi alma voluptuosa;

que tu voz ofendida
me diga sin cesar:

Quiero vivir,
quiero gozar;
reir,
cantar.

Para mi corazón, para mi alma,

se desatan las brisas y las flores:
 canta, lira feliz, canta la calma,
 y al son de los amores

repite sin cesar:

Quiero vivir,
 quiero gozar;
 reir,
 cantar.

¡Qué nueva turba de sensaciones,
 qué agitaciones brotan en mí!
 Reyes del mundo, Dioses del cielo,
 héroes del suelo, venid, venid!
 Bosques y selvas, rios y prados,
 montes alzados, mares sin fin;
 hijas del agua, hijas del viento,
 ninfas sin cuento, venid, venid!
 Que sobre la ancha cerviz
 del mundo puesto á mis plantas,
 entre el inmenso matiz
 de tantas flores y tantas;
 con ninfas, héroes y reyes,
 y Dioses que acaten leyes,

Quiero vivir,
 quiero cantar,
 quiero gozar,
 quiero reir.....

.....
 (Corre hácia el jardin y desaparece agitando la lira.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





EL PROLETARIADO

I.



DE todos los problemas que el desarrollo de la humanidad ha planteado, y cuyas soluciones busca como condición precisa, si ha de alcanzar el porvenir de perfección á que aspira, ninguno tal vez tan transcendental, tan difícil y de intereses tan constante, como el problema del proletariado en las sociedades modernas. El pobre es, en verdad, tan antiguo como la sociedad misma, y si Montesquieu pudo decir con exactitud completa, que desde el momento en que los hombres se reúnen en sociedad, el estado de guerra comienza, puede añadirse igualmente que desde este momento también el pobre aparece. Le vemos en el mundo antiguo, como en la Edad Media, como en los tiempos presentes; pero en cada época son distintas las condiciones en que vive, y entre el pobre de las sociedades antiguas y el proletario de las sociedades modernas, hay una distancia inmensa: la distancia que separan unos tiempos de otros: tiempos aquéllos de fuerza y de conquista, tiempos éstos de derecho y libertad. Pero á pesar de todos los beneficios del progreso moderno, el pobre subsiste, el problema de la miseria sigue aún, como una sombra, nuestros pasos por el mundo; inteligencias privilegiadas se han consagrado á su estudio y el problema está casi intacto todavía. Son en realidad muchas sus dificultades; tiene la sanción suprema del tiempo; los siglos lo han consagrado como un hecho constante, fatal y necesario. Y sin embargo, algo hay en el fondo de nuestra alma que se revela á la vista de este hecho como si interrogase á la sociedad y le pidiese cuentas de la indiferencia

con que lo mira y de su lentitud en remediarlo. Y con tendencia que parece irresistible, la sociedad vuelve de tiempo en tiempo á esta cuestion, como si presintiese que su solucion es posible y que en ella se encierra el secreto del porvenir. Los últimos trabajos de que ha sido objeto, aunque infructuosos, no se han olvidado : la humanidad se resiste á creer definitivamente en la legitimidad y necesidad de la miseria en el mundo. El menor incidente pone de manifiesto esta resistencia, las esperanzas que viven en el fondo de las sociedades modernas, y la fe con que allí se espera que el problema social se discuta nuevamente y salga de lo desconocido algo que mejore las condiciones materiales de la existencia de esas clases, llamadas ya desheredadas, como si realmente se las hubiera despojado de su derecho á los goces de la vida, y fueran víctimas de la iniquidad de esos tiempos mismos cuyo transcurso se quiere presentar como sancion y justificacion del triste estado en que viven.

Basta efectivamente tender la vista para convencerse de la verdad de este estado de cosas : el movimiento obrero en Europa, el movimiento político, el avance democrático, no tienen otro objeto que el problema social; no les agita ni les alienta otro pensamiento que el pensamiento de las reformas sociales. Se engañaría completamente quien no viera esto en el fondo de toda la filosofía y de toda la vida intelectual moderna : lo que perturba hoy á las sociedades, lo que agita á las masas, lo que forma los partidos, lo que preocupa al sabio y al hombre de Estado en las soledades de su gabinete, es el mejoramiento de las condiciones en que se encuentran las clases pobres, son las reformas posibles para dar al proletario una existencia más fácil, suma mayor de bienestar y medios más seguros para afrontar las vicisitudes de la vida, como la mejor garantía del orden social y la base más firme de todo poder y de todo adelanto.

Y no puede ser de otra manera : mientras la miseria (con razon ó sin ella) esté llamando á cada instante á la puerta del pobre jornalero, y mientras su suerte y la de su familia sea tan incierta, á pesar de sus privaciones y de su trabajo, casi siempre insuficiente é inseguro, no es posible que la sociedad viva en reposo, ni que den fruto los mejores deseos, ni que pueda vanagloriarse de su grandeza una civilizacion que no alcance á remediarlo; porque esa masa de pueblo, harto numerosa por desgracia, que en medio de la abundancia de los demas, apenas puede alimentarse y carece muchas veces del preciso sustento, llega en momentos supremos á pesar terriblemente sobre la sociedad que la olvida; y no hay entónces desgracia que no le parezca pequeña comparada con la suya, ni sufrimiento que estime bastante para igualar á su propio sufrimiento.

Las Constituciones, las leyes, las religiones mismas, todos los poderes de la tierra se esforzarán en vano para evitar esas tremendas crisis que conmueven de tiempo en tiempo los fundamentos de nuestra existencia social, si no dirigen sus traba-

jos y sus miras á la solución posible del problema que nos ocupa; porque ahí está, y no en ninguna otra parte, el origen de todas las transformaciones que nuestro siglo presencia con asombro; esa es la causa que nos hace vivir en continua zozobra, y el nudo que es preciso desatar del mejor modo. En todas las revoluciones que la historia registra hasta nuestros días, no hay en realidad más que dos partidos en frente: patricios y plebeyos, aristocracia y democracia, pobres y ricos, siempre es la cuestión del bienestar la que divide á los hombres; y el poder, la libertad, derechos y privilegios, no se han disputado nunca en esa lucha eterna, dentro de la cual las sociedades viven y han vivido, sino para descansar y disfrutar más fácilmente sobre esta tierra, tan avara de sus dones y tan pródiga en desgracias.

Las religiones, verdaderas reformas sociales al establecerse en el mundo, reflejando cada una la grandeza del alma de su fundador, y con ese supremo interés que las distingue, vieron esto tan perfectamente, y tan bien lo comprendieron, que casi todas ellas (de entre todas las mejores) quisieron y procuraron remediarlo, estableciendo la igualdad y la fraternidad entre los hombres. El año sabático entre los judíos tenía esta razón, y la ley se esforzaba por venir en ayuda del trabajador y del pobre, contra el amo y contra el rico, con objeto de restablecer el equilibrio. Buddha predica la caridad, y dice: «que si los hombres comprendieran cuán grande es el fruto de las limosnas, nadie comería, sin hacerlas, su último bocado de pan.» Jesús hace del pobre un elegido, y de la pobreza un mérito, una virtud. Mahoma dice que todos los musulmanes son hermanos, y que el objeto de la existencia es una sociedad fraternal. La ley trata también de conservar la igualdad social entre los creyentes, estableciendo un impuesto sobre las propiedades en beneficio de los pobres. Todas las confesiones religiosas, á medida que van penetrando en las condiciones de la vida de la humanidad, se dirigen á este fin, y se las ve cuidar sabiamente de los infelices de este mundo, haciéndoles amar su estado, apagando sus rencores y dulcificando sus desgracias. Todas exaltan la pobreza, porque anhelan llevar á la conciencia del que sufre sus rigores, no sólo toda la resignación que necesitan, sino también la idea de que ella es un signo de predilección divina. *Bienaventurados los pobres, dijo el cristianismo, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que tienen hambre, porque ellos serán hartos.* Penetrados, al fin, de estas doctrinas, los países católicos han podido versus pobres casi orgullosos de serlo, y presentarse el mendigo á las puertas de los templos de una manera particular: parece que está casi ejerciendo un derecho; que todo lo que le rodea le es propio; se encuentra allí como en su casa; la casa de Dios es suya.

Pero la religión y la sociedad han dejado de marchar paralelamente hace ya algún tiempo; los intereses de un mundo futuro se han desvanecido ante el ejemplo unánime de todos,

procurando á porfía por los intereses de este mundo; y si en presencia de este divorcio hoy se cree que está próxima una reforma religiosa, es porque se cree necesaria una reforma social, y germina en nuestro pensamiento un nuevo concepto del destino del hombre, y del objeto y fin de su vida sobre la tierra que habita. Pasados los terrores religiosos de otros tiempos, iluminadas las conciencias é impresa una nueva direccion á las ideas, ya el hombre no se retira á la soledad para macerar su cuerpo, ni cree que su destino es vivir una vida miserable, ni que los rigores de la miseria sean un mérito, ni que las privaciones le santifiquen, ni que el sufrir le redima. Todo esto tuvo su tiempo y pasó. La naturaleza inclina al hombre al bienestar; estériles sus esfuerzos para violentarla de una manera constante, ha concluido en definitiva por obedecerla, y la tendencia general, unánime y resuelta, es disfrutar de la vida, honrarla y enaltecerla. El hombre atrofiado por la miseria, no podrá nunca elevarse á la altura de su mision en el mundo, ni su pensamiento verse tampoco libre de temibles sombras. La miseria cierra al hombre el camino de su perfeccionamiento, y acaba por extinguir sobre su frente la luz que la ilumina como sér racional, inteligente y libre. La civilizacion moderna, despertando en todas las inteligencias ideas y derechos nuevos, y dando al hombre plena conciencia de su grandeza moral y de la dignidad humana, ha hecho imposible que pueda doblegarse resignado al yugo de una existencia que las hace ilusorias, ni al órden de una sociedad donde le falten los medios de realizarlas. Es por esto el problema que tratamos, problema capital de nuestro tiempo, porque nuestro tiempo con sus conquistas en el mundo material, con su espíritu en la filosofía y en las ciencias, con su aliento en las revoluciones, parece abrir una nueva época para la humanidad en un porvenir muy próximo, y sólo podrá hacerlo mejorando las condiciones de la vida social, si ha de corresponder á las esperanzas que crea y alimenta.

La doctrina de desolacion que Malthus desenvolvía diciendo que «cuando el hombre viene á un mundo ya ocupado, si su familia no tiene para mantenerlo ó la sociedad no necesita de su trabajo, está demas, y que la naturaleza le manda que se vaya, porque en el banquete de la vida no hay cubierto para él,» esa verdadera sentencia de muerte para todo desgraciado sin fortuna, es hoy vivamente rechazada, porque la humanidad no puede creer en una ley que la dividiría en castas, como en el antiguo Oriente, dando á los unos los goces, las comodidades y la opulencia, y condenando á los otros al trabajo, al dolor y á la miseria. Tampoco puede aceptar la teoría de los que inspirándose en el espectáculo de la naturaleza, y viendo unas especies devorar constantemente á las otras, dominando en esta lucha sin tregua, como única ley de vida, la horrible ley del más fuerte, piensan que en la especie humana debe suceder lo propio, y la consideran sujeta á sufrir siempre, más ó ménos, la opresion de los grandes y de los poderosos, como si el soberbio *¡ay de los vencidos!* del jefe galo, hubiera de ser en el

fondo y eternamente, la justicia mejor entre los hombres, sin alivio ni esperanza. La historia y la conciencia levantan su voz á una contra este pesimismo. El hombre, por su razon y por su inteligencia, sabe que vive una vida distinta y muy superior á todos los demas séres que pueblan con él la tierra, y ve claramente que por el trabajo acumulado de estas facultades suyas, se mejoran sin cesar las condiciones físicas y morales de su existencia. Ve tambien todo lo que ha adelantado en este camino hasta hoy, y espera confiado que la creencia que tiene en su perfectibilidad, y por consiguiente en el progreso, no ha de ser una mentira, como no lo ha sido hasta aquí. Cada siglo ha traído su contingente á esta santa creencia, y algo dice á nuestra fe que todavía continuarán esta grande obra los siglos que han de venir. Los problemas religiosos, y los problemas económicos y sociales, han sido siempre por esto de una importancia suprema: ellos encierran todo nuestro destino, y de la solucion que tienen depende y ha dependido en cada época nuestra felicidad ó nuestra desgracia. Hoy el ideal religioso, aspirando exclusivamente á la otra vida, pasó; pasaron la esclavitud, la servidumbre y todas las adoraciones que se impusieron á los hombres, abusando de su debilidad y su ignorancia. Un nuevo ideal nos llama. Queremos nuestro propio perfeccionamiento y el desarrollo de nuestras facultades para alcanzarlo; y como la sociedad no es más que el medio en que estas facultades se desarrollan, la justicia exige que responda en cada momento lo mejor posible á los fines de la vida. De aquí la necesidad de reformas que de tiempo en tiempo se dejan sentir; de aquí los problemas sociales, y de entre todos estos problemas, el problema social por excelencia es el problema del proletariado, cuyo exámen nos proponemos hacer.

II.

La miseria apenas tiene historia. Las páginas de ese gran libro de la vida de la humanidad se han guardado para los reyes y para sus ejércitos; para cantar el éxito de las batallas y referir las proezas de los héroes. Esa masa de séres, eternos párias de la sociedad en que vivieron, no tiene casi recuerdo: su destino fué nacer, sufrir y morir olvidados. Las injusticias sociales de que eran objeto no se consumaron sin protestas, y en todas las insurrecciones de los pueblos, como en todas las revoluciones hasta nuestros dias, puede vérselas siempre, siendo el elemento principal y la causa más enérgica que las produce. Por eso el resultado de todos los movimientos sociales es tambien siempre la conquista de reformas que favorecen y amparan á los débiles contra el abuso de los fuertes, y por ellas principiό á penetrar en la sociedad la idea del derecho, cuya fuerza misteriosa había de derribar con el tiempo monumentos seculares de leyes, usos y costumbres, fundados en contra suya. A la luz de nuestros conocimientos y de nuestras

ideas de hoy, nada tan desgraciado como la existencia de los pueblos en la antigüedad y en la Edad Media: la esclavitud, la conquista, el abuso de la fuerza, las vejaciones continuas, hé aquí la historia; pero para el porvenir de la humanidad, nada tan consolador como ver de siglo en siglo irse desvaneciendo lentamente, unas tras otras, todas las sombras que oscurecen el entendimiento y la conciencia del hombre, y abrirse paso el progreso, derribando imperios y religiones con el solo poder de las ideas y con la sola fuerza de la justicia eterna, que poco á poco concluirá por presidir los destinos de la humanidad sobre la tierra.

El mundo antiguo vivía del trabajo del esclavo y de los despojos de las guerras. La esclavitud, que hoy nos parece tan monstruosa, era en aquellos tiempos natural, y hasta se reputaba como un beneficio, puesto que pudiendo por el derecho de la guerra privar al hombre de la vida, se le hacía gracia de ella, á cambio de quedar en servidumbre. Así se explica que inteligencias tan claras como las de todos los filósofos de la antigüedad, y el mismo Platon, con la superioridad de su genio, defendieran la esclavitud y no concibieran que pudiera existir la sociedad de otro modo. La propiedad, que hoy nos parece también tan respetable y sagrada, no era tampoco mejor tratada; la victoria hacía pasar á veces la propiedad de un pueblo entero de manos de los vencidos á las de los vencedores; hombres y cosas pertenecían de derecho á los últimos. Cuéntase que los galos propusieron á los etruscos que les dieran una parte de sus tierras buenamente, porque si no, las tomarían por la fuerza de las armas. El pueblo amenazado pidió auxilio á Roma, la señora del mundo, y el pueblo romano envió embajadores á los galos para que no atacasen á gentes de quienes no habían recibido daño ninguno. Estos embajadores preguntaron á los galos con qué derecho pretendían poseer las tierras de otro pueblo, que en nada les había faltado, y Breno contestó sonriéndose: «Los etruscos nos han faltado... en querer poseer por sí solos terrenos inmensos, de los que no pueden cultivar sino una pequeña parte... Es lo mismo en que os habían faltado á vosotros los pueblos italianos que habeis atacado, entregándolo todo al pillaje y reduciendo los hombres á la esclavitud... Nada hay en esto de injusto... La más antigua de todas las leyes es la que da á los más fuertes los bienes de los más débiles...» Este pasaje es la imagen perfecta del mundo antiguo: no hay más derecho que la fuerza; vidas y haciendas son del más fuerte; para los débiles no hay más que la muerte, la esclavitud ó la miseria. Ante este espectáculo, y contemplando el saqueo, casi permanente, del mundo, principalmente por los romanos, el filósofo Herder exclama: ¡Qué manera de robar!... Y con efecto: las guerras y las conquistas eran el robo organizado, y las propiedades, por tales medios adquiridas, eran el robo también. Así se abrieron los primeros surcos y fué arrojada en ellos la desgraciada semilla que había de producir la miseria entre los hombres, legando á las genera-

ciones futuras la triste herencia del pauperismo, azote cruel y eterna vergüenza de nuestra especie.

En todo el largo período que precede en la historia de la humanidad á la aparición del cristianismo, no encontramos otra cosa que lo expuesto: la opresion y la injusticia reinan por todas partes. Jesús, con su doctrina, viene á inaugurar un nuevo orden de cosas. Encuentra á los hombres luchando por los goces de las riquezas, sin escrúpulos en los medios de alcanzarlas; en Grecia y Roma la guerra entre patricios y plebeyos, nobles y pueblo, aristocracia y democracia, era constante; la sed de lucro y de goces los mantenían en continuas discordias. La *buena nueva*, como verdadera reforma, principió naturalmente por combatir esta tendencia y predicó, sin vacilar, el desprecio á las riquezas. «Cualquiera de entre vosotros, decía Jesús, que no renuncie á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.» Y el cristianismo naciente tomó de aquí el carácter comunista que le distinguió en un principio, llegando algunos padres á negar la propiedad como contraria á las doctrinas de la Iglesia. San Agustín dice que la tierra es del Señor; otros que los ricos son detentadores de los bienes de todos; que sus riquezas las tienen en depósito; que la Providencia las ha confiado á algunos para que, repartiéndolas, restablezcan la igualdad entre los hombres. Tales son las afirmaciones de la Iglesia cristiana al aparecer en el mundo; pero la propiedad individual es tan conforme á los sentimientos más legítimos y más indestructibles de nuestra naturaleza que resistió estos ataques, y el cristianismo en esto, como en otras cosas, tuvo que volver sobre sus pasos. Y volvió, por desgracia, demasiado rápidamente. Su desprecio á las riquezas se convirtió bien pronto en la Iglesia cristiana, en un inmoderado afan de adquirir, hasta el punto de que la manera verdaderamente avara con que se conducía, provocó reclamaciones y aún leyes para ponerla coto. Desde el siglo III, las costumbres del clero eran ya escandalosas y la aristocracia episcopal insaciable. Las reliquias y los milagros, la venta de las cosas santas, la simonía, nada bastaba para saciar una avaricia que aumentaba con las riquezas mismas. En una capitular de Carlo-Magno se pregunta á los arzobispos y abades qué quieren decir con estas palabras que tienen siempre en los labios: *renunciar al siglo*. «¿Es renunciar al siglo, dice el emperador, trabajar, por cualquier medio, en aumentar sus posesiones, tan pronto prometiéndolo el cielo, tan pronto amenazando con los suplicios eternos del infierno; ó bien bajo el nombre de Dios ó de algun santo, despojando á algun hombre de sus bienes?..... Tal y tan notoria debía ser la conducta de la Iglesia en este punto, cuando el soberano se dirige á sus principales miembros en términos tan expresivos, que constituyen una verdadera acusacion; y si á esta avidez en adquirir se añade la percepcion de los diezmos, ya en un principio como limosna, ya despues como impuesto obligatorio, se tendrá la razon de las inmensas riquezas que la Iglesia acu-

muló, contribuyendo á la miseria general, ella, que principió por maldecir la riqueza. Llegó á verse dueña de la mayor parte de la propiedad territorial, y cuando ya nadaba en la opulencia, *se dignaba dar limosna al género humano despo-seido*, segun la frase de un historiador; verdad amarga que al fin reconocieron los pueblos espantados de su propia indigencia.

Contábanse ya cinco siglos de cristianismo, y el mundo era todavía pagano en su esencia; seguía el mismo camino de corrupcion que ántes siguiera. Viciada la nueva religion casi en su origen, quizá hubiera sido impotente para regenerar aquella sociedad romana, cuyos señores no se cuidaban más que de aumentar, egoistas, sus riquezas para disiparlas cada dia, y cuyo pueblo á su vez no quería tampoco más que vivir en la holganza entre juegos y fiestas. La invasion de los bárbaros cambió las cosas y decidió el porvenir. Para aquellos historiadores que aceptan la intervencion de la Providencia en la direccion de los destinos humanos, la venida de los bárbaros fué providencial; los cristianos, ante todo, miran la invasion como un medio de que Dios se valió para propagar el Evangelio, porque, dice M. de Chateaubriand, «estaba el mundo demasiado corrompido, demasiado lleno de vicios, de crueldades y de injusticias para que pudiera ser completamente regenerado por el cristianismo. Una religion nueva tenía necesidad de pueblos nuevos.» Pero no es menester recurrir á la Providencia para explicar los acontecimientos humanos; tienen siempre causas puramente humanas que los determinan. Los bárbaros invadieron el mundo romano por la misma razon que los romanos invadieron el Asia y otras partes: buscaban la posesion y el goce de riquezas que la guerra podía proporcionarles; les atraía el inmenso botin que esperaban recoger y recogieron, con efecto. La invasion reproduciendo todos los abusos que eran propios de la conquista en aquellos tiempos en que la fuerza lo dominaba todo, puso el país á merced de los invasores; los pueblos se dejaron saquear y expropiar casi sin resistencia (no por eso evitaron la desolacion y las ruinas); y los bárbaros quedaron verdaderamente dueños del imperio. Las consecuencias de esta invasion tienen, con relacion al problema que tratamos, como tienen en la historia de la humanidad, alcance inmenso. Los vencedores se establecen en las tierras de los vencidos; pero de las montañas y de los bosques de donde vienen traen á la Europa invadida, como pueblo nuevo, nuevos principios y nuevo concepto de la vida social. La esclavitud, tal como la mantenían los romanos, les era desconocida; pueblo guerrero, tenía un elevado sentimiento de la libertad y de la independencia del individuo, y estos gérmenes fecundos produjeron á la disolucion del imperio de Cárlo-Magno la era feudal, de donde habían de salir, al fin, la igualdad y la libertad modernas. Bajo la ruda mano de los bárbaros la sociedad empezó á modificarse; la esclavitud se hizo más dulce y poco á poco fueron pasando los esclavos de la condi-

ción de tales á la condición de siervos. Cuando llega la desmembración del imperio y el feudalismo aparece, la transformación social, ya preparada, se verifica completa y radicalmente: la elevación de los grandes propietarios hace imposible la vida de los que no les están sometidos. «Oprimidos, dice un historiador, por el Estado, oprimidos por los grandes, legos y eclesiásticos, los pequeños propietarios se refugiaron en la servidumbre como en un asilo.» Desde el siglo v al x, en efecto, los hombres libres perseguidos realmente por los grandes, á fin de que les abandonasen sus bienes, desaparecen por completo, convirtiéndose en siervos y colonos. No había reposo para el que resistía; y en una época en que reinaban la fuerza y la anarquía, los débiles y los pequeños debían necesariamente ser absorbidos por los fuertes y por los grandes. La tierra era entonces casi la única propiedad, la única riqueza y hasta el único instrumento de producción: la industria no existía y el comercio estaba relegado á oficio vil y existía apenas. La posesión de la tierra dió, pues, la nobleza y la grandeza. Los jefes conquistadores, sus oficiales y los grandes propietarios romanos que pudieron resistir á la invasión, fueron los que, apoderados y posesionados del suelo, se erigieron en señores con privilegios y exenciones, segun el poder de cada uno. La aristocracia feudal, la nobleza con sus grandes posesiones, sus vasallos y su soberanía tiene este origen y se desarrolla sobre esta base.

En sus primeros tiempos el feudalismo es una verdadera anarquía. Los señores poco á poco desligados de toda soberanía, asombraron á la Europa con sus discordias, en las que prodigaban, sin compasión, la sangre de sus vasallos. El castillo que nació siendo un refugio y una protección en favor de los más débiles, se volvió bien pronto contra sus protegidos; la población disminuyó y las naciones hechas girones, no vieron más que conventos y castillos donde se abrigaban las riquezas y toda clase de inmunidades y privilegios, dominando sobre aldeas miserables donde se sufría toda clase de vejaciones y trabajos. ¡Qué páginas tan tristes las páginas del feudalismo en la historia!.... La humanidad retrocede en su camino de perfección y adelantos; parecen un mentís dado al progreso. Y sin embargo, de esta larga noche de dolores en la que el pueblo se confundió con las tierras que el señor poseía, formando parte de su poder y su riqueza, brotó al fin la luz, y el progreso vino, gracias á un acontecimiento extraño pero grandioso: las Cruzadas. De aquellos terrores del año mil; de las mismas causas que habían producido su decadencia, el mundo sacó los elementos que habían de regenerarlo. La fiebre del entusiasmo guerrero y la exaltación de la fe religiosa, se unieron en favor suyo: el convento y el castillo, ofreciendo el uno la idea y el otro dándole ejecución tan poderosa, echaron por sí mismos, sin quererlo y sin saberlo, los fundamentos de una revolución que había de serles tan cara en el porvenir, destruyendo sus privilegios, emancipando los siervos y establecien-

do definitivamente el principio de la igualdad social entre los hombres. Este gran movimiento, que llevaba en su seno todo un porvenir, los gérmenes de un nuevo orden social, se repitió varias veces, á pesar de los trabajos y penalidades que experimentaron los primeros expedicionarios. La pobreza, la servidumbre, el deseo de un porvenir mejor y el atractivo de las exenciones que las bulas del Papa ofrecían á los cruzados, traían siempre gente á las expediciones, y al mismo tiempo se modificaban y se perpetuaban usos, condiciones y libertades que la necesidad de la guerra religiosa consintió. La clase media de nuestra sociedad nació de las cruzadas; el comercio y la navegacion se engrandecieron, porque por ellas se conocieron sus beneficios; las municipalidades se emanciparon; la necesidad de fondos hizo dar las tierras y áun los castillos por sumas módicas; y profundas modificaciones en la posesion de la propiedad, y por consiguiente en el poder y consideraciones que daba, alteraron las relaciones sociales en beneficio de los pueblos. La conquista, la fuerza y las donaciones del soberano á a aristocracia de la iglesia y del ejército, habían hecho de la posesion del suelo, el privilegio de unos pocos llamados grandes, barones, condes y duques, abades y arzobispos; las cruzadas quebrantaron esta gerarquía facilitando la adquisicion de tierras á las clases inferiores, y poco á poco la clase media, así creada, por su trabajo, por su comercio y por su ilustracion, conquistó un puesto social que fué sólido apoyo de los príncipes y cuna de los Parlamentos «esa justicia de la clase media,» como los llama un historiador, esa ruina del castillo feudal y de todos los privilegios que al fin á su vez cayeron.

Desde el siglo XIII los nuevos elementos que las Cruzadas han introducido en la sociedad, apoyados por los municipios, se revelan con asombro del orden establecido; la lucha de las clases trabajadoras contra la opresion y la explotacion de que son objeto, se declara francamente, y los *Comunes* establecidos en casi toda Europa se atreven á defender sus derechos contra los privilegios de sus antiguos señores, audacia que les parece á éstos incomprensible. «Hé aquí, decía el abad Guibert en Francia, lo que se entiende ahora por esta palabra *nueva y detestable de Comun*: los pecheros no pagan más que una vez al año las rentas de sus señores; si cometen algun delito quedan absueltos mediante una multa legalmente establecida, y en cuanto á las exacciones de dinero que se acostumbra imponer á los siervos, quedan exentos de ellas.» En nuestra España el insigne Padilla y sus heróicos compañeros sellan con su sangre esta noble protesta de las clases pobres en favor de la igualdad civil y de una reparticion más equitativa de los productos del trabajo; ellos piden entre otras cosas que las tierras de los nobles estén sujetas á todas las cargas públicas como las de los Comunes; y esta peticion tan justa parece un crimen á los privilegiados de su tiempo. Pero el impulso está dado; la idea de la igualdad de todos los ciudadanos ante las leyes, se abre paso y da sus frutos; y en el siglo XVIII, la revolucion

francesa, madre y maestra de todo el movimiento social moderno, levantándose por encima de todas las preocupaciones y de todos los abusos, dejó abolidos para siempre en la noche del 4 de Agosto de 1789 todos los privilegios y todas las desigualdades; hizo del *estado llano*, que no era *nada*, lo que debía ser, *todo*, según el dicho célebre del abate Sieyes; acabaron los derechos feudales y las manos muertas; todos los ciudadanos, sin distinción, quedaron sujetos al pago de los impuestos, y la emancipación del trabajo y del trabajador quedó al fin reconocida. Después de tantos siglos de violencias, de injusticias y de crueles sufrimientos, millares y millares de seres encorvados hasta entonces bajo el peso del trabajo, del desprecio y la miseria, pudieron levantar las frentes al cielo, y disipadas las sombras del pasado, bendecir agradecidos el rayo de luz que venía á iluminarles, y el nuevo derecho que les hacía hombres libres. Esta fué en nuestra patria la obra del partido progresista, y será siempre su gloria mejor. Él acabó con el absolutismo y con la Inquisición que nos envilecían; él rompió las vinculaciones y la amortización que estancaban la riqueza; y él acabó con los diezmos y con los señoríos. A su calor nacieron nuestras libertades, y suyos son los héroes que las defendieron. El siglo presente se abre haciendo palpitar de esperanzas los corazones de todos los desgraciados: el santo esfuerzo de nuestros padres parece que va á legarnos un mundo mejor que el mundo en que ellos vivieron.

La revolución económica que produce en las sociedades modernas la serie de reformas indicadas, prometían, con efecto, una lluvia de bienes para lo sucesivo. Los tributos, repartiéndose entre todas las clases sin distinción, fueron ménos onerosos; la propiedad, dividiéndose y multiplicándose, y la riqueza circulando más y repartiéndose también entre más partícipes, hizo el bienestar más general, y el beneficio obtenido por las nuevas disposiciones fué visible. Los pueblos conocieron bien pronto que se acrecentaban rápidamente su trabajo y sus productos, y el entusiasmo por las nuevas ideas trajo aquella fiebre reformista que no reparó en ninguna utopía, ni cejó ante ningún atrevimiento, legando al mundo, como monumento eterno de la fe que les animaba, todas las teorías y todos los sueños de los socialistas y de los comunistas franceses. Era como un renacimiento social y todos se esforzaban en querer constituir la sociedad sobre principios nuevos y nuevos derechos. El proletario moderno era el objeto de todos estos desvelos; él interesaba á todos; se le miraba como la víctima inocente de todas las injusticias que acababan de desaparecer, y la reparación se consideraba como una deuda santa y sagrada. Nadie, en efecto, podrá dejar de ver en el proletario de nuestros días, el desgraciado heredero de tantas iniquidades consumadas desde el principio de las sociedades hasta hoy. Esclavo en el mundo antiguo, bajo todas las formas; siervo en la Edad Media, con varias denominaciones; siempre explotado y prodigando siempre su sangre y el sudor de su frente para

aumentar los goces y el fausto de sus señores, viene á formar entre nosotros esa masa de pueblo que sufre todavía las consecuencias de su desdichada suerte, viéndose á menudo sin pan y sin amparo. El movimiento social, que viene á redimirlo de su antigua servidumbre, lo declara, al fin, libre é igual á los demas hombres; pero al hacerlo, no ha tenido fuerza para variar las condiciones en que la sociedad está fundada, y el pobre proletario se encuentra de nuevo en medio de esta vieja sociedad, donde todo está apropiado, sin tener él más propiedad que sus brazos; obligado á trabajar para vivir cada dia, tiene que someterse al propietario que le emplea, y rodeado por todas partes de imposibles, sucumbe á menudo arrastrando una existencia miserable que la libertad que disfruta apenas basta á endulzar. La tristeza y el desaliento por las esperanzas defraudadas han reemplazado al entusiasmo de los socialistas de todas las escuelas; los principios de la economía política inglesa con su teoría de la oferta y la demanda, con su libre concurrencia y con su individualismo, triunfó de todas las teorías y de todos los proyectos de reformas sociales, y el capital y la propiedad frente á frente del proletario y del trabajo, recogiendo el fruto de esta victoria, impusieron sus leyes á la produccion y la circulacion de la riqueza. El problema del proletariado se declaró poco ménos que insoluble, y el pauperismo, su triste hijuela, continúa creciendo y haciendo sus víctimas. Tal es la última fase de la cuestion social tan agitada treinta años hace, y tales son tambien los antecedentes y la breve historia de la miseria en el mundo.

III.

La gravedad de esta cuestion es fácil observar que no está hoy precisamente en las desigualdades tan monstruosas que vemos, ni en que el pobre sea pobre, ni el rico rico, sino en las esperanzas despertadas y aún no extinguidas, que siguen creyéndoslas fundadas y legítimas. El sudra, relegado en la India á una casta inferior, y el chandala, aún más inferior que el sudra, no tienen aspiracion superior, porque creen que ocupan en la sociedad de los hombres el puesto que Dios les ha marcado; el esclavo de la antigüedad cree legítima la esclavitud; el mismo Epicteto no se admira de serlo; el siervo en la Edad Media tambien cree en la superioridad del señor feudal y en la legitimidad de los privilegios de todos los señores. Pero en los tiempos presentes esta santa conformidad no existe. El progreso, revelando al mundo todo lo que había de abusivo y de odioso en las instituciones sociales que pasaron, ha llevado á la conciencia del pueblo ideas nuevas que alimentan el deseo de un porvenir mejor: él ha visto que cada paso en el camino de la libertad y de las reformas ha ensanchado el círculo del bienestar general; y su instinto le dice que, así como estas reformas han mejorado algo las condiciones de la vida, nuevas

reformas deben completar la obra, llevando sus beneficios hasta él, que trabaja y que produce. Si ha sido víctima de las injusticias sociales de todos los tiempos, así como él sufre, inocente, las consecuencias, así ve también, sin derecho, en el propietario de nuestros días, y de una manera general, el heredero de los antiguos jefes y señores que le explotaron. De aquí esa reacción violenta contra la propiedad, que caracterizó á los socialistas; de aquí ese anatema general con que envuelve á las clases ricas el pobre que no tiene pan ni abrigo.

El pobre de hoy, si se resigna á la pobreza, no se resigna de ningun modo á la miseria: quiere, cuando menos, pan y trabajo. Un sentimiento de compasión, si no de justicia, dice á todos que debe atendersele: y en los grandes conflictos vemos á la sociedad apresurarse á proporcionar al pobre ese trabajo y ese pan que siempre reclama. ¿Cómo hacer que el hombre honrado tenga de una manera permanente en la sociedad los medios de procurarse la existencia?... ¿Cómo conseguir que todos vivamos de nuestro trabajo, y que el más desgraciado tenga al menos trabajo y alimento?... Ése es el problema.

Aunque algunos economistas, como nuestro compatriota Flores Estrada, hayan dirigido sus miras hácia la propiedad, para remediar, repartiéndola, la miseria del pobre jornalero, es inútil buscar la solución del problema social por semejante camino. Hayan sido tan injustos como se quiera los orígenes de la propiedad (y ya hemos visto que no han podido ser más injustos), siglos y siglos han pasado por ella, y no es posible deslindar hoy la que debe reputarse legítima ó ilegítima. Respetemos un derecho que la humanidad ha considerado siempre sagrado y respetable, con su unánime asentimiento. La solución del problema de la miseria ha de buscarse por otros medios, y reclama el concurso de muchas circunstancias y de muchas voluntades. Las sociedades modernas no lo resolverán sino despojándose previamente de algunas preocupaciones.

Si abrimos cualquier libro de economía política, aprendemos desde sus primeras páginas, como axioma de la ciencia, que el trabajo es el único manantial de la riqueza. Pues bien; la riqueza que produce el trabajo en los pueblos modernos, no sólo tiene una distribución viciosa y poco equitativa, sino que todavía las leyes la hacen ir por canales artificiales, creando á menudo crisis económicas que no tienen más causa que la falta de equilibrio que esas mismas leyes establecen para la producción y circulación de la riqueza. Todos los medios de producción son solidarios en la sociedad, y cuando el interés y los capitales afluyen á unos de una manera permanente, con preferencia á otros, el daño que éstos sufren va de rechazo á aquéllos, y la falta de equilibrio que señalamos trae el estancamiento de las mercancías y la paralización del trabajo, haciendo sufrir á las clases pobres que viven de él pruebas tan duras y á la sociedad males tan grandes.

Los hombres de Estado y los gobiernos, engañados, tal vez, por el crecimiento de la riqueza pública, como lo muestran á

los ojos de todos algunas grandes poblaciones, centros de industria, de comercio y de buenos capitales, no ven cómo languidece la vida en las aldeas y en los pueblos, inmóviles en medio del movimiento que parece general, ofreciendo de generación en generación el mismo triste aspecto de pobreza y de miseria. Olvidan que la riqueza de las naciones debe alcanzar al mayor número de individuos para que sea verdaderamente provechosa, y que por más rico que un país aparezca, si no cumple con esta condición esencial, su riqueza es inútil. Allí donde el pueblo gana fácilmente su subsistencia con su trabajo; allí donde el labrador, el artesano y el jornalero viven de una manera regular y con una comodidad relativa, allí hay verdadera riqueza, porque llena entonces su fin social, que es repararse convenientemente, para llevar el bienestar á todas las clases; y este bienestar no se logra con la mayor ó menor riqueza del colectivo, sino con la riqueza relativa de sus individuos. Alcanzar este resultado debe ser el objeto y fin de todas las leyes económicas y el pensamiento constante de los gobiernos. Para ello es preciso que en los pueblos modernos cambien radicalmente las condiciones en que el Estado vive. Esos grandes armamentos y esos grandes ejércitos tan costosos, esas religiones oficiales tan ricamente dotadas, esa administración tan pródiga en empleos y en beneficios, todo eso debe reformarse profundamente, porque absorbe y consume una buena suma de millones que se quitan al trabajo, sin verdadera necesidad, y los efectos que produce este descuento en el desarrollo de la riqueza pública son desastrosos. Porque no es todo lo malo que los quite (triste conformidad), sino que los medios que los gobiernos emplean para ello, los reglamentos fiscales, la intervención, las trabas de todas clases que se imponen al trabajo le perjudican más, quizá, que los mismos impuestos que paga. El trabajo con tales condiciones se hace difícil, y no todas las clases de trabajo pueden soportarlas.

De aquí la extinción de todos los medios de vivir que dejan un pequeño beneficio, porque éste desaparece entre las manos del fisco y sus agentes; de aquí el aumento de brazos sin ocupación; y de aquí también el aumento de indigencia en la clase pobre, porque la producción, para soportar las cargas, reduce todo lo posible sus gastos, y los salarios bajan y bajan, hasta ser insuficientes para cubrir las necesidades de la vida. El Estado, á su vez, reduciendo fatalmente la riqueza nacional, obtiene menos rendimientos, y no pudiendo cubrir sus compromisos, contrae empréstitos y funda deudas, cuyos intereses contribuyen á aumentar sus angustias y las cargas públicas. Y es, por cierto, espectáculo bien triste ver toda la suma de talento de los hombres que están al frente de los gobiernos emplearse con preferencia en inventar expedientes nuevos cada día, no, como debiera ser, para desarrollar la riqueza y el bienestar de los pueblos, sino para encontrar manera de aumentar los tributos y las cargas que pesan sobre ellos. Modo de vivir tan forzado, y condiciones tan ruinosas, producen en

la sociedad los efectos que todos observamos: la pequeña industria y el pequeño comercio mueren; sólo las grandes empresas y los grandes capitales pueden trabajar con algun provecho, y viven. Cuando alguna de estas empresas se establece ó se engrandece, se aplaude la prosperidad pública que revela... ¡Lamentable aplauso!... Ella se levanta sobre la ruina de centenares de desgraciados que han sucumbido en lucha con el trabajo, procurando vivir, y no han podido. Ved, por ejemplo, nuestra marina mercante, nuestro pequeño cabotaje... ¿dónde están?... Han muerto aplastados por las grandes líneas de vapores. No conocemos la estadística, pero á menudo vemos fincas que salen á subasta para pago de contribucion... El pequeño propietario, como el pequeño armador, como el pequeño industrial, como todos los pequeños, mueren tambien aplastados por el fisco y agobiados por la usura. Llaman la atencion á todos, en los pueblos modernos, ver la extrema opulencia al lado de la extrema miseria. Ahí está la causa. Es que los beneficios del trabajo se han hecho imposibles para todos; han quedado reducidos á los grandes capitales.

Así como en la Edad Media la elevacion de los grandes y el régimen feudal casi acabó con todos los hombres libres y pequeños propietarios que había, así en los tiempos modernos las grandes industrias, los grandes capitales y los muchos impuestos acabarán con los pocos recursos de vida que quedan á las fortunas modestas y á las pequeñas empresas. Siguiendo el camino por donde vamos, este resultado es fatal: la masa de los necesitados aumentará; la riqueza se concentrará en unos pocos.

En nuestra patria, la agricultura, esa madre fecunda, primera riqueza de los pueblos, está casi olvidada; las leyes han favorecido la industria fabril con perjuicio de todas las demas, y esta industria, atrayendo los capitales con sus beneficios ciertos, viene causando ese desequilibrio en la produccion y en la circulacion de la riqueza cuyas consecuencias funestas hemos señalado, y á las cuales no escapa tampoco, al fin y al cabo, la industria privilegiada, por la ineludible relacion que hay entre la produccion y el consumo. De tiempo en tiempo las fábricas de Cataluña sufren paralización por falta de pedidos; hoy mismo se están cerrando algunas ó no trabajan más que pocos dias á la semana; no venden todo lo que producen. Y ¿cómo lo han de vender si los demas medios de produccion luchan con un beneficio mínimo?... A medida que la fortuna de los individuos decrece, el consumo de todas las cosas decrece tambien. Para remediar estas crisis que dejan en la calle sin trabajo y sin pan centenares de obreros y familias, no cesa de gritarse en todos los tonos que deben abrirse nuevos mercados, nuevos centros de consumo.... ¡ay!... imposible. Aunque el mundo entero se convirtiese en un inmenso mercado, el maravilloso poder de produccion de las máquinas, lo abastecería pronto y dejaría un sobrante. Y eso es precisamente lo que sucede desde que hay máquinas. Estimulada la produc-

cion en un principio, convidan las ganancias, se llaman obreros, se trabaja dia y noche, afluyen capitales y se fundan nuevas fábricas, se produce, en fin, sin descanso, hasta llegar al límite del consumo y traspasarlo. Para continuar despues produciendo en la misma cantidad, una vez comprometidos, se ofrece más barato, se bajan los jornales, se reducen los gastos; pero siempre la produccion es excesiva y hay que parar... Las crisis económicas por el estancamiento de las mercancías y la subsiguiente miseria del obrero con todos sus peligros, son fatalmente necesarias en el sistema actual. Nada puede evitarlas. Nada tampoco tan elocuente á este propósito, como las reflexiones del economista M. Blanqui. Reconoce que las ciudades manufactureras y comerciales se han aprovechado solas del progreso general de la riqueza, y que los pueblos, las aldeas y los campos continúan pobres y miserables. Y componiendo sus habitantes las dos terceras partes de la poblacion, ¡qué pensar de un sistema de produccion que nos fuerza á buscar consumidores en las extremidades del mundo, cuando á nuestras mismas puertas, en el seno de la patria, viven las clases trabajadoras, en tan gran número, faltas de todo?... No podemos vender nuestras telas, exclama, y millares de nuestros conciudadanos no tienen ropa blanca!... Exacto: llamados los capitales á la industria fabril por las leyes que la protegen; huérfanos de ellos los demas medios de produccion y con especialidad la agricultura, el resultado no puede ser otro. La masa general del pueblo, empobrecida, no puede consumir, y su estado miserable reobra sobre el estado general de la nacion.

Otra de las causas que influyen poderosamente en esta orfandad de la agricultura y en la paralización del trabajo, y por lo tanto, en la pobreza del pueblo, procede del Estado. El Estado, no pudiendo cubrir sus atenciones, tiene necesidad de tomar prestado, y llama á su vez los capitales en gruesas sumas, ofreciéndoles un interes crecido y garantías. Entre correr todos los riesgos y todas las molestias de su empleo en una empresa cualquiera, y recibir cómodamente un interes quizá mayor del que le produciría el trabajo, no vacila ni puede vacilar el dinero, y va á las arcas del Tesoro retirándose de la produccion. Si esta causa de perturbacion fuera accidental, sus efectos apenas serían sensibles; pero repitiéndose un año y otro año, ofreciéndose como empleo al capital de una manera permanente, los males que ocasiona son muy grandes. No sólo impide el desarrollo de la riqueza nacional y del trabajo, casi siempre infecundo sin capitales, sino que lleva á la banca, *al simple cambio del dinero*, la sávia y la vida que debía circular por todo el cuerpo social, reportando tan inmensos beneficios. Circunscrita así la riqueza en ciertas esferas, no es extraño que fuera de ellas aparezca la pobreza como contraste fatal.

En el bosquejo histórico precedente hemos visto que la miseria aparece en el mundo desde el principio de las sociedades, y que se mantiene por la esclavitud, los privilegios de todas

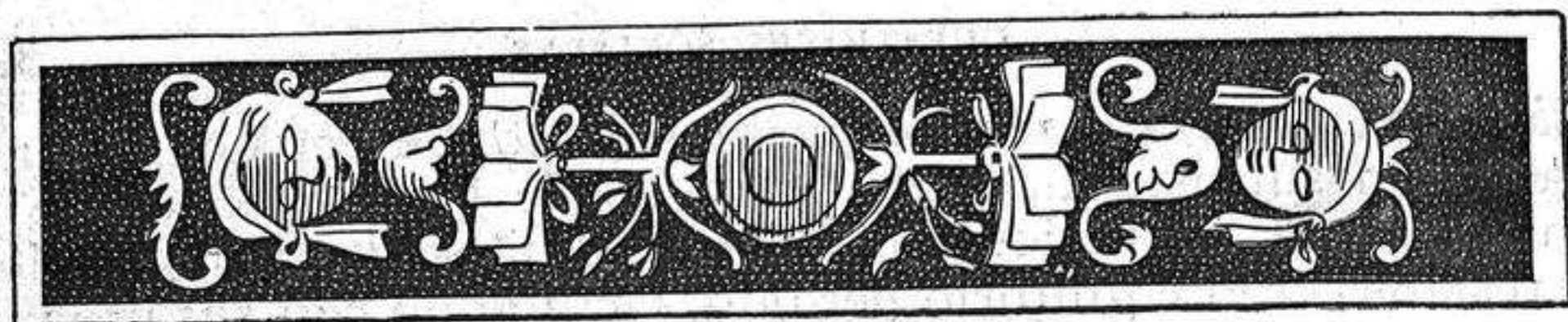
clases, la fuerza y la conquista. Después de abolidas estas causas en las sociedades modernas, mejoran las condiciones del pueblo, pero aparece el proletario; nuevas causas reemplazan á las antiguas, y la miseria no se extingue. Las nuevas causas quedan señaladas, y las resumiremos con las siguientes palabras del economista ántes citado: «La miseria de los pueblos, dice, se reconoce siempre en la desigualdad de las cargas, en la distribución viciosa de los productos del trabajo y en el predominio de algunas clases ingeniosas para poner los abusos bajo la protección de las leyes. Así es que en un país es por vía de impuesto como se arranca al trabajador, bajo pretexto del bien del Estado, el fruto de sus sudores; en otro es por medio de privilegios declarando al trabajo objeto de concesión real, y haciendo pagar caro el derecho de entregarse á él. El mismo abuso se reproduce bajo formas más indirectas, pero no menos opresivas, cuando por medio de las aduanas el Estado divide con las industrias privilegiadas los beneficios de los aranceles impuestos á todas las que no lo son.» Ahora bien: conocidas las causas que producen la miseria, el remedio es imposible. La humanidad encuentra siempre en el desarrollo progresivo de su vida los medios de reparar sus errores. Pero mal tan grande como el de la miseria en el mundo, necesita, repetimos, el concurso de todos: del Estado y de los particulares. El Estado parece que desconoce hoy su misión, poniendo sus intereses frente á frente y en lucha con los intereses de los pueblos que rige.— Debe volver por ellos. Los ejércitos deben disminuirse y organizarse económicamente: sobran procedimientos al efecto, y necesidad también hay sobrada. Las religiones deben vivir de la caridad ó de las limosnas de los fieles: nada más equitativo ni más conveniente. La administración pública debe reorganizarse y reformarse disminuyendo su personal y simplificando sus prácticas: nada tampoco más justo ni más necesario. Debe, en una palabra, ponerse el Estado en condiciones de vida fáciles, para encerrar sus gastos dentro del límite de sus recursos. Administrador de la fortuna pública, no debe gastar más que lo que esta fortuna le permita, y siempre que sea posible algo menos. Así volverán al trabajador y al trabajo y serán provechosos, centenares de millones que se consumen hoy inútilmente, sacrificados en aras de necesidades ilusorias.

Una de las cosas que más se han puesto de manifiesto en el sistema económico moderno, es que la indigencia y la miseria se encuentran principalmente allí donde las manufacturas han adquirido más desarrollo; las ciudades fabriles son las que encierran más número de pobres; las fábricas con sus alternativas; con el empleo puramente mecánico de tantos hombres, niños y mujeres; y con sus malas condiciones higiénicas muchas veces, crean esa población obrera raquítica y miserable, necesitada del jornal diario, donde el pauperismo se mantiene de una manera constante por la insuficiencia de estos jornales, y por la carencia absoluta de ellos con demasiada frecuencia. Esto demuestra que la industria es un auxi-

liar de la riqueza y que los pueblos de donde verdaderamente sacan su subsistencia y bienestar, es de los productos de la madre tierra. La agricultura debe levantarse de su postracion y restablecer el equilibrio perdido, facilitando con sus productos el consumo de los productos industriales limitados á la proporcion debida. Esta proporcion y esta limitacion la establecerán la libertad del trabajo y del cambio y el equitativo reparto de los impuestos. Cuando el Estado cese de llamar á sus arcas el dinero y cuando las leyes dejen tambien de favorecer el empleo de los capitales en un ramo cualquiera de produccion, ellos se emplearán necesariamente en todos, sin distinguir á ninguno, buscando sencillamente el beneficio natural á que aspiran. La proteccion que hoy concede el Estado á la industria fabril, debe concederla á la agricultura; pero nó esa proteccion tan cómoda y tan perjudicial del arancel, sino una proteccion indirecta que favorezca la produccion y fertilidad de los campos, sin perjuicio de tercero, ántes bien en beneficio de todos. Deben multiplicarse los caminos que facilitan los transportes y la salida á los productos del interior; deben fundarse bancos agrícolas que auxilién á los pequeños propietarios y pobres labradores en los años de escasez, librándolos de la usura; debe, en fin, estudiarse la canalizacion de nuestros rios y el aprovechamiento de sus aguas para el riego de los campos. Si la suma de atencion, de talento y de millones que hoy emplean los gobiernos en las luchas políticas y en necesidades fatalmente creadas, se emplearan en promover los intereses morales y materiales de los pueblos, pronto veríamos cambiar la faz de las naciones y acabarse la miseria.

Nuestra España, por su feliz posicion geográfica, por su cielo y por su suelo, es tal vez la única nacion que tiene condiciones en Europa para emprender la obra santa de una reorganizacion social, más fácil y mil veces más provechosa de lo que á primera vista parece. Despues de emprendida y despues de dado el impulso, la actividad y el interes individual harían lo demas prontamente. Este interes en las clases que hoy son protegidas, ó que viven legalmente á la sombra del órden establecido, debe ceder ante el interes general. Ellas no pueden reclamar en justicia que rija indefinidamente un sistema que perjudica al mayor número. La sociedad tiene el derecho de reformar su organizacion, y cuando lo hace en reparacion de agravios ciertos y por largo tiempo consentidos, más que un derecho le obliga un deber sagrado. Y como, por otra parte, las reformas sociales no son nunca obra de un dia, cabe en los procedimientos conciliar, sin grandes violencias, las mejoras necesarias con los sacrificios que deban imponerse. El tiempo y la buena voluntad son eficaces auxiliares, con los que al fin se lleva á cabo en este mundo todo lo que se intenta.

JOSÉ HEREDIA Y GARCÍA.



ESTADO ACTUAL DE LA FILOSOFÍA

EN ALEMANIA



No sin vacilación accedí á ruegos del director de *Mind*, á dar cuenta del estado actual de la filosofía en Alemania, y sólo contraje el compromiso de hacerlo confiando en que el lector no esperaría de mí nada que se pareciera á un exámen (*review*) completo de nuestras más recientes producciones filosóficas. Sólo me propongo hacer una breve descripción de las principales corrientes de que se compone el movimiento filosófico de Alemania á la hora presente, aunque sin duda habré de referirme á algunas de las obras más notables en que aquél se expresa, sin que esto quiera decir que me ocuparé en todo lo que no carezca de filosófica significación. Creo que si este artículo es leído por autores de obras filosóficas en Alemania, muchos echarán de ménos sus nombres, al mismo tiempo que verán acaso mencionadas otros de importancia mucho menor. Sólo me es dado esperar que estas omisiones me serán perdonadas, bien por la naturaleza del trabajo que voy á emprender, bien porque nuestro tiempo—y esto es muy sabido de cuantos siguen el movimiento filosófico—es tan fecundo en libros, que no es posible, ni áun al lector más diligente, tomar nota de cuanto de algun valor se da á la estampa. Acaso esto fuera ménos difícil si no se necesitara malgastar algun tiempo con lo que es de valer escaso. El mérito de un

libro no está escrito en la portada. Y luégo lo que no tiene un valor científico permanente es lo que caracteriza más especialmente á cada tiempo, pues harto defectuosa fuera la idea que tendríamos de la historia si los errores estuvieran excluidos de ella. De otra parte, habré de fijar la atención, no sólo en nuestra literatura filosófica, sino también en el estado actual de la enseñanza en este ramo; de la cual sábese por ventura ménos todavía.

Al tratar de describir las principales corrientes de la filosofía alemana en este momento, debemos prevenirnos primeramente contra una objeción que hará se tenga por discutible en demasía aquel intento. Existen, pues, tales corrientes principales, dirá el lector. ¿No es exacto más bien que existen solamente muchas corrientes pequeñas que siguen distintos cursos? A primera vista diríase que esto es así. Nuestra literatura filosófica es tan voluminosa como multiforme en sus puntos de vista y tendencias. Paréceme que por este lado difiere esencialmente nuestro actual desarrollo del estado de la filosofía alemana en la primera mitad de este siglo. En aquel tiempo escuelas bien definidas, y una de ellas dominante, oponíanse entre sí, y á una de ellas pertenecía indispensablemente cada filósofo. Diríase que hoy todo el que escribe sobre asuntos filosóficos, tiene en cambio un sistema particular, y si algunos siguen á filósofos de antaño, tales como Kant, Herbart ó Schopenhauer, hácenlo con toda suerte de reservas reiteradas una y otra vez, para que nadie pueda poner en duda la originalidad del autor. Presentábase algunos años há todo autor de obras filosóficas con la aspiración y propósito de que reinara eterna paz en la filosofía, y no se puede ménos de pensar cómo, al modo que también sucede en política, los sueños utópicos de paz no son nunca tan generales como en tiempo de guerra. El resultado de aquellos bien intencionados pacíficos propósitos era naturalmente empeñada lucha que dejaba las cosas en el ser y estado que ántes tenían (1).

(1) *Zum ewigen Frieden in der Philosophie in Philos, Monatshefte* XI, pág. 273. Sobre la controversia. V. páginas 362, 426, y XII, páginas 155, 407. (V. *Mind*, núm. 3.º, pág. 420.)

La aparición de las nuevas opiniones se relaciona evidentemente con dos caracteres importantísimos de nuestro novísimo desenvolvimiento filosófico; de una parte la decadencia ó declinación de los sistemas especulativos que habían prevalecido tanto tiempo, seguida del advenimiento de una teoría, no por cierto nueva, del universo que obtuvo análoga aceptación general, y de otra parte la transferencia de la producción filosófica de las universidades á un círculo más vasto de hombres cultos. Este último fenómeno es en particular demasiado característico para que no le examinemos con alguna más detención.

A principios de este siglo, veían primero la luz los sistemas metafísicos en las cátedras de nuestras universidades y adquirían entusiastas partidarios entre los estudiantes ántes de que buscaran más numeroso público por medio de la imprenta. Así, Fichte desarrolló primero los diversos aspectos de su *Wissenschaftslehre* ante un concurso académico, y también las fases sucesivas del sistema de Schelling empezaron por lecciones universitarias y á lo último no salieron de esta esfera; por lo cual sólo conocemos sus últimas doctrinas por los documentos que dejó al morir. Del mismo modo, las lecciones filosóficas de Hegel eran resúmenes de todo su sistema, ó partes del mismo, pues el más sistemático de los pensadores supo hacer que hasta la historia de la filosofía entrara en los moldes de su dialéctica. Por último, es bien sabido que el asunto favorito de Herbart en sus trabajos académicos era su sistema metafísico, el cual fué también la base de su psicología. Siguieron naturalmente los discípulos el ejemplo de los maestros, y así sucedió que la metafísica llegó á ser en aquel tiempo la principal materia sobre que versaban las enseñanzas profesadas en las universidades alemanas. Ella había tomado á su servicio la psicología, la ética, la estética y la filosofía de la naturaleza, mientras la lógica era absorbida por ella ó sólo tratada como mera propedéutica. Poca atención se prestaba á la historia de la filosofía. ¿Cuál podía ser la utilidad del conocimiento de la historia cuanto toda verdad se juzgaba encerrada entre las cuatro paredes de un solo sistema? Gracias principalmente á la obra maestra, aunque unilateral (*onesided*),

de Hegel, obtuvo este ramo carta de naturaleza entre las disciplinas académicas.

¡Cuán diferente es lo que hoy pasa en nuestras universidades! Acaso el siguiente estado hará formar más adecuada idea de la actual condición de nuestra filosofía académica que cualesquiera indicaciones que hacer pudiéramos, por detalladas que éstas fueran. En dicho estado, con ayuda del *Almanaque de las universidades alemanas* de Ascherson y Seelmann (Berlín) que se publican en todos los cursos, respecto á los últimos años, ofrezco la estadística de aquellas lecciones que mejor harán comprender lo que se ha hecho en filosofía. Con tal carácter he elegido los que versaron sobre *Historia de la filosofía, lógica, psicología, metafísica y ética*. Mi estadística es extensiva á todas las universidades en que se habla la lengua alemana (alemanas, austriacas, suizas y la rusa de Dorpart); pero sólo me referiré á la facultad de filosofía: así por ejemplo, no haré referencia á la ética teológica por creer que es asunto reservado á los teólogos. Fuera de esto, sólo mencionaré aquellas lecciones que tratan de todo un ramo ó de gran parte de uno, como por ejemplo, las que versan sobre historia de la antigua, la moderna ó la novísima filosofía. El número total de las lecciones es el siguiente:

	HISTORIA DE LA FILOSOFÍA.	LÓGICA	PSICO- LOGÍA.	METAFÍSICA	ÉTICA.
Invierno 1874-75.....	34	21	17	7	6
Verano 1875.....	39	22	23	5	3
Invierno 1875-76.....	37	27	18	8	9
Verano 1876.....	35	17	23	6	3
Invierno 1876-77.....	39	24	22	8	9
Verano 1877.....	32	20	17	5	2
	<hr/> 216	<hr/> 131	<hr/> 120	<hr/> 39	<hr/> 32

Como se ve, domina en todas partes la historia de la filosofía. El número de sus cursos casi iguala á los de psicología y lógica reunidos, que á su vez están igualados ó poco menos, con ligera preponderancia de la lógica. El predominio de la historia es tanto más significativo, cuanto que allí donde hay otras clases (*Seminare y Uebungen*), éstas son en realidad su-

plementos de los cursos históricos; pues casi invariablemente están ocupados en la interpretación de los filósofos. No debe olvidarse tampoco que el tiempo que se dedica á la historia de la filosofía, así general como antigua ó moderna, es mucho mayor que el dedicado á la psicología y la lógica por los profesores.

Muy escaso es el número de cursos sobre metafísica y ética, siendo de tener en cuenta que aún lo son aquellos que tratan de ésta. Con arreglo á nuestro cuadro, están, en verdad; casi en igual grado, pero esto es debido á la preeminencia que alcanza la filosofía práctica en las universidades austriacas; así, por ejemplo, de los nueve cursos sobre ética que fueron explicados en los inviernos de 1875-76 y 1876-77, seis corresponden á las cuatro universidades austriacas, al paso que los tres restantes corresponden á las veinticuatro universidades del imperio alemán y de Suiza. Podría sacarse de esto la conclusión de que Austria tiene por la ética un interés mucho más vivo que el resto de Alemania; pero el hecho se explica de un modo más sencillo. En Austria, todo aquel que aspira á sufrir el exámen oficial de derecho, tiene que asistir á un curso de ética. Pero si bien en Alemania la metafísica, propiamente dicha, prevalece sobre la ética, no debe echarse en olvido que de los seis ú ocho cursos que se explican sobre el asunto cada semestre, la mitad al ménos versan sobre lógica al mismo tiempo. Los restantes son explicados por ancianos, últimos representantes de los un tiempo preponderantes sistemas metafísicos, ó consisten en lecciones que mejor podían llamarse acaso *contra-metafísica*.

¿Qué nos dicen estos datos? Primeramente, que una completa revolución se ha llevado á cabo en nuestra enseñanza filosófica. Antiguamente prevalecía la metafísica, y si los profesores no tenían sistemas por ellos concebidos, se afiliaban á una escuela, en la cual introducían á sus discípulos. Predomina ahora la historia de la filosofía, ó lo que es igual, la metafísica es tratada histórica y críticamente en la sucesión de los sistemas filosóficos, como ciencia que, por decirlo así, ha dejado de existir. Al mismo tiempo se concede un interés moderado á esos cuerpos de doctrina, que hasta cierto punto al

ménos, están por cima de las luchas de los sistemas, merced á estar en posesion de un pequeño número de principios y hechos generalmente reconocidos y á tener tambien importancia práctica, á saber : la lógica y la psicología. Hecho significativo es que de estas dos ciencias, sea la lógica aquella que más afanosamente se cultiva, tratándose de ella las más veces, como lo dan á entender donde quiera nuestros manuales, segun el antiguo método formalista, con arreglo al cual puede enseñarse con entera independendencia de todo punto de vista metafísico, no pudiendo hacerse otro tanto, al ménos en tan alto grado, con la psicología. Que una y otra sean mucho ménos cultivadas en las universidades que la historia de la filosofía, débese en parte á la circunstancia de que se dedican algunas horas á la lógica y la psicología en los *Gimnasios*. No quiere esto decir de ningun modo que los estudiantes entren en las universidades siendo perfectos lógicos y psicólogos, pues, por el contrario, sus conocimientos en estos ramos son escasísimos. A la verdad, el modo seco y fastidioso que tienen de tratar estos asuntos los filólogos, á quienes tienen que ser confiados por regla general, bastan á quitar á los jóvenes toda inclinacion por aquéllos y aun por la filosofía. Nuestros más inteligentes maestros están hoy dia en la persuasion de que la filosofía debe ser obra de las universidades; mas ¿á quién puede ocultarse que la *vis inertiae* es en los maestros más poderosa que en nadie? Nunca olvidaré un exámen de psicología á que tuve que asistir en una escuela algunos años há. El maestro, que era, por otra parte, un excelente sugeto, había confeccionado su propia psicología y la había enseñado á los escolares, haciéndoles aprender de memoria lo que les dictaba. La respuesta estaba siempre á pnto u : sólo por casualidad se equivocaban. La naturaleza, el alma, la vida, la inteligencia, el cuerpo, con otras muchas cosas más, fueron explicadas con la mayor prolijidad. Díjome entónces otro maestro: «¿No es verdad que están bien nuestros discípulos en psicología?» Respondíle á mi vez: «Fuera de todas esas cuestiones no habría yo podido contestar una sola.» Generalmente hablando, el conocimiento que los estudiantes tienen entre nosotros de la filosofía cuando pasan á la Universidad, consiste en algunas definiciones escolásticas y reglas de lógica

aprendidas de memoria. Compréndese perfectamente que los jóvenes para quienes la filosofía no es otra cosa, sienten por ella escasísimo entusiasmo. El estudiante alemán no asiste á la Universidad al modo que sus colegas de Inglaterra, sólo con objeto de adquirir una cultura científica general, sino primera y principalmente busca un *Brodstudium*. Elige una profesion que debe procurarle, andando el tiempo, un modo de vivir, como las de médico, abogado, clérigo, maestro en una de las escuelas superiores ó en las análogas, y para las cuales necesita acreditar su aptitud en un exámen al término de su carrera universitaria. ¡Mas cuán enormemente se han aumentado las materias en la mayor parte de estas profesiones, merced al progreso de las ciencias especiales! Necesítase, por tanto, cierta obligacion ó un interes muy vivo para que nuestros médicos, abogados y humanistas acudan á los cursos de filosofía. Pero la obligacion ha cesado casi por completo en los últimos tiempos, no sólo por la considerable suma de materias profesionales, sino en parte tambien en justa deferencia al principio de libertad en los estudios. Hasta para el exámen que precede al grado de doctor en filosofía, la mayor parte de las universidades alemanas no requieren en modo alguno conocimientos filosóficos, de manera que el título mismo cuyo nombre derivase del asunto que nos ocupa, concédese á menudo á quienes prácticamente no saben filosofía.

Dicen mucho estos hechos sobre el estado actual de la filosofía entre nosotros ; pero aún así no es lícito deducir que dicho estudio está en decadencia. No debe prescindirse, en primer lugar, del hecho de que en los últimos años el interes que se siente por la filosofía ha crecido hasta en las universidades, síntoma tanto más importante, cuanto que, por los reglamentos hoy vigentes, la asistencia á los cursos de filosofía depende hoy más que nunca de la opcion libre de los estudiantes. En segundo lugar, y este es el punto principal, de ningun otro estudio puede decirse con tanta razon como del de la filosofía, que su estado no ha de confundirse con el de la enseñanza de que es objeto, pues se cultiva en nuestro tiempo en círculos mucho más vastos que ántes. En esto, como en otros respectos, hemos llegado á ser una nacion mucho más práctica. Ya no

creemos indispensable que el médico ó el abogado sean muy conocedores de las especulaciones metafísicas ni aún de la filosofía de la naturaleza ó la del derecho. Esto lo dejamos mucho más que ántes al interes voluntario del estudiante, y sin duda ninguna, á causa de esta completa falta de coaccion, mucho se ha adelantado, no sólo en la calidad de los oyentes, sino tambien en el carácter de los cursos de filosofía. Ni deja de suceder frecuentemente en hombres que hasta entrar de lleno en la vida práctica se consagran únicamente á prepararse para ella, dedicarse luégo con mayor interes á trabajos de filosofía, y que personas ajenas por completo á toda educacion académica de carácter profesional, toman parte tambien en dichos trabajos. Esto, más que nada, debe ser objeto de nuestras alabanzas, porque ha dado lugar á una más libre expresion de opiniones que cuando las controversias filosóficas estaban encerradas en los límites de nuestras corporaciones académicas. El filósofo á quien no se le ocultaba que era vigilado en todo lo respectivo á sus opiniones políticas y religiosas por autoridades de quienes su carrera y posicion dependían, era muchas veces llevado, aún siendo fuera de esto persona honradísima, á acomodar sus puntos de vista á las circunstancias exteriores, de las cuales se reconocía dependiente. El que privadamente investiga, por el contrario, es perfectamente libre en este sentido, pues de largo tiempo atras se disfruta en Alemania de grandísima libertad de expresion en materias científicas.

La independendencia gradualmente adquirida por la filosofía y la emancipacion que disfrutaban muchos de sus representantes respecto de las corporaciones doctas, han tenido por fuerza que obrar favorable, aunque lentamente, en estas últimas. Cuenta ahora la filosofía numerosos representantes en las universidades que no se sienten cohibidos de modo ninguno para expresar sus doctrinas científicas por la posicion que ocupan, y esto se debe en parte indudablemente á la fuerza y libertad mayores que caracterizan hoy á la opinion pública. Contra las ventajas principales de haber más ámplias esferas en participacion de las filosóficas labores, debe tenerse en cuenta, por esta parte, un *dilettantismo* que aparece en filosofía mucho más que en ningun otro ramo de la literatura científica, y que amenaza en

ocasiones con destruir su influencia á los ojos de los que representan ciencias más exactas, tanto á la verdad, como las aberraciones metafísicas de un Schelling ó un Hegel. Como el *dilettantismo* siempre se complace en acometer los más elevados y difíciles problemas, nuestra literatura filosófica popular trata especialmente de metafísica, y bajo este punto de vista aparece en sorprendente oposicion y contraste con nuestra filosofía académica. Profésanse principalmente en las universidades aquellas enseñanzas cuyas tendencias, históricas ó críticas, enderézanse á una avenencia con las ciencias experimentales, pudiendo decirse que nuestra educacion académica parece haber pasado, con arreglo á los tres estados de que hablaba Augusto Comte, del metafísico al positivo. Muy distinto es el aspecto de nuestra filosofía popular, de la cual puede considerarse cabeza y tipo á Schopenhauer, por su grande menosprecio de la filosofía universitaria; pues aquélla es todavía profundamente metafísica. Si pudiera ofrecerse la estadística de nuestra literatura filosófica, á la cual contribuyen tan ampliamente escritores extraños á las universidades, el resultado sería probablemente, omitiendo obras de carácter histórico que son más bien filológicas que filosóficas, exactamente contrario al de la que se hiciera de nuestros cursos universitarios. Veríase que en aquélla el asunto predilecto es la metafísica en union con la ética, y la proporcion en que están las obras dedicadas á la lógica, la teoría del conocimiento y la psicología, una vez deducidos los manuales que las más veces no tienen valor científico independiente, resultaría pequeña.

Al pasar ahora á describir de un modo rápido las principales corrientes del pensamiento filosófico en Alemania, será acaso preferible guardar la separacion de la filosofía no académica y la académica, en cada una de las cuales adviértense distintas corrientes. Bueno es hacer constar, sin embargo, que esta division no ha de reputarse muy estricta. La accion que una y otra ejercen recíprocamente es tal, que los movimientos de carácter universitario obran á veces en círculos más vastos, y que, de otra parte, las corrientes no universitarias afluyen en ocasiones á las universidades, aunque generalmente afectan tan sólo á los representantes no profesionales de la filosofía.

I.

La filosofía no académica, en que primeramente nos ocuparemos, comenzó, mediado el siglo, con una serie de libros materialistas de carácter popular. El materialismo entre nosotros, como en el siglo pasado en Francia, era en parte una señal de la decadencia de los sistemas metafísicos, y dependía en parte de los movimientos sociales y políticos de la época. Un importante pensador, procedente de la escuela de Hegel, y conforme aún hasta cierto punto con el espíritu de éste en su dialéctica, influyó grandemente para emancipar á las gentes cultas de los sistemas á la sazón preponderantes; este pensador fué Ludwig Feuerbach. No se le puede incluir en el número de los materialistas propiamente dichos, y, sin embargo, ningún filósofo estimuló tan fuertemente el desarrollo del moderno materialismo alemán. El hombre es, según este pensador, la medida de las cosas, así en lo respectivo al conocimiento teórico, como al esfuerzo moral. Llega de esta suerte teóricamente á un sensualismo que considera la perceptibilidad como el criterio de verdad, y éticamente á un humanismo que obra con energía contra las aberraciones egoístas de la naturaleza humana. Sus ideas sobre el desarrollo del conocimiento, sobre religion y sobre moral, coinciden á las veces asombrosamente con las de Augusto Comte, aunque sin duda no conocía las obras de éste; pero Feuerbach no llegó nunca á formular sus ideas en un sistema acabado, por lo cual la generación presente apenas sabe de él otra cosa que su nombre. Oportuno fué, por tanto, el propósito de Carl Grun, cuando, algunos años después de la muerte del filósofo, resolvió dar á conocer lo que éste había traído á la filosofía alemana (1). Feuerbach ejerció grandísima influencia en Jakob Moleschott, acaso el más profundo, y sin duda el más interesante de nuestros escritores materialistas. Aunque su *Kreis-*

(1) *Ludwig Feuerbach, in seinem Briefwechsel und Nacheass, so wie in seiner philosophischen Characterentwicklung*, dargestellt von Carl Grun. Leipzig und Heidelberg, 1874, 2. Bande.

lauf der Lebens sólo obtuvo cuatro ediciones, mientras que el *Kraft und Stoff* de Büchner ha alcanzado ya á la 13.^a ó á la 14.^a, fácil es advertir que, principalmente de Moleschott, recibieron impulso Vogt, Büchner y Czolbe, jefes del materialismo científico desde 1850 hasta 1860.

En la *Geschichte der Materialismus* de Albert Lange, cuya tercera edición acaba de publicarse después de la sentida muerte del autor, tenemos reseña y crítica tales del materialismo alemán, que podemos contentarnos con la ligera mención que de él hemos hecho, tanto más, cuanto que el desarrollo de esta tendencia, que en parte procedió de la declinación de los sistemas especulativos, y en parte también del rápido progreso de las ciencias naturales, especialmente de la fisiología, pertenece ya al pasado más bien que al presente.

El último de los escritores que acabamos de nombrar, Heinrich Czolbe, fué quien más originalidad demostró. Su más reciente obra, que se ha publicado poco há, después de su muerte (1), muestra de un modo sumamente instructivo cómo el naturalismo extremo va á parar casi irresistiblemente en un punto de vista muy semejante al idealismo de Berkeley. Así, según Czolbe, la esencia real del Universo consiste en sensaciones que deben tener en y por sí mismas un carácter extensivo (*spatial*) y se extienden de esta suerte en tres dimensiones, ó más bien en cuatro, puesto que el tiempo debe considerarse como la cuarta dimensión de todo lo que es real. Czolbe conservó hasta lo último una opinión, á la cual, mediado el siglo presente, inclinábase de ordinario nuestro materialismo científico, no sólo la de la eternidad del Universo, sino también la de su inmutabilidad esencial, y trató de evadir de modo tan sencillo las dificultades que presenta la cuestión del origen de las especies orgánicas. Obvio es lo opuestas que son estas teorías á toda experiencia científica, aunque, á no dudarlo, deben considerarse como un desenvolvimiento lógico del sensualismo.

(1) *Grundzüge einer extensionalen Erkenntnistheorie*, herausgegeben von Dr. Johnson. Planen. 1875. El Dr. Hans Vaihinger publica un excelente resumen de las ideas de Czolbey, el desarrollo de las mismas en los *Philosophische Monatshefte*, Bd. XII, s. I.

Ocasión es ésta de hacer notar que entre los filósofos académicos, Ueberweg, escritor altamente apreciado por sus excelentes manuales filosóficos, se inclinaba á opiniones análogas, al ménos en lo respectivo á la existencia real y extensiva (*spatial*) de las sensaciones, por donde fué á parar en sus últimos años á una concepcion materialista del Universo (1). El antiguo materialismo científico, segun resulta clarísimamente de lo que dice Czolbe, no tenía idea de la evolucion, la cual forma hoy dia parte integrante de toda teoría naturalista del Universo. Mientras los otros escritores pertenecientes á la escuela adquirían, andando el tiempo, esta nocion (2). Czolbe permaneció fiel á la tradicion filosófica de que era adepto, y hasta lo último mantúvose en frente de aquella teoría. De otra parte, el darwinismo en estos últimos años ha ejercido en no pocos pensadores influencia tal, que les ha llevado á concepciones materialistas desde los sistemas especulativos que profesaban.

Así le sucedió á Ueberweg, en quien la teoría de Darwin influyó para que dejara la teleología aristotélica. Pero el caso más notable en este punto, fué el de David Friedrich Strauss, el célebre crítico teológico, que tuvo por punto de partida la filosofía de Hegel y acabó con una profesion de fe que sin reservas reconocía y aceptaba los resultados de la ciencia natural, como dándonos ella sola la medida de nuestros conocimientos teoréticos (3).

La edicion de las obras completas de Strauss que ahora se da á la estampa bajo la direccion de Ed. Zeller, nos pondrá por vez primera en situacion de observar el interesante desarrollo que condujo por grados á este crítico eminente hasta su último punto de vista (4). Por lo demas, es muy dudoso que la última profesion de fe de Strauss que es tan radical en lo teórico como conservadora es su tendencia en las cuestiones

(1) Véase el análisis concerniente á Ueberweg en la segunda edicion de la *Historia del materialismo* de Lange (1875). Bd. II, s. 515.

(2) Véase lo que dice Carl Vogt sobre sus cambios de opinion *Vorlesungen über den Menschen*, Giessen (1863). Bd. II, s. 256.

(3) *Der alte und der neue Glaube*. Leipzig 1872. V. tambien el prólogo de la segunda edicion. Bonn 1873.

(4) Dav. Fr. Strauss. *Gesammelte Werke*. Bd. I, II, Bonn 1877.

políticas y sociales, se determine con propiedad por medio de la palabra materialismo, no muy bien usada á menudo. Uno de los más capaces y atrevidos representantes del darwinismo en Alemania, Ernst Haeckel ha rechazado ese nombre, y no sin razon á la verdad, porque supone una tendencia inmoral, de la cual los actuales representantes del materialismo se sienten completamente ajenos.

Pero aún bajo el punto de vista teórico, ese nombre está mal empleado. Lange ha demostrado claramente en su *Historia del materialismo*, cuán poco coinciden las ideas de Büchner y otros con la noción estricta del materialismo. Pero si en los antiguos representantes de la doctrina materialista hay confusión de ideas, y el escepticismo, el sensualismo y el empirismo, con más, ciertos rasgos de puro idealismo, aparecen mezclados con nociones genuinamente materialistas, las ideas de nuestros evolucionistas actuales no corresponden ya en modo ninguno al materialismo. En ellos, una teoría estrictamente mecánica y atomista del universo, se une á la idea de que los átomos poseen estados internos, y de que estos estados internos constituyen en sus combinaciones los que llamamos fenómenos físicos. Una teoría tal, no es evidentemente materialista, y debe designarse con el nombre de *monismo*, como lo hace Haeckel, para distinguirla del dualismo reinante. Mas debe tenerse en cuenta que en este monismo, representado por muchos hombres de ciencia, además de Haeckel, predomina el elemento material, en cuanto se reconoce la necesidad de dar una explicación mecánica de los fenómenos de la materia con proposiciones atomistas; mientras que para los fenómenos psíquicos recurrese al dicho general (*general phrase*) de que proceden de los estados internos de los átomos.

Tan luego como se presta mayor atención al lado psicológico de este paralelismo de experiencia interna y externa, tórnanse imperceptiblemente muy distinto el punto de vista en que nos ocupamos. Un notable ejemplo de esto ofrecíalo poco há Fr. Zoellner, escritor que también empezó con estudios científicos, volviendo luego su atención á los problemas del conocimiento. También él trata de añadir nueva propiedad á los átomos poniendo á los más simples y elementales *procesos*

de la naturaleza en conexión determinada con un *proceso* de la sensación» (1).

Vemos aquí lo psíquico como primario, como implicando la razón última de los procesos materiales. Y realmente Zoellner sostiene que lo que en nuestra experiencia interna llamamos voluntad procede de esta sensación en la materia. Pero también, según él, la voluntad es una función universal de la materia, siendo ella donde quiera causa de la acción. Únese aquí con Schopenhauer, para cuyos servicios respecto á la psicología de los sentidos, ha querido también obtener aceptación en sus ataques á Helmholtz. Esta unión del monismo científico con la doctrina filosófica de Schopenhauer no es peculiar de Zoellner, sino es más bien una señal de los tiempos, pues otros escritores han sido llevados independientemente á puntos de vista semejantes.

Dejando á una parte ideas parecidas expuestas por Rokitansky (2), Ewald Hering (3) y otros, mencionaremos especialmente en este lugar la última obra de Haeckel, en que se sirve de la hipótesis de una memoria inherente á las moléculas orgánicas (*a memory inherent in the organic molecules*) para explicar los fenómenos del desarrollo (4). Hemos, pues, en la segunda corriente principal de nuestra actual filosofía no académica que puede calificarse de idealista, en comparación con la corriente más materialista que acabamos de señalar. Pero como caracteriza especialmente á este segundo movimiento el estar dominado por la influencia de Schopenhauer, nuestro último gran metafísico, acaso no sea bien calificarla de idealista, puesto que el mismo Schopenhauer acércase mucho al materialismo en no pocas de sus concepciones, no obstante el fundamento idealista de su filosofía.

Schopenhauer es el *leader* nato de la filosofía *no académica* en Alemania.

(1) *Über die Natur der Kometen. Beiträge zur Geschichte und Theorie der Erkenntniss* (Leipzig, 1872) s. 322.

(2) Rokitansky, *Der Selbstständige Werth des Wissens*. Vienna, 1869.

(3) E. Hering, *Das Gedachtniss eine Function der organisirten Materie*. Vienna, 1870.

(4) Haeckel, *Die Perigenesis der Plastidule*. Berlin, 1876.

«La filosofía de profesores (*profesorial*) de los profesores de filosofía,» es el objeto constante de sus ataques. Declara que es indigno vivir *de* la filosofía y no *para* la filosofía. Deplora amargamente que Kant, á quien despues de Platon y de Gœthe veneraba más, haya sido catedrático, y atribuye á su posicion académica todos los defectos que le encuentra. Trata con estudiado rigor á los pensadores que siguieron á Kant. Dice de Fichte duras frases de Hegel, que fué un charlatan y tambien que el entendimiento de Herbart estaba completamente perturbado. En sus juicios suelta la rienda al capricho. Aunque claro y penetrante en el pensar, en el momento crítico la lógica cede el paso á brillantes rasgos y originalidades. Sus dones nativos y su educacion tienen singular variedad. Su sentido artístico, en particular, es en extremo delicado y sus doctrinas de estética figuran, á la verdad, entre lo mejor que dió á luz. De un hombre así, imposible es esperar un sistema verdadero; pero donde flaquea como filósofo, triunfa como escritor, siempre dueño de sus lectores, cuanto más saca á relucir su personalidad. Schopenhauer es quizás el más brillante, y sin duda el más claro y entretenido de nuestros escritores filosóficos, y ha hecho fácil para el lector apoderarse de su sistema. Ninguno de nuestros más ilustres escritores ejerció tan prudente dominio sobre sí mismo como él. Aunque dedicó todo su tiempo á la reflexion filosófica, libre de profesionales cuidados y gozando de la salud más vigorosa hasta la edad de setenta y dos años, todas sus obras juntas, en la segunda edicion completa que acaba de publicarse, no pasan de seis tomos de regular tamaño (1). Erróneo sería, sin embargo, en alto grado, atribuir á sus méritos como escritor la reputacion que ha adquirido despues de largos años de indiferencia. La razon más profunda y verdadera de su influjo debe buscarse más bien en la naturaleza peculiar de su filosofía, que expresó las ideas y sentimientos de la época. Sus puntos de vista éticos, más bien que los teoréticos, le han valido las simpatías de un gran número de personas ilustradas.

(1) Arthur Schopenhauer, *Sammtliche Werke*, herausgegeben von Julius Fraunstäedt, 1te. Auf. Leipzig, 1873. 2te. Auflage, 1876.

Y es, que á no dudarlo, el principal atractivo de la filosofía de Schopenhauer, no ha sido ninguna de sus doctrinas características, la de la voluntad como principio cósmico, ni mucho ménos la del principio de razon suficiente como terreno de nuestro conocimiento, sino pura y simplemente su pesimismo que no guarda relacion necesaria con ninguna de sus otras concepciones. Harto dice lo bien que coincidió en esto con la corriente de su tiempo la afinidad de opiniones existentes entre él y ciertos sistemas contemporáneos por demas ajenos á su filosofía, como las últimas doctrinas de Schelling formuladas en sus lecciones póstumas, y la teosofía de Franz Baader. Asaz notable es tambien la grande simpatía que existe entre Schopenhauer y el ascetismo de la Edad Media. La filosofía del romanticismo, representada por Schelling y Baader bajo la forma de entusiasmo religioso, aparece en Schopenhauer con diverso carácter. Su metafísica no es en manera alguna mística; pero es una de las muchas contradicciones de su pensamiento que el misticismo y la clara comprension se mezclen en él de extraño modo, y que se esfuerce en combinar semejante metafísica con una teoría del conocimiento relativamente lúcida. Esta combinacion explica tambien el éxito de la filosofía del pensador en quien nos ocupamos. El misticismo puro y sin mezcla no es conforme al gusto de la edad presente, y hay que reconciliarlo hasta donde ser pueda, y en apariencia al ménos con el conocimiento científico; y Schopenhauer, á despecho de muchos descuidos en que incurrió, particularmente al contradecir la teoría newtoniana de los colores, no era extraño, generalmente hablando, á las ciencias naturales, especialmente á la fisiología, y tuvo muy buen cuidado de evitar construcciones arbitrarias como las de Schelling ó Hegel en este terreno.

W. WUNDT.

(Se continuará.)

(Mind.)





LA CARIDAD EN LA GUERRA.

AL SR. D. FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Al estruendo del combate
que hace estremecer la tierra,
con vigor el pecho late
del soldado, á quien no abate
el peligro de la guerra.

Y por eso denodado
y centelleando los ojos
hiere al enemigo osado,
contemplando enajenado
los campos de sangre rojos.

En su marcial ardimiento ;
batallar sólo es la gloria
que enciende su pensamiento,
siendo febril su contento
al soñar con la victoria.

Mas alguna vez fulgura
brillo opaco en su mirada,
Emblema de la amargura
Que su espíritu tortura
Léjos de su tierra amada.

Con el corazon deshecho,
Recuerda el pesar prolijo
Que hirió de su madre el pecho,
Cuando del paterno techo
Alejarse vió á su hijo.

Recuerda las dulces horas
De ilusiones bienhechoras
Que, en apacible reposo,
Entre dichas seductoras
Vivió en su hogar venturoso.

Recuerda el acerbo llanto
Que, con horrible quebranto,
Al ver que su amor perdía,
Derramó en aciago dia
La mujer que fué su encanto.

Y al considerar el duelo
Que apurarán, afligidas,
Presas de angustioso anhelo
Aquellas prendas queridas,
Astros de paz y consuelo.

De su pupila doliente
Brotó lágrima traidora
Que al alma baja candente,
Y es testimonio elocuente
Del pesar que le devora!

Mas ve que acrece el fragor
De la lid embravecida,
Y, acallando su dolor,
Lleno de empuje y vigor
Se lanza á perder la vida.

¡Que cuando el sol refulgente
Del ibero honor se empaña,
Porque espléndido se ostente,
Lucha brioso y potente
Todo buen hijo de España!

Mas ¡ay! que por negra suerte
Le hiere bala homicida,
Y aún con espíritu fuerte
Lucha, esclavo de la muerte,
Menospreciando la vida!

Y ántes que el postrer aliento
Exhale, entre angustia tanta,
Víctima de su ardimiento,
La Caridad noble y santa
Viene á calmar su tormento.

Ella con dulce ternura
Le da alivio en su amargura,
En el bien los ojos fijos,
Y mitiga su tortura
Con sus cuidados prolijos.

¡Bien haya la Caridad
Que, peligros despreciando,
Viene á templar la ansiedad
Del que está el umbral pisando
De la oscura eternidad!

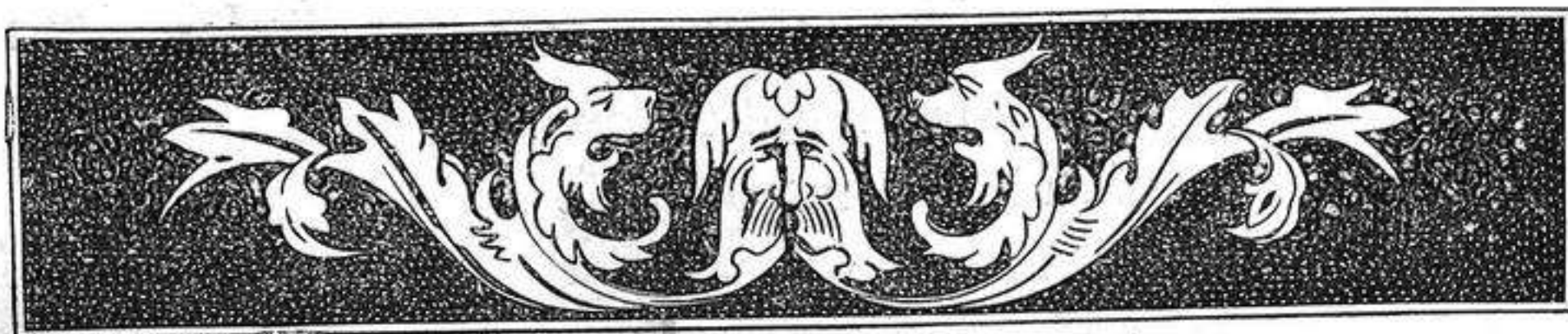
¡Oh Caridad bienhechora!
Tú infundes grato consuelo
Al que desvalido llora,
Ansiando en su última hora
Clemencia hallar en el cielo!

—
Y si en lucha fratricida,
Por negro y fatal destino,
Arde la patria afligida,
Tú, por impulso divino,
Endulzas su triste vida.

—
¡Porque eres, virtud sublime,
Bálsamo del corazón
A quien alienta y redime,
Al par que en el alma imprime
Cristiana resignación!

JESÚS CENCILLO.





UN SISTEMA DE EDUCACION RACIONAL.

Education : intellectual, moral and physical, by HERBERT SPENCER.



EL concepto de los períodos críticos que, á juicio de algunos pensadores resumen ciertas épocas de la vida de la humanidad, es opuesto á las leyes que rigen la Historia y señaladamente incompatible con el de ese progreso lento y constante, que determina la marcha de los pueblos. Se dice con frecuencia : «Estamos en un momento crítico ; la crisis alcanza á todas las esferas de la vida. Una vez resuelta comenzará para el mundo la edad nueva, armonizándose todos los términos que en la anterior fueron contradictorios.» ¿De qué puede nacer este caprichoso juicio? Seguramente de causas análogas á las que han servido de base para fundar las doctrinas geocéntricas y antropocéntricas. Hay en el hombre cierta inclinacion desarrollada y favorecida por las preocupaciones y falsas ideas religiosas, que le lleva á considerar la tierra, su morada, como el centro del universo, y la especie á que pertenece como el centro, la última palabra y aún el resumen armónico y simbólico de toda la creacion. Despues de esto ¿por qué no ha de pensar cada hombre que la época en que ha venido á la tierra es el centro de la Historia, que el período en que vive es el período crítico y que las soluciones que han de recibir en su tiempo los pro-

blemas pendientes serán soluciones definitivas é irrevocables? La ciencia ha demostrado la falsedad de las hipótesis geocéntrica y antropocéntrica, y no se necesita profundizar mucho el espíritu de la Historia y sus leyes generales para obtener conclusiones encaminadas á probar, de una manera completa, que es ilusorio é infundado todo ese artificioso mecanismo que levantan algunos pensadores sobre el carácter del actual momento histórico.

La humanidad marcha en el presente como en el pasado. Sus aspiraciones á un porvenir más dichoso, á un bienestar más seguro, la impelen sin descanso. Surgen de ahí los más importantes esfuerzos que realiza, reformando ó destruyendo las instituciones del antiguo régimen social, creando las del que más se acomoda á sus actuales necesidades y empeños, fundando la ciudad moderna sobre los cimientos de la ciudad histórica y eslabonando sus progresos á sus tradiciones, sus esperanzas á sus recuerdos, su vida de hoy á su existencia de ayer. La lucha que ahora presenciamos en todas las esferas de la actividad humana, no es ni un fenómeno pasajero, ni un episodio peculiar de esta edad, ni un carácter de transición : es un hecho constante. Para progresar es necesario combatir. ¿Qué es la crítica sino un combate? La humanidad lucha para conquistar los progresos á que aspira ; ha luchado siempre ; luchará aún. No debe sorprendernos ni maravillarnos el espectáculo que nos rodea, la reñida batalla que presenciamos y entre cuyas huestes tenemos un lugar. Hay cuestiones, hay problemas pendientes sobre todos los fines de la vida. En el campo de cada uno de ellos pelean el antiguo espíritu y las instituciones antiguas con el deseo de reforma y las creaciones que este deseo vigoriza. En la esfera política, en la esfera religiosa, en la científica, en todas se ofrece á nuestros ojos un cuadro parecido. ¿Es que nos hallamos en crisis? Nó. Es que combatimos para progresar ; es que progresamos combatiendo.

Entre esos fines que el hombre realiza sobre la tierra, uno de los más importantes es la educacion. La esfera propia de la educacion tambien es palenque en que contienden ideas distintas, sistemas contradictorios, soluciones opuestas. Las mismas causas que determinan la lucha respecto de otros fines de la

vida la engendran aquí. Hay lucha entre los sistemas de educación por el carácter que han de revestir en su desarrollo, carácter que tanto puede aproximarse al del antiguo régimen social como ser análogo del régimen que ahora nace; hay lucha entre los sistemas de educación por la influencia que en ellos pueda tener el elemento religioso; lucha por el principio científico en que haya de fundarse el sistema preferido; lucha que asimila é identifica los contendientes á esos ejércitos de pensadores que disputan para sus respectivos métodos el dominio de la ciencia.

La lucha en la esfera de la educación es como nunca viva y empeñada. No sólo en Europa, sino en el mundo entero, constituye hoy objeto de cuidado preferentísimo la instrucción del pueblo (1). Por todas partes se buscan los medios de difundir los conocimientos, de hacer la instrucción accesible á todos y obligatoria para todos; se intenta perfeccionar los métodos, se organiza la enseñanza normal; se multiplican los edificios destinados á estos fines y no se retrocede en ese camino de reforma, ni ante los penosísimos sacrificios que impone; sería necesario no tener vista para dejar de comprender que el porvenir de las naciones depende del grado de instrucción que alcancen (2). La ciencia es trabajo, poder, riqueza, bienestar, moralidad, placeres, goces y conquistas de todo orden y de todo género, que embellecen la vida humana, suavizan sus dolores y nos hacen amar esta existencia demasiado fugaz, que una preocupación absurda colocó en el número de las cosas abominables. Un pueblo que no sea ilustrado, un pueblo que contemple el nivel de su cultura en los grados inferiores de la escala intelectual de las naciones, ó producirá poco ó lo gastará mal y verá alejarse cada día con mayor rapidez de su horizonte la promesa de un bienestar anhelado ó perdido. Hay además consideraciones políticas que atribuyen á la lucha entre los sistemas de enseñanza, y al deseo de propagar y extender la instrucción, un interés de actualidad innegable. El escritor á quien ántes nos hemos referido, expresa en muy pocas

(1) Emile de Laveleye, *L'instruction du peuple*.

(2) Idem.

palabras ése aspecto de este importantísimo asunto. «La democracia, dice, gana terreno. El principio de la igualdad política triunfa en las monarquías como en las repúblicas, tanto en Rusia como en Suiza. El número de los que participan por la elección en el gobierno del país aumenta incesantemente tras la serie de revoluciones y reformas que se han realizado. Existe el sufragio universal en muchas naciones. Ninguna fuerza podría detener este movimiento democrático que nace de causas profundas y generales. No siendo posible detenerlo, es conveniente encaminarlo hácia el bien para que lo realice, y en tal sentido, nada tan propio ni tan oportuno como proceder de suerte que cada extensión del sufragio sea consecuencia de un progreso de la razón pública, de suerte que los hombres no lleguen á dirigir los negocios sociales hasta que sean capaces de dirigir bien los suyos. El sufragio universal, precedido ó seguido de cerca por la difusión de la enseñanza, es el ejercicio de un derecho y una fuente real de fuerza y grandeza; si le acompaña la ignorancia persistente del pueblo, es y será origen de males incalculables.—Puede amenazar un gran peligro á la civilización moderna. El progreso regular y ordenado se realizará y cumplirá si al mismo tiempo que se generaliza en el pueblo la necesidad del bienestar, se difunden por todas las clases la moralidad y la cultura, inspirando á unos la justicia y á otros la paciencia que exigen las reformas pacíficas; pero si arriba existen sólo la instrucción, la riqueza y el egoísmo, y abajo la ignorancia, la miseria y la envidia, hay que esperar y temer aún sangrientas perturbaciones.» M. Laveleye exagera á veces sus conclusiones pesimistas. En este caso, sin embargo, cuanto dice debe aceptarse como fundado y exacto. El problema de la educación, el problema de la instrucción, es importantísimo y urgente. Necesita, demanda soluciones en armonía con las exigencias de los tiempos. De varios puntos acuden constantemente á ofrecérselas pensadores afiliados á todas las escuelas. Conviene analizar y examinar sus propósitos, discutirlos y aplicarlos ó desecharlos, según las condiciones que ostenten ó las ventajas que prometan.

En medio de tantas soluciones, descuella esa á que ha unido su ilustre nombre un sabio de nuestro tiempo, comparado por

la crítica con Leibnitz y con Hegel. Ese sabio es Herbert Spencer, á quien Stuart Mill llama maestro (1), y de quien dice Ribot (2) que debe figurar en el número de los espíritus originales é independientes; de los espíritus creadores que, por la pujanza, la profundidad y la unidad de su pensamiento, se nos aparecen desde el instante en que nos acercamos á ellos como hombres de distinta especie á quienes se reconoce por la manera soberana que les es propia, por que no pueden tocar cuestion alguna sin dejar impresa su huella. Además de estos, las soluciones que en general sostiene Mr. Spencer para todos ó la mayor parte de los problemas de la educacion satisfacen las tendencias de la cultura contemporánea, que no aspira á quimeras y ensueños, sino á realidades y á resultados prácticos. Es, pues, de indudable conveniencia que expongamos su sistema, fecundo en enseñanzas y en consejos para el porvenir de la humanidad, y vamos á hacerlo brevísimamente, resumiendo las conclusiones de su admirable libro *Education: intellectual, moral, and physical*.

§ I.

Forman este libro cuatro estudios. En el primero de ello, se aplica el principio de la utilidad á la educacion; su autor pregunta: ¿Cuál es *el saber* más útil? Y en la serie de consideraciones que esa interpelacion suscita, funda las bases, los principios generales de su sistema. Los estudios siguientes desenvuelven aquellas bases en orden á la educacion intelectual, á la educacion moral y á la educacion física. Se admira, entre otras cualidades, á Herbert Spencer, por la solidez y fuerza de su método. Stuart Mill y Huxley elogian esas condiciones. Herbert Spencer, como todos los verdaderos filosofos, presenta constantemente su concepcion del conjunto, á la cual refiere los variados pormenores en que se ocupa. La idea madre, la idea fundamental del eminente psicólogo inglés es la de evolucion ó de progreso. Por una de sus derivaciones

(1) *Aug. Comte, and positivisme.*

(2) *La psychologie anglaise contemporaine.*

más inmediatas empieza á hablarnos del problema que va á estudiar. Se ha observado, dice, que desde las primeras edades de la humanidad el gusto de los adornos precedió á la necesidad del vestido; el uso de éste nació del uso de aquéllos. Un salvaje no creerá indecoroso ni censurable presentarse en público completamente desnudo; pero jamás saldrá de su tienda sin llevar pintarrajeados la cara, el cuerpo ó los brazos; sin un collar de azabaches, cristales ó baratijas de cualquier género sobre el pecho, ó sin lucir en sus narices, sus orejas ó sus muñecas los adornos que, como cosa de alto precio, les dan á cambio de productos de verdadera estima los traficantes que visitan sus tribus.

El fenómeno que se observa en esos hechos tiene en la esfera intelectual marcadas analogías. El gusto de lo brillante ha precedido al gusto de lo útil, tanto respecto del espíritu como respecto del cuerpo. En las escuelas griegas se estudiaba música, poesía, retórica y una filosofía que no influyó mucho en las costumbres públicas ántes de la época de Sócrates: los conocimientos aplicables á las artes industriales, ó se desdeñaban ú ocupaban un lugar secundario. En nuestro tiempo, los estudios clásicos, inútiles para la mayoría de las carreras, inútiles para casi todos los actos de la vida, gozan de una preferencia injusta, absurda. No hace aún muchos años que la segunda enseñanza estaba entre nosotros casi exclusivamente formada de ellos. El plan de estudios de ese período académico, vigente en España durante el curso de 1867 á 1868, constaba de diez y siete asignaturas; figurando en él la de lengua latina (dos años), lengua griega (dos años), retórica, principios generales de literatura y perfeccion del latín. Todavía se estudia el idioma del Lacio como base de los conocimientos generales necesarios al hombre en la vida; pero ya no existen los dos inútiles y penosos cursos de griego, ni esa repetición ó ampliación de la retórica, á que se daba el nombre de principios generales de literatura. En cambio, se estudia un curso de fisiología é higiene: así lo dispuso el Gobierno provisional de 1868. El progreso fué notable; pero hay derecho á pedir más, sólo derecho; que estas reclamaciones se pierden y desoyen por lo general en nuestro país, lo mismo cuando se formulan desde las columnas de un periódico

ó desde las páginas de una Revista, que cuando se defienden desde lo alto de la tribuna. Los partidos prefieren ocupar sus fuerzas en empeños de otra índole, y les subordinan ó desatienden los patrióticos empeños surgidos en la contemplación de nuestros errores tradicionales.

No creemos que en mucho tiempo desaparezca de los programas de segunda enseñanza la asignatura de lengua latina. Y, sin embargo, como dice Spencer, «es un lugar comun afirmar que un ciudadano en su comercio, en su despacho, administrando sus propiedades ó dirigiendo á su familia, como banquero ó como empleado de un camino de hierro, no obtiene auxilio alguno de esa suma de conocimientos clásicos que adquirió en sus juveniles años á costa de tanto esfuerzo; conocimientos de los que se sirve tan poco, que apenas si conserva en la memoria una pequeña parte de ellos.» Cuando encontramos ocasion, añade nuestro autor, de recordar y decir alguna cita latina, ó de aludir á alguno de los mitos de la teogonía helénica, más lo hacemos con el propósito de revelar erudicion que con el de aclarar ó explicar el asunto de que se trata. El que estas líneas escribe recuerda haber oído á un profesor de lengua latina explicarse de la siguiente manera ante sus alumnos, sobre las ventajas del estudio del idioma en que hablaron Ciceron y Tácito: «Se combate, decía, el estudio del latin, afirmando que es inútil. Pues bien; yo os probaré lo contrario. Suponed que vamos por la calle y que encontramos un papel impreso; lo levantamos del suelo; está en latin. Conociendo el latin entenderemos lo que dice aquel papel. Está demostrado lo que se apetecía.»

Pero sigamos á Spencer. ¿Cuál puede ser el motivo de esta preocupacion? Consiste, á su juicio, en que se anteponen las consideraciones encaminadas á lisonjear y obedecer ciertos sentimientos sociales á las que aconseja el verdadero interes, el interes real del individuo; en el imperio que ejerce la sociedad sobre el hombre. Se pretende saber para brillar, y saber por *parecer*, no por *ser*. Este criterio es grosero é incompleto, indigno del grado de cultura que han alcanzado las modernas sociedades, contrario á la razon y perjudicial al verdadero progreso, que no puede pagarse de quimeras, ni de ensueños, ni de

ficciones; que trata de realizar fines prácticos, positivos y útiles. Este criterio se sostiene porque hasta ahora se ha estudiado muy poco el valor comparativo de las diferentes ciencias, porque no se ha apreciado bien la utilidad de cada estudio en relacion á los esfuerzos que cuesta. Todavía en algunas clases de retórica se hace aprender de memoria á los alumnos la famosa *Epistola ad Pisones*: la mayor parte la estudian sin entenderla; pero prescindiendo de ésto, y suponiendo que todos la comprendan, ¿qué utilidad reporta ese esfuerzo? Para la inmensa mayoría de los estudiantes, ninguna. Alguno habrá que se consagre á profundos estudios literarios, y á quien, para la creacion de obras de arte ó para su crítica, le interese poder repetirla de coro. Un caso entre mil no justifica la inclusion en el programa de retórica de ese fatigosísimo ejercicio.

A este género de consideraciones debe traerse el principio utilitario regulador de todo cambio y generador de todo contrato: *do ut des*. Cada educacion debe apreciarse por los esfuerzos que cuesta y la utilidad que reporta. Debe considerarse tambien la importancia que la cuestion de tiempo tiene para nosotros. Los hombres serios y prudentes suelen lamentarse en nuestro país, y no les falta razon para ello, de dos males que entrañan una gravedad y un peligro innegable para los asuntos de la república. Se quejan de que en las luchas de la política, en la práctica de la Administracion, en los Cuerpos Colegisladores, en la organizacion de los partidos preponderen y abunden los retóricos respecto de los hombres de sólida ciencia, ilustracion vasta y conocimientos profundos. Se quejan tambien de que el terrible mal de la empleomanía parezca agravarse constantemente por la necesidad de colocar en los puestos administrativos á esa multitud de literatos, poetas, críticos y filósofos que no tienen otro presente, ni más porvenir que sus ideologías, sus ilusiones y las esperanzas de triunfo de la parcialidad á que van afiliados. Estas quejas son fundadísimas, y entre las causas que producen los hechos que las suscitan están seguramente la preferencia concedida á los estudios clásicos y las educaciones inútiles conservadas y preferidas por no haberse apreciado la utilidad de cada enseñanza con relacion

á los esfuerzos que cuesta y á los beneficios que puede reportar.

Hay aquí, pues, un problema importante que resolver, que es el problema fundamental de la educación en nuestra época. ¿Qué estudio elegiremos entre todos los que se disputan nuestra atención y aspiran á merecer nuestra preferencia? El objeto de la educación es prepararnos á vivir la vida completa. El mejor sistema será el que más fácilmente realice ese objeto. Aquel problema puede también plantearse en estos términos: « ¿Cómo se debe vivir? » O ampliándole de la siguiente manera: « ¿Cuál es la verdadera línea de conducta que debemos seguir en todas las situaciones, en todas las circunstancias de la vida? ¿Cómo debemos cuidar y tratar nuestro cuerpo? ¿Cómo dirigir nuestra inteligencia? ¿Cómo manejar nuestros negocios? ¿De qué manera deberemos educar nuestra familia? ¿Cómo es necesario cumplir los deberes que nos impone la condición de ciudadanos? ¿Qué procedimiento es el mejor para que gocemos de todas las dichas con que brinda al hombre la naturaleza? ¿Cuál es, por último, la manera más adecuada de emplear las facultades que poseemos en nuestro mayor bienestar y en el de los que de nosotros dependan ó con nosotros viven? Todo esto necesitamos saber y todo nos lo ha de enseñar la educación. » No deben, pues, continuar siendo ni el capricho, ni la moda, ni las preocupaciones nuestros guías en esta grave cuestión, es indispensable que investiguemos esa fórmula, mediante la cual nos será dado apreciar el mérito respectivo de las ciencias. Aquellas que en este exámen obtengan el lugar primero deben ser cultivadas preferentemente. El exámen será penoso é incompleto. Sus resultados no tendrán más que un valor relativo; pero aún así ha de ofrecernos importantes conclusiones.

Hay que empezarlo clasificando, según su importancia, las principales esferas en que se ensaya y ejercita la actividad humana. También copiamos literalmente de Spencer esta clasificación que comprende cinco números:

- 1.º Esfuerzos que concurren directamente á la conservación del individuo.
- 2.º Esfuerzos que contribuyen indirectamente á ese mismo fin, satisfaciendo las necesidades de la existencia.

- 3.º Esfuerzos encaminados á educar y disciplinar la familia.
- 4.º Deberes de cuyo cumplimiento depende la conservacion del órden social y de las relaciones políticas.
- 5.º Actividad varia empleada en ocupar los ocios de la existencia, ó, lo que tanto vale, en satisfacer los gustos y los sentimientos.

El hombre ha de realizar esfuerzos tambien para el sustento y conservacion de su familia, no exclusivamente para satisfacer sus necesidades. En este sentido el segundo número, lugar en que seguramente debiera aludirse á estos esfuerzos, es incompleto y más acaso en la expresion que en el ánimo del autor. Por otra parte, la forma que éste emplea para expresar el género de actividad clasificada en el quinto número, es, á nuestro juicio, poco propia. Pudiera interpretarse en el sentido de que la satisfaccion de los gustos y de los sentimientos no es cosa necesaria al hombre, y esto sería inexacto. El hombre ha de realizar todos esos esfuerzos, ha de trabajar en todas esas direcciones, que desenvuelven aspectos esenciales de su naturaleza y desarrollan inclinaciones permanentes de su espíritu y satisfacen necesidades constantes de su sér. La cultura del gusto y del sentimiento es parte integrante é imprescindible de toda educacion racional. Spencer lo cree asimismo, áun cuando la palabra *ocios* del quinto número parezca significar otra cosa. Hay que atender por igual á la instruccion del hombre, segun lo que en cada uno de esos grupos se señala. El ideal de la civilizacion sería preparar al hombre para la vida entera, seguida y estudiada en todas sus manifestaciones. El estado de la cultura contemporánea no permite realizar este ideal de una manera completa; pero el objeto permanente de la enseñanza debe ser la adquisicion, tan fundada y ámplia como sea posible, de los conocimientos más útiles para el desenvolvimiento de la vida individual y social bajo todos sus aspectos.

El órden establecido entre éstos por Spencer es natural, lógico y evidente. Lo primero que necesitamos aprender es aquello que debemos hacer ó evitar en bien de nuestra propia conservacion. En qué hemos de emplearnos para procurar la satisfaccion de nuestras necesidades y de nuestras familias, es lo segundo: entre estos dos miembros, hay tambien órden

gerárquico; la satisfaccion de nuestras propias necesidades ha de ser forzosamente anterior á la de las necesidades de los demas: sin aquélla, ésta es imposible. Los deberes que impone la existencia, la conservacion, las necesidades y el cuidado de la familia son preferibles á los deberes políticos. Estos y la educacion de nuestros sentimientos y nuestros gustos forman los últimos grados de la escala. Entre todos existe relacion íntima y mutuo auxilio. Hay en alguna division partes más esenciales que otras de la division anterior. Por esto debe adquirirse el mayor número de conocimientos útiles para el ejercicio de la vida en todas sus esferas, observando al adquirirlos y en la intensidad y profundidad de los que se adquieran los efectos de ese orden, de ese sistema, de esa gerarquía.

Este es el principio general en que ha de fundarse, la regla más elevada á que conviene ajustar un plan de educacion. Spencer llega á él por una serie de observaciones íntimamente enlazadas. Despues de examinar el principio de la utilidad de los conocimientos y el de la utilidad de cada educacion relativamente á los esfuerzos que cuesta, afirmando que la mision de la enseñanza es prepararnos para el ejercicio de una vida completa, estudia de qué manera se debe vivir, en qué esferas ensaya su actividad el hombre, qué género de esfuerzos ha de realizar cumpliendo los fines que le imponen su propia naturaleza y la existencia social. Determina todo esto; indica la fórmula que resume y compendia esas investigaciones y pasa á aplicarlas. La segunda parte de su primer estudio no es más que el desarrollo de las teorías explanadas en la anterior.

§ 2.º

Uno despues de otro examina los distintos esfuerzos que el hombre está llamado á realizar y el valor intrínseco ó convencional de cada orden de conocimientos en relacion á esos esfuerzos. Se sabe lo que el hombre ha de hacer. ¿Cómo habrá de educarse para cumplir sus deberes, sus fines? Hé aquí la respuesta y á la par el vasto cuadro de los conocimientos que constituyen la base del sistema educador de Spencer.

1.º *Conservacion del individuo.*—La naturaleza se ha en-

cargado en gran parte de esta rama de nuestra educacion. Cuando el niño deba completarla, porque ya robusto y con fuerzas no necesite la asidua asistencia de sus padres ó servidores, debe otorgársele libertad, único medio de hacerlo capaz de preservarse en lo sucesivo de todo peligro. Opónese á esto con frecuencia el cariño y el temor de las madres causando un grave perjuicio á los hijos, que atados á la compañía de un ayo ó un pariente hasta la época de su pubertad, no aprenden nunca ó pocas veces aprenden bien á cuidar de sí.

Pero en la edad en que generalmente comienza la educacion intelectual de los niños, debe dárseles la adecuada para que sepan cómo han de atender á las necesidades de su conservacion. Unos de sus primeros estudios deben ser los de fisiología é higiene. Acaso no se obedezcan siempre las leyes de la higiene; pero ántes de ser obedecidas deben ser conocidas.

2.º *Medios de satisfacer las propias necesidades y las de la familia que cada hombre forma.*—Para la inmensa mayoría esto sólo constituye el objeto y el fin de la educacion. Tener un oficio, arte ó carrera; administrar la propia fortuna ó servir un empleo: tal es la fórmula vulgar. Para alguna cosa de esas se educa siempre al niño ó para que él escoja medio de vida y género de trabajo, haciéndole seguir una enseñanza que le dé cierto saber y cierta aptitud enciclopédica y preparatoria.

La lectura, la escritura y la aritmética se enseñan en este punto, dice Spencer, con una inteligente apreciacion de su objeto. Pero no es esto todo. Aparte algunas clases poco numerosas (ó que debieran serlo, como ocurre en nuestro país, respecto de varias profesiones académicas), ¿en qué se emplean generalmente los hombres? En la produccion, la preparacion y la distribucion de los géneros, de las cosas. ¿De qué depende el éxito de estas operaciones? Del uso de métodos adaptados á la naturaleza de cada cosa, del conocimiento de su índole y propiedades, de la ciencia.

Ciencias necesarias para la práctica de los empleos relacionados con todo ese importantísimo movimiento: la lógica, las

matemáticas, la mecánica, la física, la química, la astronomía, la geología, la biología y la sociología (1).

3.º *Educacion de la familia.*—El cuidado material y moral de los hijos, impone á los padres la necesidad de conocer las leyes á que está sometido su desarrollo. Del cumplimiento de tales leyes, que sea afortunado ó infeliz el éxito de ese desarrollo mismo. Los padres deben conocer, pues, los primeros principios de la fisiología y las verdades elementales de la psicología. Sería absurdo exigir profundidad á este conocimiento. Bastará con inculcar á los alumnos de ambos sexos las ideas generales de las dos ciencias, ilustradas con ejemplos y casos prácticos, en vista de lo que deberán hacer el dia que se encuentren en circunstancias de aplicarlos.

4.º *Deberes de cuyo cumplimiento depende la conservacion del órden social y de las relaciones políticas.*—Y de cuyo cumplimiento depende tambien, añadiríamos nosotros, el progreso del Estado, la mejora de las instituciones y la reforma de las costumbres públicas. Lamenta Spencer que en la educacion general casi se omite este importantísimo punto de vista. Entre nosotros puede afirmarse que se omite por completo. Spencer añade, que en los cursos académicos de los colegios de su país, hay estudios que tienen alguna aunque muy superficial relacion con los deberes sociales y políticos. Entre esos estudios, dice, el único á que se concede un lugar importante es la Historia. Pero la Historia que se enseña generalmente en las aulas, carece de valor como guía para la vida, no esclarece los principios de la ciencia política. Las biografías de los reyes y de los héroes, las intrigas cortesanas, las conspiraciones y revueltas de ambiciosos magnates ó de pueblos malcontentos, el relato de una batalla, las cláusulas de un tratado de paz, y media docena de fechas, que difícilmente

(1) El mayor número ó acaso todos los conocimientos geográficos podrían aprenderse en algunas de esas ciencias; pero aunque se los suponga formando parte de la astronomía, la geología, la física y la sociología al hacer una clasificacion de los conocimientos humanos, en este lugar han debido mencionarse señaladamente. La geografía tiene un lugar necesario en todo sistema de educacion racional que se inspire en principios análogos al de Spencer.

se graban en la memoria del alumno, no bastan á enseñarle lo que necesita aprender, si ha de sacar de la Historia aplicaciones para su intervencion en la política del país á que pertenece.

Spencer quiere algo más. «Lo que constituye la verdadera Historia, dice, está casi por completo omitido en las obras que tratan de esta materia. Hace muy pocos años que los historiadores han empezado á dar, y esto en cierta medida, el género de enseñanza que podría reputarse útil (1). Así como en los siglos pasados el rey lo era todo y el pueblo nada, en los viejos libros de Historia los actos de los reyes forman el cuadro, y la vida nacional su fondo vago é indeciso. Lo que en realidad nos importa conocer es la *historia natural* de la sociedad. Necesitamos comprender los hechos que pueden explicarnos cómo una nacion se ha engrandecido y organizado. Coloquemos entre esos hechos un relato de su gobierno, ilustrado con el mayor número de pormenores que nos sea posible reunir sobre su constitucion y sobre los principios, los métodos, los prejuicios y las corrupciones que revela, comprendiendo lo que se refiere á la índole y al ejercicio del poder central tanto como lo que toca á los gobiernos locales; incluyamos en sus páginas una descripcion paralela del gobierno eclesiástico y una amplia noticia del desarrollo de las ideas religiosas; un resúmen exacto de las preeminencias y distinciones sociales, de los usos y costumbres del pueblo y las altas clases; datos respecto al sistema industrial de la nacion, al estado de las artes industriales, de la cultura intelectual y artística y de la educacion, con pormenores sobre la vida diaria del pueblo, su manera de ser, su alimentacion, sus placeres, su moral teórica y práctica. Estos hechos deben ser referidos con laconismo, agrupados y clasificados de suerte que ofrezcan puntos de vista generales para que el estudiante pueda comprender la armonía que existe entre ellos, y cómo las creencias, las instituciones, los usos y convenciones sociales se modifican, y la armonía de un edificio social

(1) Este movimiento muy generalizado en la literatura histórica no ha trascendido aún á las obras de texto de esa asignatura, que son, sobre todo en nuestro país, modelo de todos los defectos censurados aquí con harta razon por el ilustre filósofo inglés.

se funde en la armonía del que le reemplaza. Esta historia podría llamarse *sociología descriptiva* y suministrarnos los materiales para la sociología comparada, á fin de que se pudieran determinar las leyes fundamentales que presiden los fenómenos sociales.»

M. Baudouin en su notable informe sobre la instrucción pública en Bélgica, Alemania y otros países ha presenciado en Prusia explicaciones de Historia hechas de una manera análoga á la que recomienda en las precedentes líneas Mr. Spencer. Nosotros creemos que no debe limitarse á la enseñanza de la Historia, ni aún explicada así é interpretados los hechos que la forman por la psicología y la biología, la instrucción que se dé á los jóvenes para disponerlos á cumplir con sus deberes de ciudadanos. Es este aspecto del problema de la educación demasiado importante, como hemos expuesto al comienzo de este artículo siguiendo á Mr. Laveleye, para que no creamos necesario adicionar el estudio de la Historia con el de los principios fundamentales de la economía social y del derecho público interior y exterior y con el exámen de las instituciones existentes en el país de que se trata, como se hace, por ejemplo, en los Estados-Unidos. Tanto se necesita para que la educación sea en este punto perfecta, y hay pueblos, el nuestro es uno de ellos, en que estas enseñanzas vienen de tiempo atrás reclamadas por una opinión vigorosa y nunca satisfecha.

5.º *Actividad varia empleada en ocupar los ocios de la existencia, ó lo que tanto vale, en satisfacer los gustos y los sentimientos.*—En esta parte como en las anteriores la ciencia es el fundamento de toda educación, de toda cultura. El estudio de la estatuaría exige el de la fisiología y la mecánica; el de la pintura, conocimiento de las leyes de la perspectiva; el de la música, las leyes de la expresión natural, y el de la poesía la psicología principalmente. La ciencia no puede hacer un artista; el artista nace; pero sin el auxilio de la ciencia no podrá alcanzar los grandes resultados que de otra manera lograría en el cultivo del arte á que se consagre.

§ 3.º

¿Cuál es, pues, el saber más útil? La ciencia. ¿Qué demuestran las consideraciones anteriormente explanadas? Que la ciencia debe ser base de los estudios generales, base de un sistema de educacion racional. Hasta ahora, continuando y obedeciendo la antigua preocupacion que señalaba como cimiento de toda cultura las llamadas humanidades, nuestros métodos de enseñanza se fundaron en los estudios clásicos. A ninguna necesidad real responde su conservacion. El sistema fundado en la ciencia es el más propio, el más oportuno y el más ventajoso para adquirir los conocimientos que necesitamos, á fin de ordenar nuestra vida hácia su verdadero objeto y de disciplinar y fortalecer nuestras facultades. Se ha pretendido sostener que nada había tan conveniente para el ejercicio de la memoria como el estudio de las lenguas; la ciencia, sin embargo, ofrece á aquella facultad más ancho campo y objetos más dignos de grabarse y fijarse en la mente de todos. El estudio de los idiomas ejercita sólo la memoria, el de las ciencias la inteligencia y la memoria; el estudio de los idiomas nos excita á recordar, el de las ciencias á recordar y á juzgar, deduciendo de premisas ó datos conocidos, mediante la observacion y la experiencia, las conclusiones que se demandan. El estudio de las lenguas hecho constantemente bajo la fe de un profesor tiene algo de dogmático; el de la ciencia da al espíritu independencia y al criterio libertad contra todos los prejuicios que tanto embarazan y dificultan su progresivo desarrollo. La disciplina de la ciencia es superior, por último, á la de la educacion ordinaria por la cultura religiosa que da al espíritu humano.

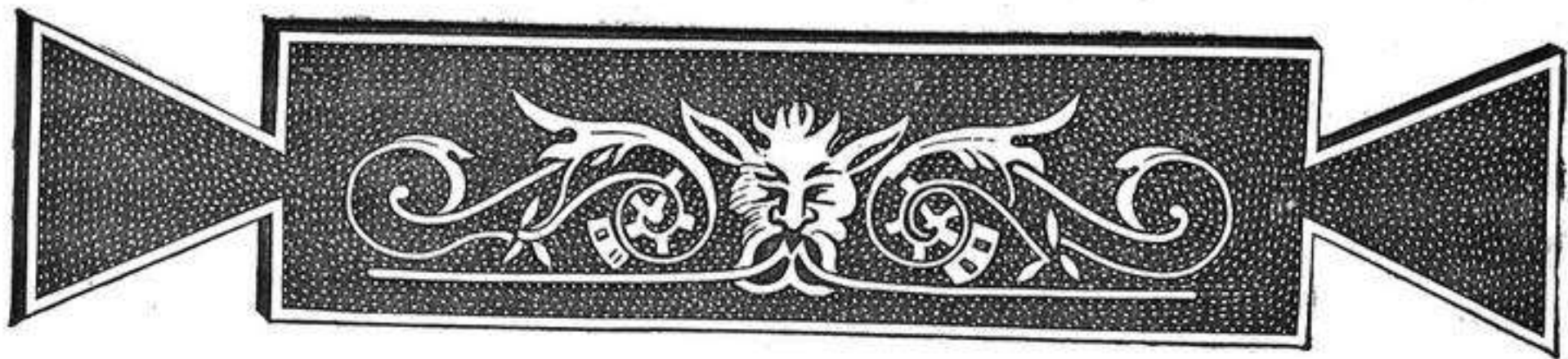
La ciencia es, pues, bajo todos los aspectos y desde todos los puntos de vista, lo que mejor realiza y cumple los fines de la educacion. « A pesar de esto, dice Spencer, á pesar de que su estudio aventaja inmensamente á todos los demas en importancia, es el ménos atendido en este siglo que pretende distinguirse por su cultura. Parafraseando una fábula oriental, diremos que en la familia de los estudios la ciencia es la *Ceni-*

cienta que oculta en la oscuridad las perfecciones desconocidas que la adornan. Ella hace todo el trabajo de la casa. Su destreza, su inteligencia y su celo nos han proporcionado todas las comodidades, todos los goces de la vida. Mientras que sirve sin descanso á las demas se la arrincona y aparta á un lado desdeñosamente, á fin de que sus orgullosas hermanas puedan ostentar sus oropeles á la faz del mundo. El paralelo podía continuarse é ir muy léjos, porque nos aproximamos al desenlace, y entónces todo habrá cambiado. Las hermanas vanidosas caerán en el merecido abandono, mientras que proclamada la ciencia mejor y más bella, reinará soberanamente.»

Ojalá no se equivoque el sabio psicólogo inglés, porque los males del sistema actual son tan graves, que es urgente aplicarles un remedio en el sentido expuesto. Pero ese remedio, la reforma de la educacion, no ha de afectar de un modo exclusivo á ese punto. Hay otros que merecen ser asimismo objeto de innovacion profunda. Sigamos para encontrarlos y estudiarlos á Spencer en el desarrollo de su admirable programa de enseñanza.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.





REVISTA CRÍTICA

Los debates de la Sección de ciencias morales y políticas del Ateneo han adquirido en estos días gran animación é interés. La intervención que en ellos ha tenido un representante del socialismo colectivista, y la petición de varios obreros á la Junta de Gobierno de aquella sociedad para que se les permitiera asistir á los debates, han causado cierta alarma entre esos espíritus tímidos que de todo se asustan y que creen que el orden social debe parecerse al silencio de las tumbas. La prensa reaccionaria ha declamado y disparatado mucho con tal motivo, y no ha faltado quien llame la atención del Gobierno acerca de lo que pasa en el Ateneo. Por fortuna, el Gobierno ha comprendido que las ideas no se suprimen de real orden, y que, por perturbadoras y exageradas que sean, son ménos peligrosas cuando aparecen á la luz del día que cuando se elaboran en la sombra, y enterado de la verdad de lo sucedido, ha tenido el buen gusto (según se desprende de ciertas declaraciones hechas en la prensa) de no alarmarse por cosas que no tienen importancia.

La petición de los obreros no ha podido ser satisfecha, por oponerse á lo que solicitaban el reglamento del Ateneo; el debate,

pues, seguirá tranquilamente su curso, terciando en él, como es justo, todas las escuelas que en aquel centro científico tienen representantes; y el problema social se discutirá con calma y mesura, mal que le pese á cierto corresponsal del *Diario de Barcelona*, que recientemente ha desahogado sus iras contra el Ateneo, en un artículo inconveniente por todos conceptos, en el cual, atacando al pastor protestante, Sr. Fliedner, se olvidan del modo más lamentable los deberes que la hospitalidad, la cortesía y la tolerancia imponen, tratándose de un extranjero; y se aglomeran todos los lugares comunes y frases de efecto con que ciertas gentes pretenden oponerse á la libertad del pensamiento y á la cultura científica de nuestra patria. En los debates á que nos referimos, han terciado los Sres. Fliedner, Fernandez y Gonzalez, Sanchez, Tubino y Borrell. Luchando el primero con las dificultades que ofrece á un extranjero expresarse en nuestro idioma, consiguió, sin embargo, pronunciar un discreto, intencionado y elocuente discurso, en el que expuso muy atinadas y prácticas soluciones parciales del problema social. Vago y confuso el segundo, nada hizo en pro de la resolución de la cuestión. El Sr. Sanchez, con su especialísimo modo de discutir, mezclando lo serio con lo cómico, razonando poco, declamando mucho y haciendo alarde constante de gracejo, combatió el socialismo, y expuso la solución cristiana del problema, que se reduce al ejercicio de la caridad por los ricos, y de la resignación por los pobres, fortalecidos unos y otros por la esperanza de la inmortalidad. Insistió después el Sr. Tubino en las ideas que expusiera en otra sesión, y estudió el problema bajo su faz fisiológica, considerándolo como un aspecto de la lucha por la existencia, complicada con otros elementos de carácter moral. No dió soluciones completas, sino fórmulas vagas, inspiradas en cierto sentido socialista. Por último, el obrero señor Borrell, colectivista decidido, y según se dice, miembro de la Internacional, pronunció un intencionado y enérgico discurso, velando la crudeza de sus afirmaciones y la temeridad de sus doctrinas con la mansedumbre de la forma. Frio, sereno, mesurado, desenvolvió con calma singular y portentosa sangre fría un plan completo de revolución social. Combatió la renta, el capital y la propiedad de la tierra, y declaró que la propiedad, complemento necesario de la persona humana, ha de ser como ésta, individual, colectiva y social, entendiéndose que debe ser propiedad individual la del producto del trabajo del individuo, colectiva la de los instrumentos del trabajo, y social la de la tierra; fórmulas todas demasiado vagas y faltas de valor práctico, como á primera vista se comprende. Una frase agresiva é injusta lanzada por el Sr. Borrell contra la Iglesia, dió lugar á una rectificación del Sr. Sanchez, muy superior á su discurso, pues hubo en ella felices rasgos, que casi pudieran calificarse de elocuentes.

El debate se encuentra, pues, á grande altura. Ya han terciado en él los representantes de la escuela católica y del socialismo más ra-

dical que hoy se conoce. Falta oír la voz de los individualistas economistas, de los conservadores, de los socialistas autoritarios y de los liberales que en esta cuestión no tienen matiz definido, ó se inclinan á un socialismo moderado. De esperar es que todas estas escuelas tercién en la polémica, y que la cuestión social se esclarezca notablemente en ella. Gran servicio prestará con esto el Ateneo á la sociedad, pues el problema existe, su solución urge, y es más propio de los prudentes estudiarlo y precaver los males que puede acarrear, que pretender reducir al silencio á los que le agitan, y proceder como si el problema no existiera, á riesgo de que el despertar de este sueño sea la más terrible de las catástrofes. Estudiar el mal es el medio mejor para remediarlo; desentenderse de él es la mayor de las imprudencias. Podrán los estómagos satisfechos olvidarse de que existe la cuestión social para no ser turbados en su digestión; las claras inteligencias, las conciencias rectas y los espíritus previsores no pueden seguir ese camino.

*
* *

La más importante de las producciones literarias que han aparecido en estos días es, sin duda, *El terror de 1824*, sétimo volumen de la segunda serie de los *Episodios nacionales* del Sr. Perez Galdós. Como su título lo indica, esta novela tiene por objeto pintar aquella bárbara reacción absolutista que siguió á la ruina de la causa liberal en 1823. Pocos episodios más repugnantes ofrece nuestra historia. Deshonrada la patria por la invasión extranjera traída por el absolutismo; vencido sin gloria el partido liberal, que expió hartamente su candidez y su ineptitud, desatóse la más horrible y brutal de las reacciones, tanto más criminal cuanto que no correspondía al ímpetu de la revolución vencida. Tiñéronse los cadalsos en sangre inocente; persiguióse con encono ferocísimo todo lo que á liberal trascendía; renováronse, despojadas de su grandeza, las escenas del 93; la intolerancia y el fanatismo religioso abatiéronse sobre la patria como en los peores días de la Inquisición, borrando toda cultura y entronizando la superstición más inepta y vergonzosa; entregáronse los destinos del país á viles leguleyos, corrompidos funcionarios, infames esbirros y bárbaros verdugos; abortos repugnantes de la especie humana, como Calomarde, Chaperon, Regato, el Trapense y otros personajes del mismo jaez, ocuparon el gobierno y dispusieron á su antojo de honras, haciendas y vidas; una plebe abyecta, una milicia infame, celebraron el triunfo del absolutismo, al grito de *¡Vivan las cadenas, muera la nación!* digno de una tribu de caníbales más que de un país civilizado; y el mundo culto vió con asombro la más inmunda orgía de sangre y de barbarie que puede concebirse.

Este horrible cuadro ha trazado en su última novela el Sr. Perez Galdós. ¿Lo ha hecho con acierto? A nuestro juicio, el Sr. Galdós no

ha estado á la altura de su nombre. El cuadro no tiene el vigor y la entonacion que fuera de desear. Salvo dos ó tres episodios bien diseñados, la novela se resiente, en general, de pobreza de accion y de haber reconcentrado el interes en una figura secundaria. D. Patricio Sarmiento no es personaje bien escogido para caracterizar la causa liberal ni para hacer de él el símbolo de una época. Un fanático, medio loco y medio simple, elevado á la dignidad de mártir por la casualidad, no es figura que puede interesar, ni es tampoco la personificacion exacta de los vencidos de 1823. Hubo en ellos notable candidez, y á veces simplicidad notoria; pero no fueron, por lo general, tan ridículos y menguados como Sarmiento. Eran hombres de más corazon que cabeza sin duda; procedieron con inaudita torpeza y candidez paradisiaca; pero hubo en ellos nobilísimos caracteres, generosos corazones, verdadero heroismo, patriotismo inquebrantable; y no es justo personificarlos en un loco ridículo. Por otra parte, Sarmiento no interesa; su heroismo, nacido de la exaltacion de la demencia, no puede conmover ni ser sublime; su martirio, más que admiracion y simpatía, produce compasion y repugnancia. Por más que el Sr. Galdós pretenda sublimar á última hora aquella figura menguada, el lector no puede olvidar todo lo que hay en ella de ridículo, y su emocion no se despierta por tanto. Más acertado hubiera sido elegir para protagonista de la novela á D. Benigno Cordero, y mejor aún á Salvador Monsalud.

Este error fundamental de la obra no impide que haya en ella numerosas bellezas. Los horribles personajes de Chaperon, Romo, Garrote, el Trapense; la bella y delicada figura de Solita y algunas otras secundarias, están pintadas con maestría, como tambien los pocos episodios históricos que en la novela se relatan. En el diálogo, estilo y lenguaje brillan, como siempre, las excelentes dotes que avaloran todos los escritos del Sr. Galdós.

Ademas de esta novela, debemos mencionar los *Viajes por Marruecos*, publicados por el profesor de idiomas D. Francisco de Urrestarazu, conocido en aquel país por *Sidi Abd-el Kader-ben-Edchilali*. Originario el autor de la nacion que describe, ha podido, con más autoridad que nadie, dar cabal idea de las instituciones y costumbres de Marruecos, ofreciendo un cuadro acabado de aquella que no sabemos si llamar civilizacion. El libro es curiosísimo y abundante en datos y noticias importantes, así como en episodios entretenidos, sin que se noten en él las exageraciones y falsedades que tan comunes son en tales relatos. El estilo deja, en ocasiones, bastante que desear.

Sería conveniente que el Sr. Urrestarazu ampliara su trabajo y publicara una obra más extensa en que, no sólo describiera con más detalles los usos, instituciones y vida de Marruecos, sino que trazara la historia de aquel pueblo, muy poco conocida entre nosotros, con lo cual prestaría un verdadero servicio á nuestro país.

Citaremos, por último, una elegante traducción en verso de los poemas de lord Byron: *Parisina*, *El prisionero de Chillon*, *Los lamentos del Tasso* y *La novia de Abydos*, hecha por el Sr. D. Antonio Sellen; y una novelita de D. Antonio Perez Rioja, titulada: *La tierra prometida*, de manoseado y poco interesante asunto, y no muy acertado desempeño.

*
* *

La temporada teatral continúa en el triste estado en que desde sus comienzos se halla. El Teatro Español, sobre todo, no pone en escena una obra que no fracase miserablemente. Ni el melodrama del Sr. D. José María Díaz, titulado *Trece de febrero*, ni la comedia del Sr. Santistéban *Vivir á escape*, merecen, en realidad, exámen detenido. Producto el primero de aquella desgredada musa que inspirara á Bouchardy los más espantables engendros, hubiera tenido allá por los años de 1840 un éxito que no le ha concedido el gusto más delicado de nuestros tiempos. Sustituida en la segunda la *vis cómica* por la exageracion y la caricatura, amalgamadas con ciertas pretensiones morales que sientan muy mal en un sainete, sólo obtendría el perdón de la crítica si se representara en Noche-buena, única época á propósito para obras de tal índole.

En el teatro de la Comedia se ha puesto en escena una nueva producción del Sr. Perez Echevarría, titulada *La evidencia*. Mejor pudiera titularse *Las apariencias engañan*; pues esto es lo que parece que ha intentado probar su autor, merced á una intriga de todo punto inverosímil, desarrollada en una acción lánguida y poco interesante. Sin embargo, la acertada pintura de algunos personajes, la distinción y buen tono que en toda la obra se observan, el buen gusto de que su autor hace gala en ella, y la pulcritud y elegancia de su esmerada forma, han proporcionado á esta comedia un merecido *succès d'estime*, y al público algunos momentos de grato solaz.

Al buen éxito de *La evidencia* contribuyó no poco su ejecución, que fué admirable por parte de los Sres. Mario y Zamacois, y muy acertada por la de los demás actores.

*
* *

Cerrada ya esta Revista, se ha puesto en escena en el Teatro Español el nuevo drama del Sr. D. Juan Antonio Cavestany, titulado *El esclavo de su culpa*. La temprana edad del autor, que apenas cuenta diez y siete años, ha hecho de esta obra un verdadero acontecimiento teatral. El público ha acogido con legítimo entusiasmo al joven poeta, que en edad tan corta ha dado tal muestra de su genio,

y que á seguir de este modo, habrá de contarse un dia entre nuestros primeros dramáticos.

En la imposibilidad de hacer un verdadero juicio de esta produccion, diremos sólo que en ella se encuentra una vigorosa concepcion dramática, apénas explicable en autor tan jóven, y en la que no escasean caracteres bien trazados, situaciones de efecto y bien pensadas, bellos pensamientos y buena versificacion. Los defectos de que la obra adolece, hijos todos de la natural inexperiencia de su autor, no oscurecen sus méritos ni amenguan las no comunes dotes que revela el Sr. Cavestany, á quien saludamos como legítima esperanza de nuestra escena.

M. DE LA REVILLA.



Madrid 15 de Diciembre de 1877.

Propietarios gerentes: **PEROJO HERMANOS.**

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPÍA PEROJO

Mendizabal, 64